Alimentando Lluvias

Poesía en Alicante: una antología

NEMESIO MARTÍN ~ JUAN VICEDO ~ ANTONIO GRACIA ~ MARIANO ESTRADA

MARÍA ESCUDERO ~ ROSA MARTÍNEZ GUARINOS ~ JOSÉ LUIS VIDAL

JUAN RAMÓN TORREGROSA ~ VICENTE VALLS ~ PILAR BLANCO ~ JOSÉ LUIS V. FERRIS

PEDRO VILLAR ~ JUAN ÁNGEL CASTAÑO ~ ANTONIO MORENO ~ JOSÉ LUIS ZERÓN

ALIMENTANDO LLUVIAS

Quince poetas en Alicante

Selección

Antonio Gracia

Introducción

Ángel L. Prieto de Paula

© Instituto Alicantino de Cultura "Juan Gil-Albert"
© Los Autores, 2001

Edita: Instituto Alicantino de Cultura "Juan Gil-Albert"

Fotocomposición, impresión y encuadernación:

C.E.E. LIMENCOP, S.L.

I.S.B.N.: 84-7784-396-1
Depósito Legal: A-821-2001

ALIMENTANDO LLUVIAS

Poesía en Alicante: una antología

NEMESIO MARTÍN ~ JUAN VICEDO ~ ANTONIO GRACIA ~ MARIANO ESTRADA
MARÍA ESCUDERO ~ ROSA MARTÍNEZ GUARINOS ~ JOSÉ LUIS VIDAL
JUAN RAMÓN TORREGROSA ~ VICENTE VALLS ~ PILAR BLANCO ~ JOSÉ LUIS V. FERRIS
PEDRO VILLAR ~ JUAN ÁNGEL CASTAÑO ~ ANTONIO MORENO ~ JOSÉ LUIS ZERÓN

Liminar

La presente antología o selección reproduce los pliegos, editados para el público asistente, que acompañaron el ciclo de recitales "Alimentando lluvias" -entre diciembre del 96 y mayo del 98-, actividad programada por el Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, cuyo Departamento de Cultura había previsto tres autores, siendo yo el tercero de ellos. Cuando llegó mi turno, me ofrecieron la coordinación del ciclo. Mi intención inmediata fue la de abandonar su dispersión entre afamados y desconocidos, jóvenes y mayores, para conducirlo hacia un libro que contuviese algunos de los poetas relacionados geográficamente (condición institucional *sine qua non*) con la tierra que los patrocinaba y cuya edad no fuera excesivamente distante. Así pues, esta *Antología* está formada por quince autores nacidos entre los años 1945 y 1965 (*).

Dejando mis escrúpulos sobre las autoexigencias de la creatividad, intenté comportarme, al seleccionar, como un notario que pone en un espejo parte de lo que hay, rigiéndome, en similares circunstancias literarias, más por la humildad de quienes no se proclaman poetas y luchan por serlo que por la estulticia de aquellos que gritan que lo son prevaricando el "conócete a ti mismo". Claro está que no siempre fue así: porque quien más acierta es quien más pone en entredicho su propio criterio sin enturbiar, por ello, su capacidad de decisión.

Creo que la sabia poesía es aquella que consigue hallar el nombre exacto de las emociones y los sentimientos, y las concepciones que éstos urden con diafanidad. Busqué de mi entorno a quienes, en mi opinión, habían intentado ese pronunciamiento y se habían alejado menos de él. Traté de fijarme más en sus posibles virtudes que en los probables defectos. Yo escogí a los poetas y ellos decidieron sus poemas. En la selección de los textos sólo sugerí -no interferí- cuando me pareció que se confundía el valor de un poema con la calidad del instante humano en que se creó; es decir: cuando se escogían trozos de nostalgia de la persona que esgrimía la pluma y no fragmentos del poeta que dictaba, cosa que suele ocurrir con frecuencia. El orden en que aparece cada autor en esta recopilación intenta ser cronológico, aunque tal vez adolezca de errores al no constatar algunos su fecha de nacimiento y no ser yo demasiado amante de los espionajes circunstanciales. Si hay tres mujeres y doce hombres no es porque no haya buscado igualmente entre aquéllas, sino porque no las he encontrado.

La mayor parte de la literatura es una impostura. La auténtica poesía es vida interior. La poesía es un yo que se interroga, se acosa, se asedia para hallarse. Y necesita ese yo comprender la vida que ya tiene para continuar sabiendo y entendiendo. De modo que todo "lo otro" es un yo aún desconocido que engrosará la mismidad cuando hallemos sus claves: cuando seamos capaces de nombrarlo. Un poema es una porción de identidad desconocida que añadimos al acervo de la sabiduría individual y colectiva. No hay autor auténtico que no busque un arrecife de ese sumergido continente que es la verdadera identidad. La escritura -el lienzo, el pentagrama- es la sonda, el sedal, la red con que atrapar esos trozos de océano. En ese sentido, un poema es un hermanamiento y una solidaridad: una anagnórisis imprescindible. Así que la perdurabilidad de una obra no se rige por sus exquisiteces literarias, sino por aquel tuétano humano que

el autor consigue insertar artísticamente en ella y sabe hacer rescatar por sus sucesores en la vida. Es decir: sobreviven las obras que transcriben dignamente al "homo sapiens", y no tanto por lo que puedan significar exclusivamente logros o hitos en la historia del "homo scriptor". Los sentimientos sobreviven a los pensamientos. El hombre sintiente no puede renunciar al hombre pensante; pero éste, sin aquél, sólo construye bastardías. La verdad es que la literatura sólo importa en el tiempo cuando se constituye en la formulación de una verdad humana, cuando se diluyen las tramoyas de la retórica y las modas. Y los poemas que quedan son aquéllos en los que nos vamos reconociendo como hombres, no sólo como poetas.

En fin: no solamente cada poeta, sino que cada poema crea su poética. Y un poema sólo consigue serlo verdaderamente cuando se erige por sí solo en una metafísica. Cuántos de los aquí expuestos logran esa metalírica es asunto que dejo para el lector diacrónico.

Antonio Gracia

20-V-1998

(*) El primer autor invitado fue Francisco Brines. Consideré que la continuidad y alternancia de poetas de su edad y relevancia -en un conjunto que pretendía iluminar entre las sombras, dar a conocer a quienes eran poco más que desconocidos- requería otro ciclo o entorpecía más la escasa unidad de éste.

Introducción

1

Es ya un viejo axioma, cuando de selecciones poéticas se habla: toda antología es un error. Lo dijo, hace ya bastantes años, el poeta y antólogo Gerardo Diego. Basta con echar una mirada a cualquiera de las antologías que están al alcance de nuestra mano para percatarnos de que en la selección han obrado razones discutibles —otros dirán espurias, o interesadas, o ignorantes—, y que, por ello, el producto que se ofrece bien podría ser sustancialmente distinto. El antólogo es falible, su información limitada y los gustos en los que descansa su elección son, estrictamente, suyos. Si estas circunstancias no existieran, lo que resulta de todo punto impensable, incluso así habría una larga serie de mediatizaciones que nos devolverían al punto del que hemos partido. Las antologías pueden serlo de valores consolidados o de otros por los que el selector apuesta, convencido de su oportunidad; de poetas que atienden a una estética más o menos trabada, o de autores que ejemplifican la dispersión estética que en cada período histórico se da; consultadas, o producto del exclusivo criterio del antólogo; de una nómina reducida y exigente de autores egregios, o de una amplia sarta de poetas, aunque ello vaya en detrimento de la calidad del conjunto; etcétera.

Así las cosas, sería una ingenuidad emprender la tarea antologizadora como si hubiera alguna posibilidad de darles gusto a cuantos se van a sentir concernidos por la misma: a los poetas, a los críticos y a los simples lectores; a los seleccionados y a quienes no lo están; a los antólogos de oficio y a los antólogos intencionales. No sé si tal circunstancia, que actúa en el ámbito de las letras, tiene dificultades añadidas en España, el país en que cada aficionado al fútbol, valga el ejemplo, es un seleccionador en potencia, y no lo es en acto por pura imposibilidad práctica.

2

Genéticamente, esta compilación de poemas es la reunión en un volumen de los versos que se leyeron en los diversos recitales que, bajo el título genérico y hernandiano de "Alimentando lluvias", tuvieron lugar en la ciudad de Alicante, bajo los auspicios del Instituto de Cultura "Juan Gil-Albert" de la Diputación alicantina, y con la colaboración de la Caja de Ahorros del Mediterráneo. Los actos del ciclo, que se extendió a lo largo de casi dos cursos académicos —el 96-97 y el 97-98— y con una periodicidad aproximadamente mensual, respondían a un formato sencillo: presentación de un poeta natural de (o radicado en) Alicante, lectura de sus versos por parte del propio autor, y coloquio final entre éste y los asistentes. Para cada uno de los actos se editó un cuadernillo con una selección de poemas realizada por el autor, precedida de unas palabras de presentación propia, que frecuentemente adoptaron el aire de una poética en toda regla. El material de esos cuadernillos —poéticas y poemas—, en volumen único y con el añadido de esta Introducción, es lo que se ofrece ahora.

Todos esos recitales —o, menos pomposamente, lecturas poéticas— se desarrollaron ante un público más fiel que numeroso, como suele ser habitual en tales menesteres, y fueron dando noticia de la creación poética de la ciudad y la provincia. Claro que nadie puede garantizar la representatividad de los antologados respecto a la poesía que efectivamente se escribe, e incluso se publica, en un determinado ámbito geográfico. Así que la mejor manera de protegerse contra quienes pudieran exigir lo que de ninguna manera pretende la presente antología dar, es confesar ya que estos autores sólo se representan a sí mismos, que no consta en sitio alguno que sean los mejores poetas alicantinos, y que el responsable de la selección de autores —Antonio Gracia, uno de ellos— no lo es menos

por el hecho de que escuchara, atendiera, recogiera sugerencias..., para que los participantes en el ciclo "Alimentando lluvias" no fueran sólo poetas de su exclusivo gusto, disgusto o capricho (aunque no pudo ni quiso, desde luego, arrinconar su criterio personal). Y ya que he hablado del responsable de la selección de autores, repetiré que la selección de poemas específicos la llevó a cabo cada uno de los poetas. Aclarado queda.

Si cerráramos los ojos y fuéramos caprichosamente escogiendo con el dedo a unos cuantos autores de entre los de una lista mucho más amplia, es seguro que, *a posteriori*, podríamos señalar algunos rasgos comunes entre los elegidos por el azar. Esa zona de intersección en que coinciden es la que puede presentarse como núcleo estético caracterizador del grupo. Y si esto es así cuando no ha mediado en la elección una determinación consciente de "grupalidad", más fácil lo será cuando, como en el caso que nos ocupa, sí ha habido algunos, aunque no siempre muy explícitos, criterios en esa selección: todos los autores son alicantinos por nacimiento o por residencia, con obra publicada, y escritores "en activo" (de modo que, a la hora de aparecer este libro, la bibliografía de varios de ellos ya ha quedado rebasada por esa circunstancia). Hay más: el ciclo a que nos venimos refiriendo fue de poesía en castellano, aunque esta condición no aparecía como tal en ningún sitio. Algún autor de los reunidos aquí ha escrito también poesía en catalán, pero los poemas que seleccionó para el cuadernillo correspondiente, y que por tanto leyó públicamente, estaban todos ellos escritos en castellano. A toro pasado, observamos que los poetas han nacido en un lapso cronológico de veinte años: los mayores son Nemesio Martín (1945) y Juan Vicedo (1945); los más jóvenes Antonio Moreno (1964) y José Luis Zerón (1965). No hay, a lo que se ve, poetas pertenecientes a la primera generación de postguerra, ni siquiera a la segunda; y tampoco se ha incluido a jóvenes, auténticamente jóvenes, creadores. Ésta hubiera sido otra antología, interesante desde luego, pero otra. La que

aquí se ofrece es de poetas que tienen una obra en marcha pero, para su bien o para su mal, ya codificada y consolidada. Los nombres: Nemesio Martín, Juan Vicedo, Antonio Gracia, Mariano Estrada, María Escudero, Rosa Martínez Guarinos, José Luis Vidal, Juan Ramón Torregrosa, Vicente Valls, Pilar Blanco, José Luis V. Ferris, Pedro Villar, Juan Ángel Castaño, Antonio Moreno y José Luis Zerón. Quince poetas en total. El orden en que aparecen dispuestos es el cronológico, y no el de intervención en el ciclo de recitales.

3

Pero, en realidad, ¿hay alguna circunstancia común entre los autores reunidos en este libro, dejando a un lado aquellas coincidencias banales o escasamente significativas? La respuesta podría ser tan indescifrable como la de una sibila: no y sí, según se quiera ver. No, en la medida en que en estos quince nombres se encuentran representantes de las, a veces entrecruzadas, diversas líneas poéticas que preponderan en la poesía española, esto sin contar con que hay varios de ellos que repudian, creo que más retóricamente que otra cosa, encasillamientos en grupo, secta, corriente o dirección estética. Pero sí, porque no resultan tan baladíes como pudiera parecer las coincidencias *circunstanciales* entre los escritores, relativas a la edad o la época, el contexto cultural —tan mediatizado por una acotación geográfica restringida, como es el caso— y formativo, etcétera. Detallaré, más al paso, esto último.

En un escritor de los que llamamos "geniales", ponderamos su especificidad, su particularismo idiosincrásico, aquello que es no ya suyo, sino exclusivamente suyo: en suma, todo eso que lo convierte en inintercambiable con otros escritores de su tiempo e incluso de su orientación creativa. Pero bastará con que echemos la vista atrás y apliquemos la mirada a textos y autores de otros siglos,

para notar que los rasgos de la sensibilidad de época se imponen en la personalidad del "singular" mucho más que como mero fondo o tapiz. Una obra maestra como es la *Epístola moral* de Fernández de Andrada, atribuida sucesivamente a distintos escritores, ha rodado durante mucho tiempo de una autoría a otra, indiferente a esos cambios de paternidad, quizás porque buena parte de su grandeza es compendio de unos valores de época; en este caso, la genialidad no deriva de la sustitución de lo común por lo particular y exclusivo, sino de la pertinencia con que lo común resulta personalizado, potenciado y resaltado en sus emanaciones más nobles. Y los que afirman que la prosa de Cervantes tiene destellos inconfundibles e inimitables, discrepan vivamente cuando tratan sobre la discutida autoría cervantina de *La tía fingida*, lo que denota que lo inconfundible puede ser, pese a todo, confundido. O sea: la especificidad personal de muchos escritores únicos no ocupa el lugar de los rasgos gregarios y contextuales, sino que se adoba con ellos, por lo que no es procedente desdeñarlos. Viniéndonos a nuestro tema, podríamos preguntarnos si es casual el hecho de que la dedicación profesional de dos terceras partes de los reunidos en esta antología sea la docencia, por lo general en institutos de enseñanza secundaria (así se llaman ahora). No lo es, o no lo es del todo. Seguramente si la selección de nombres se hubiera planteado entre poetas más jóvenes que éstos, la situación sería distinta. Hay dedicaciones profesionales de escritores que son más habituales en un tiempo histórico que en otro; y así como parecería normal que un poeta venezolano, hondureño o chileno de hace algunas décadas hubiera sido embajador, ministro o incluso presidente de su república, hoy sería más probable verlo dictando clases regulares o esporádicas en alguna universidad americana. El caso concreto que expongo, el de la dedicación profesoral de una generación de literatos a la que pertenecen, en más o en menos, los reunidos en este volumen, aun siendo un signo de estos tiempos o de "su" tiempo —esto es, aun no siendo casual—, ¿qué tiene que ver con la catego-

ría de su literatura? En otras palabras: podría no ser casual, pero sí ser poéticamente irrelevante. Pero tampoco es irrelevante. Refiriéndonos a los poetas del volumen, cabe hablar, por ejemplo, de la sustancia temática que nutre de cabo a fin el libro *Orla*, de Nemesio Martín —del que se recogen aquí algunos poemas que podrán testimoniar lo que afirmo—: una sustancia literaria desde antes de convertirse en poética; esto es, una sustancia propia del oficio de su autor. Esta familiaridad profesional no es estrictamente la del creador, sino la del exegeta, lo que en ocasiones provoca que el escritor termine respirando el aire viciado del cenáculo literario donde coinciden —y no sólo en un mismo lugar, sino a menudo también en el mismo sujeto— el poeta, el lector y el crítico; pero éste es, al cabo, el territorio de celebración de la poesía posmoderna. Dejemos la cosa aquí, pues se trataba tan sólo de un ejemplo.

Para muchos lectores, una antología como ésta debe dar cuenta de una serie de rasgos comunes que nos permita hablar de *grupo* coherente y homogéneo. O sea, que nos autorice a colocar un rótulo identificador en el cajón en que los presentamos. Creo, sin embargo, que de lo dicho hasta aquí puede inferirse que este volumen no pretende, ni podría conseguir, tal cosa. Sería improcedente forzar las similitudes entre los seleccionados, y poner algún lazo que hermanara a quienes sólo están agavillados por las circunstancias aludidas, no intrascendentes, pero tampoco determinantes de un estrecho parentesco estético.

4

Ésta es, pues, tal como a mí se me impone, la realidad: nos encontramos ante unos autores que coinciden en lo gregario, que no es poco; pero nada más que en lo gregario. Aquí hay quince voces, no una voz con quince registros diferentes. Procederé ahora a trazar una breve caracterización de cada uno de los reunidos.

Nemesio Martín

La poesía de Nemesio Martín es la de un humanista que ha viajado desde "la literatura" (las comillas quieren señalar la institución, y también la orientación pedagógica o transmisible del arte literario) hasta la creación lírica. La sustancia de su obra no puede entenderse sin apelar a las obras ajenas que han conformado su propia sensibilidad, y han activado la nostalgia de la que se alimenta ahora el poeta. Pero no estoy sugiriendo que nos encontremos ante una poesía libresca; estamos ante una creación que el autor ha ido fraguando al trasluz de los clásicos, antiguos y modernos: no como quien rocía sus propios versos con el hisopo de la cultura adquirida, sino como quien extrae zumo literario cuando exprime su vida. Bastará con que nos ciñamos a los poemas que el autor ha incluido aquí para que percibamos cómo estos versos dialogan con la tradición, y se sirven de la intertextualidad sin apartarse del subjetivismo y sin caer en la ostentación culturalista. Y ello ocurre tanto en *Innumerable sonrisa* (1988), libro de tonos y motivos diversos, tal que si no hubiera un elemento articulador que se impusiera sobre los restantes componentes temáticos y formales; como en *Orla* (1991), que viene a ser el recuento de unos fragmentos de vidas convocadas por el sujeto, quien se sitúa profesionalmente frente a antiguos alumnos que, al cabo del tiempo, emergen en persona —y en presente— o sólo en el recuerdo, transformados o rotos o convertidos en un hueco que ya será imposible llenar. En el primer libro hay versos que nos retrotraen a otras creaciones literarias: el neopopularismo de diversos poetas de los años veinte —Alberti, Diego, incluso A. Machado—: "Con un barquito en la mano / la niña la mar miraba...", o las esencialidades marinas del elegido Juan Ramón en sus poemas de *Diario de un poeta recién casado:* "Sólo tú,

mar, mar solo, / ahíto de ti, de sol, mar pleno, innumerable / sonrisa", por no citar sino un par de casos. Algo parecido sucede en *Orla*, pese a su mayor densidad autobiográfica, precisamente porque la vida del autor no se entiende sin ese componente literario, que es sustancia y no mero aditamento de toda ella. Ejemplo esclarecedor es el de la recreación de ese entrañable manco, Ángel Sáez Telmo, macerado y ahormado en los versos de Rubén Darío cuando estuvo bajo la férula del poeta-profesor, y que un día reaparece metamorfoseado en chapista, "tu muñón balanceando al compás de la lija". El poeta, que no se siente Velázquez para inmortalizarlo, "y a falta de otras gracias que el cielo no me diera" —aquí el recuerdo de Cervantes—, ha de limitarse a constatar su dolor ante la epifanía de lo real. Al cabo, la poesía de Nemesio Martín, que contribuyó a forjar su biografía, ahora es forjada por ella: del arrobo y plétora líricos, un tanto voluntaristas, de su primer libro (al mar, al alba...), marcha en declinación hasta la localización biográfica del segundo, más narrativo, más pegado a las costuras y a las renunciaciones de la propia existencia. En sus versos termina imponiéndose la entonación elegíaca, con su correspondiente bagaje retórico.

Juan Vicedo

Pertenece por edad Juan Vicedo —como algunos otros de los aquí reunidos— a la generación histórica del 68, que se adentró en la literatura abominando del realismo y del lenguaje funcional, meramente representativo y conativo. Pero las coincidencias entre los coetáneos de Vicedo no van mucho más lejos: la poesía de los sesentayochistas no responde a una codificación estética homogénea, pese a las iniciales apariencias y simplificaciones. Francotirador, hombre del extrarradio y, desde luego, poeta de radicalidades, Juan Vicedo es autor de una poesía sin concesiones al lector, ásperamente conceptual, muy alejada de las fluencias neomodernistas y de los regodeos culturalistas o bizantinos o venecianos del tópico generacional. Autor de varios libros inéditos —de los que trae a este volumen algunos poemas—, ha publicado *Figuraciones para un ahogado* (1988) y *El día que no vimos a Emily* (1994). Aunque, superficialmente considerada, la de Vicedo es una poesía de discurso narrativo y descriptivo, y remite a realidades una a una reconocibles, cada composición valorada en su conjunto carece de clara correspondencia referencial. Es cierto que en ella se reúnen, y a veces se amontonan, ingredientes más o menos realistas, pero cuando se contemplan ya no como microtextos sinópticos sino como una relación conjunta y tejida con sus enlaces figurativos, nos encontramos ante un muestrario alegórico que, como un cuadro del Bosco, se impone por encima de la lógica y nos arranca de cuajo de lo esperable. El mundo de Vicedo desdeña brillos formales y atrevimientos tropológicos basados en la sensorialidad, y se canaliza en versos que nunca pretenden arrebatar el interés a lo nuclear, que en esta poesía no es, desde luego, el halago de la música. Pero lo que podría interpretarse como desgarbo o desdén expresivos no

es tal: estamos, creo, ante una producción cuyos ritmos dependen más de la disposición de las ideas que de los acentos y otros elementos fónicos de escansión, como en los textos proféticos o salmódicos de la Biblia o, más aún y hasta en orden contrario de cosas, como en el vaivén de las palabras blancas y puras de Emily Dickinson. En algunos poemas utiliza con profusión la ilación un tanto enfática de cláusulas monocordes, por su entonación y también por su significado (léanse, por ejemplo, los poemas en prosa de *El día que no vimos a Emily*, escasamente representados en este volumen, con un criterio que atiende más a la pluralidad estética de toda su escritura que a la coherencia cerrada de los títulos publicados). En esas series verbales se disponen enumeraciones heterogéneas y hasta caóticas, para canalizar los componentes de una feria apocalíptica como las que podemos admirar en el tímpano de una iglesia románica, donde se entrelazan los simbolismos numéricos, las fantasías de los bestiarios, el hieratismo *desanimado* —desprovisto de un psiquismo concreto— de los rostros. Al fin, la belleza de estos poemas no está radicada en ellos; quiero decir que no depende de su entidad física, exenta, sino que, como en el arte figurativo medieval, lo hace del concepto superior al que conducen o del que reciben la luz —aquí las sombras—, para cuya apreciación cuenta más el escrutinio del intelecto que la percepción de los sentidos.

Antonio Gracia

En *Fragmentos de identidad* (1993), recogía Antonio Gracia los tres hitos esenciales de su poesía hasta entonces: *La estatura del ansia* (1975), *Palimpsesto* (1980) y *Los ojos de la metáfora* (1987). Gracia es autor de una obra alucinada y de estambre existencial, abismada en la búsqueda, intransigente y solipsista, plagada de yuxtaposiciones enfebrecidas, neologismos arriesgados y rupturas sintácticas. Si por la compulsión autodestructiva nos recuerda a Leopoldo María Panero, por la combinatoria de sus letanías a Cirlot, por la desarticulación de su mensaje a Miguel Labordeta y por la fertilidad de su ingenio léxico a Ory, *Fragmentos de identidad* es, ante todo, una creación hondamente personal. Por paradoja, el absoluto ensimismamiento del escritor, que en sus casos extremos lo ha llevado a cortar a cercén la transitividad comunicativa, enseña sus úlceras con singular alarde exhibicionista. En *La estatura del ansia* el referente es una muerte ajena, pero también aneja, contigua hasta la confusión con la muerte propia que ya se dibuja en *Palimpsesto*, postumario éste que concilia el anhelo erótico por una parte, y el artístico por otra, que se abocan respectivamente a la impotencia y a la afasia literaria, y terminan encallando en el silencio. Al final, el mutismo rubricado con *Los ojos de la metáfora* —diamante opaco, punto de término, *finis terrae*— cancela una ambición que no ha podido ser satisfecha. Por lo demás, la poesía de Gracia es compacta y taxativa, ajena a la ironía y a las futilidades, sin concesiones ni melindres de la forma, enjuta en la expresión, embridada por el endecasílabo, tortuosa en el discurso, astillada en el pensamiento. Con frecuencia se dilata en letanías obsesivas, terebrantes. Y estos rasgos sólo se endulzan, pero no desaparecen, en *Hacia la luz* (1998) o en *Libro de los anhelos* (1999), publicados después de su intervención en las lecturas poéticas que están en el origen de

esta antología. *Hacia la luz* supone una inflexión poética —también una inflexión vital— en la trayectoria del autor. El lenguaje se abre, más comunicativo aunque no menos intenso, a un receptor que, de todos modos, se siente sobrecogido ante esta lucha sin cuartel contra el despeñamiento en el dolor. En él recapitula una vida obsedentemente signada por la escritura como proyecto trunco, y, por ello mismo, por la sabiduría del fracaso. Pero ahora el fracaso parece contener un núcleo humano de aceptación del mismo y, puede que demasiado tarde, una propensión hacia "la voz de quienes aman, sufren, viven". En esta inclinación tienen que ver algunas de las más nobles pulsiones de un hombre en trance de salvación: el amor, la solidaridad humana, la identificación con el hijo. Como en los libros anteriores, Antonio Gracia ha escogido la música del endecasílabo blanco, tenso y sin concesiones a la blandura melódica, para decir su canción, sólo ocasionalmente aligerada por algún heptasílabo u otro verso de andadura corta. Y en línea con él, *Libro de los anhelos* reúne todas las vertientes de la sed, esencial y existencial, personal y cósmica, en versos cautivados por el erotismo y la lujuria. Elevando la mirada al conjunto de la obra de este autor, cabría preguntarse si para colmar este cáliz con unos cientos de versos hermosos y definitivos, merece la pena haber pisado en los lagares del dolor un sufrimiento tan vasto y tan sostenido como el que se adivina. Es cierto que el poeta —y el hombre que hay en él, multiplicado en pseudónimos, heterónimos, citas anagramáticas— remonta el vuelo a partir de *Hacia la luz*, pero lo hace desde una ciénaga y desde un fracaso cuyas respectivas magnitudes, tal como quedan expresadas en sus versos, producen asombro artístico y mueven a la piedad. Y lo demás es literatura.

Mariano Estrada

Mariano Estrada es autor de una obra ya abundante, aunque, por las circunstancias en que se ha ido publicando, sólo muy recientemente ha comenzado a divulgarse de modo regular. La edición de sus primeros libros (*Mitad de amor, dos cuartos de querencia*, 1984; *El cielo se hizo de amor*, 1986; *Tierra conmovida*, 1987; *Trozos de cazuela compartida*, 1991) corrió a cargo del propio poeta, y su ámbito de difusión no superó el de sus amistades. Su acceso a la escritura se produjo, probablemente, saltando de Gabriel y Galán a Eladio Cabañero, si nos fijamos en el ruralismo temático de sus poemarios iniciales; o a Carlos Sahagún, si lo hacemos atendiendo a la atracción reminiscente de la niñez; o al Claudio Rodríguez de *Conjuros* cuando la poesía de Estrada se viste de fiesta, en la que queda en suspenso el laboreo del mundo elemental y campesino de su infancia... Lo sorprendente es que, en una poesía de tan clara raigambre costumbrista, aparezcan jirones de un lirismo *naïf* que nos coloca frente a una suerte de *docta ignorancia*, claro que muy distinta a la de los espirituales españoles del XVI. Mariano Estrada es un poeta caracterizado por la efusión sentimental, un *pathos* encendido y emotivo, y una notable fertilidad léxica y metafórica. Cuando es el mundo de su niñez el recreado, entonces los poemas se articulan en estrofas tradicionales, populares o cultas, como el romance, la soleá, la coplilla popular, el soneto..., que sirven de freno al desparramamiento de una sensibilidad exuberante. A esta inclinación coadyuva una actitud civil beligerante, por ejemplo contra el infierno de cemento de nuestras ciudades (aunque lo que enciende esa indignación parece la chispa de una nostalgia paradisíaca de su pueblo en la infancia zamorana). Por el contrario, una punta de socarronería impide a veces que la emoción se precipite

sin freno hacia la evidencia sentimental. A partir de *Azumbres de la noche* (1993) nos encontramos con un poeta que, solidario en lo esencial con lo anterior, presenta tales novedades temáticas, estilísticas y métricas que a muchos lectores superficiales les parecerá hallarse ante *otro* poeta. Es, el citado, un libro de amor a pulmón pleno, tan desbordado por el tema como por la escansión rítmica, pues un verso absolutamente desatado se enseñorea de todo poemario. El amor, abandonando cualquier proclividad al ensimismamiento, agavilla los elementos de un mundo que se muestra en el ápice de su sensualidad. Esta misma sensualidad, volcada explícitamente ahora a la calcinación mediterránea, se manifiesta en *Desde la flor del almendro* (1995), donde la prodigalidad verbal y sensorial no encuentran contrapeso en una llamada al ascetismo. Sí existe este contrapeso en *Hojas lentas de otoño* (1998), pues una luctuosa aunque no del todo palmaria circunstancia biográfica invita a la interioridad y a la mesura, represando la tendencia natural de Mariano Estrada a la compulsión sentimental y al desarrollo anecdótico: surgen así unos versos hondos, ajustados, palpitantes.

María Escudero

Si leemos con atención la poética que sitúa María Escudero al frente de sus poemas, nos percataremos de que para ella la poesía es, junto a lo que tópicamente puede decirse sin apenas decir nada —una forma de "estar en el mundo"—, un modo de rescatar algunos fragmentos de vida al decurso de las horas, y una manera de conocimiento de los propios límites, en cuanto que acotan el yo y lo ponen en contacto con el universo. No es imprescindible hacer caso a los poetas cuando juegan a teorizar; a veces no es siquiera recomendable, pues hay autores que, en tales circunstancias, suelen impostar la voz para enunciar trascendencias que no alcanzan a crear en los poemas. Sin embargo, me parece que esas palabras de la autora nos dan unas pistas válidas sobre su poesía. Lo primero —poesía como fotograma de la fugacidad— nos indica la sustancia temporalista y elegíaca de esta lírica: somos el aluvión acumulado por lo que hemos sido, de modo que al efectuar un recuento de cuanto amuebló el tiempo pasado —como el que se efectúa en "Inventario", la composición que abre el grupo de poemas reunidos aquí por su autora— estamos dando las claves de nuestro presente. Pero estos ejercicios retrospectivos y rememorativos son vanos si se limitan a preservar amortajados en un museo, o en la urna de la memoria, fragmentos de la vida que fue. Aquí la urna no es una caja sepulcral de recuerdos; sino, apelando a la tradición greco-latina —según la cual el río es un hombre recostado sobre una urna, de la que va fluyendo su caudal—, manadero de aguas que discurren por el lecho del tiempo hasta el hoy. Lo segundo —poesía como ejercicio de conocimiento del yo y del mundo— es propio de una creación gnoseológica, que entiende la obra literaria no sólo como una reproducción más o menos afortunada de lo real, sino como

una indagación autónoma que se crea en el propio curso del poema. Se trata de una indagación a oscuras, de un tanteo aproximativo: "Voy navegando. / Mi rumbo es la deriva". De la itinerancia, la oscuridad y la soledad de esta aventura espiritual dan cuenta los símbolos que enriquecen crecientemente sus libros, y hasta los títulos de los mismos (*Cuando habita la noche*, *Territorio de ausencias*, *Galería de noche y lluvias*, *Travesía en solitario*), que han venido editándose a partir de 1990. Por lo demás, la literatura de María Escudero, rica en contenido simbólico, se caracteriza por el entrañamiento y la raigambre existencial (Dámaso Alonso habló, para aludir a ello, de "poesía arraigada"), concretados en su invocación telúrica y panteísta: "Nunca moriré. Caerá la lluvia sobre mí"...; y, al final del poema: "porque la muerte sólo existe / en los ojos de los hombres / que no han aprendido a mirar la tierra". La armonía de estos versos no descansa en un ritmo codificado y regular, ni en el enjoyamiento formal; sino en la aludida complacencia en las raíces del sujeto y del mundo.

Rosa Martínez Guarinos

El polifacetismo artístico de Rosa Martínez Guarinos —es también pintora y narradora— puede que la perjudique en su estricta valoración poética, habituados como estamos a considerar ciertas actividades como cosa adventicia a la que ha constituido nuestra imagen primera y, tal vez por eso, más pública. *Un instante infinito* (1991) es su primer libro poético, cuyas composiciones construyen el *ahora* como término de un desarrollo sucesivo: ése es el instante infinito al que apunta el título, aunque su consecución resulta obstaculizada por la enfermedad del tiempo: "Poseídos por la enfermedad del tiempo / empezamos a pensar en la muerte". Este afán de presentización, que no es específicamente "literario" porque rehúye el engaño del pasado y el del futuro, tiene que ver, me parece, con la negación de la literatura como sucedáneo de la vida que en un momento preciso nos toca vivir: su lirismo se incardina en la experiencia personal, y cumple su tarea dando fe, testimoniando. Los poemas de Rosa Martínez Guarinos son de composición acumulativa, y discursean naturalmente, sin ningún envaramiento ni ceñidura, como si no fueran conscientes de serlo; o como si la autora le hubiera dado un corte de mangas a la tradición literaria. Atrevida en la factura de metáforas o en las relaciones establecidas en los símiles, libre en su disposición métrica, ajena a pautas retóricas y falsillas de construcción, la poesía de *Un instante infinito* se impone por su naturalidad elocutiva —y hasta elegante desaliño en algunos versos—, que se despeña desde un poema a otro, con recurrencias y regresiones, de modo que no se diría que nos hallamos ante una mera suma de poemas, dado el aire de familiaridad interior que existe entre los mismos. Esto es aún más perceptible en *Noctumbra* (1997). En este caso contribuye a crear ese aire de poema

global el hecho de que el libro sea, todo él, una larga epístola funeral dividida en secuencias —poemas— donde el tú, que actúa como interlocutor mudo, termina convertido en una omnipresencia (¿omniausencia?) que impregna los últimos rincones del volumen. Construye la autora un plano lírico de ese lugar, *Noctumbra*, cuyo nombre da título al libro y del que sabemos, antes de adentrarnos en él, que es una hibridación, o más bien una reduplicación semántica, de la noche (*nox, noctem*) y de la sombra (*umbra*). Entre la propagación de lo personal y el ensimismamiento a que propenden tema y tono del poemario, la atracción del espacio de la ausencia encuentra un obstáculo que el lector ha de vencer: la circularidad de este monodiálogo, que se remite a sí mismo con reflexiones que no siempre se despliegan, en aras de preservar el *sotto voce* que impera en todo el libro.

José Luis Vidal

Con independencia de los gustos particulares de un lector determinado, cabe afirmar que el mundo poético de José Luis Vidal es profundamente original, según muestran libros como *Al rojo amarillo* (1991), *Señor de los balcones* (1992) y *Perenne flor* (1997). Ya el primero de los citados presentaba los que son rasgos reconocibles del escritor: exultación, pureza, alacridad, adanismo. Posteriormente ha ido dando otras muestras de esta manera de sentir y de escribir. Su encendimiento procede de un vitalismo inocente, pero de ninguna manera inconsciente. La poesía de José Luis Vidal es escueta como un chispazo, que no admite ni demora ni desarrollo ordenado, sino que se expresa en una simultaneidad sensitiva. Mediante destellos verbales, diminutivos y otros recursos de afectividad, recrea el espacio infantil, en un ejercicio ingenuo e iluminado. Unas tiradas de versos cortos y picados tejen rimas ocasionales, terminaciones agudas, calambures, metáforas caprichosas, ilaciones descoyuntadas... Otras veces el poema escoge una estructura de oración, en el tono de impetración, pero también en sus dualidades y paralelismos. Predomina un esencialismo afín al guilleniano, con ecos del jaikú. La combinación de humorismo y metáfora nos lleva hasta la definición que Ramón diera de su greguería. También hay greguerías aquí, como hay remedos de anaglifos, asociaciones ultraístas y liviandad sustantiva que nos recuerda a Antonio Espina (*Signario*), a Moreno Villa (*Jacinta la pelirroja*) o al Alberti de, por ejemplo, *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos*. Y por supuesto a cierto espíritu postista de la postguerra: Ory, Gloria Fuertes. La ligereza y autenticidad de esta poesía, en un tiempo en que la vanguardia aparece casi escolásticamente formalizada, desautomatizan los recursos que pudieran haber entra-

do en un proceso de anquilosis retórica. Pero su ludismo y frescura no le roban lo que, también, es un componente central de sus libros: la profunda humanidad que hace de la poesía un ejercicio enamorado, ensamblador de hombres y cosas. Ante ello, no cabe sino sorprenderse. Sorprenderse, en primer lugar, de un universo de presencias que no requieren exegesis, sino contemplación; ello muy especialmente en los poemas de *Perenne flor*, que recogen los componentes de un mundo en el que conviven sin estorbarse nubes y animales, rostros infantiles y presencias protectoras —el padre, el sol—. Hay en la poesía de la posmodernidad dos rasgos dominantes que se hallan muy lejos de los versos de José Luis Vidal: la fragmentación del sujeto, de un lado, y la actitud distante (irónica, descreída, displicente), de otro. De ambos los separa el fervor con que Vidal, mucho más que un sujeto poemático, entona su canción, en los predios de la poesía religiosa, a trompicones con la lógica recortada y con la referencialidad prosaica: una canción, en suma, esencialista e iluminada como una tea. Aunque anclada en la tierra y en la precariedad de nuestra condición humana, la poesía de Vidal parece no mancillarse con los asuntos de la historia: ése es el signo de su virginidad.

Juan Ramón Torregrosa

Dos libros jalonan la trayectoria poética de Juan Ramón Torregrosa: *El estanque triangular* (1975) y *Sol de siesta* (1996). Del uno al otro, veinte años de silencio, lo que dificulta la conexión estética entre ambos. Tras aquel libro primero —y primerizo—, donde mostraba Torregrosa un lirismo inocente y primordial, por más que contuviera determinadas referencias al contexto en el que emergía el poeta como hombre civil, *Sol de siesta* revela enseguida un mundo constituido: el de un autor que escribe en el "mezzo del cammin", momento en que se para a levantar acta y hacer recuento, aunque también a proponer modelos que tiende hacia el futuro. Si nos fijamos en uno de sus poemas titulado "Un sueño sosegado", la vida del autor aparece aquí como el punto adonde van a morir ecos culturales confluyentes y asimilados vivencialmente por él: la ataraxia de los filósofos del Jardín ("el silencio, la ausencia de dolor"), el retraimiento de Fernández de Andrada ("la paz, un libro amado, / los amigos de siempre") y, sobre todo, la propuesta luisiana de la vida natural y la renuncia a lo superfluo ("y una rústica mesa por mi mano / abastada"). No hay en esta poesía un paisaje vital homogéneo, ni una voz sostenida en el mismo tono, como si en el libro se hubieran reunido composiciones de diversas épocas, o, quizás, emanaciones de una sensibilidad con varios rostros. Junto a determinados poemas de cariz irracionalista, sin dirección biográfica explícita, son más abundantes los que desarrollan una reviviscencia del universo mítico infantil: canciones escolares asonantadas, simplicidad de un mundo solar y transparente, por más que a veces el entusiasmo resulte empañado por la nostalgia del recuerdo. La obviedad temática de unas composiciones deja paso a la evocación misteriosa en otras, argumentalmente más elípticas y discontinuas.

El timbre de los poemas unas veces conecta con el simbolismo de veta romántica y otras con las tortuosidades conceptuosas o cancioneriles, unas veces con el irracionalismo verbalizador —tal como se aprecia, por ejemplo, en "Azul"— y otras con zozobras casi tremendistas. En cuanto poesía de recopilación vital que es, hay algunas alusiones a la educación sentimental e ideológica de su generación, con guiños de homenaje a Antonio Machado y Celaya, aunque parecen también escucharse, más en sordina, ritmos vitales de José Agustín Goytisolo y Gil de Biedma. En general, la atracción de la medianía, el amor a los próximos —hijos, mujer— o el abrazo a lo elemental se disponen para expresar la afección a la vida con una mirada piadosa y complacida, pese a los estragos del tiempo y a la nostalgia de las trincheras. Dominan los metros contenidos, con versos de seis, siete sílabas, siguiendo alguna vez el modo de la anacreóntica dieciochesca. Sólo excepcionalmente aparece un verbalismo afín al aleixandrino o nerudiano. En suma, estamos ante un autor que ha recorrido caminos distintos: su propia versatilidad va en detrimento de la confirmación de un estilo homogéneo, aunque la nobleza de la voz se hace patente en los diferentes derroteros en los que se ha adentrado.

Vicente Valls

Entre los quince poetas seleccionados, Vicente Valls es uno de los que tienen un más acabado dominio del ritmo, de la combinación de palabras y de lo que podríamos llamar la artesanía poética: ese arte, de reglas que no admiten codificación completa, consistente en conseguir que cada palabra ocupe su lugar en la sinfonía del poema, y que es más que la brillantez verbal y la pertinencia semántica. A lo largo de una trayectoria iniciada en 1976 y que cuenta con títulos como *Poemas*, *Elegía frente al mar y otros poemas*, *Figuras en el agua*, *Memoria del olvido* y *Treinta poemas*, Vicente Valls ha ido depurando su dicción hasta conseguir una voz neta que, aunque alcanza a pronunciarse en registros diversos, encuentra su sazón más plena en la poesía reflexiva, indagatoria, intimista. El fraseo de estos versos es siempre suelto y muy bien canalizado rítmicamente: heptasílabos, endecasílabos, a veces alejandrinos. Gusta el autor de construir el poema como una sucesión de avances, en ocasiones estructurada mediante una técnica de repeticiones rítmicas o léxicas —llegando incluso a establecer una sarta verbal en forma de letanía, con sus anáforas y sus reiteraciones sintagmáticas—, como muestra admirablemente en el poema "Nocturnos", de *Figuras en el agua* (cuyo primor formal y regodeo en el ritmo, dicho sea de paso, recuerdan las maneras del espectacular "Tragedia de los caballos locos", de Jaime Siles). En las palabras de presentación, el autor da cuenta de la inexistencia de una poética englobadora de toda la producción de un artista: cada poema, nos dice, tiene su poética (tal como escribió Antonio Gracia en su "Poética para una poesía sin poetas", también recogida en *Fragmentos de identidad).* Podemos estar de acuerdo si hilamos muy finamente: así, hay poemas, aun entre los aquí recogidos, que se

atienen sobre todo a la lógica referencial o "extrapoética", si queremos decirlo de este modo, en tanto que otros incorporan ingredientes más o menos irracionales, mediante una metaforización siempre poderosa que no nos remite al tenor de la realidad más consabida. Pero, vista en general, la poesía de Vicente Valls, al menos la que se recoge en este volumen, mantiene algunas constantes que pondrían en cuestión la aserción anterior, pues en todos los poemas brilla el esmero elocutivo, la soltura versificatoria y lo que muy afectadamente llaman ahora calidad de página: baste citar, entre varios posibles, el titulado "La feria", dispuesto como una suma de elementos que, en su heterogeneidad acumulativa, nos permite vislumbrar una estampa de la vida, incomprendida y puede que incomprensible. Claro que estas virtudes no están libres de algunos peligros que parecen inherentes a ellas, entre los que acaso el más evidente es la despersonalización, como una consecuencia del estilo siempre bruñido y sostenido en su dicción, que apenas deja lugar a las disonancias, a la sorpresa o a las rupturas de las expectativas lectoras, que son las que exigen del lector, o quizás provocan en él, una conciencia despierta.

Pilar Blanco

He aquí un tópico de la posmodernidad y de la disolución del sujeto que la caracteriza: no existe una "poesía femenina", sino sólo poesía escrita por mujeres. Pero, sujetos poemáticos al margen, que nos llevarían a encontrar a la mujer —*cherchez la femme*— en la poesía de Pilar Blanco, creo percibir en ella elementos de una cartografía espiritual determinadamente femenina. Léase: la frágil radicalidad de un sentimiento que asombra por lo sustantivo y requiere solicitud y cuidados por lo adjetivo; la hostigadora insistencia en el escudriñamiento del propio corazón, y del ritmo consonante con *otro* corazón; la sutileza sensitiva, a punto de troncharse por su delgadez, a punto de perderse también en algún recodo de un psiquismo complejo; y el resbalar consciente en el discurso de la incertidumbre, desdeñando fines o grandes planteamientos, y acompasando los avances y las retracciones de la vida, que conforman "un tupido tapiz de pasos adelante / y saltos hacia atrás", como reza un poema de *Mundos disueltos*. El libro inicial de Pilar Blanco es *Voz primera* (1982), que tiene la entonación argentina de una sensibilidad decantada, aunque inexperta. El que siguió a éste en el proceso de escritura es *Vocabulario íntimo*, que apareció en 1998 tras *Mundos disueltos*, y en el que la autora alcanza una firmeza muy perceptible en la dicción. Su segundo libro publicado es *Mundos disueltos* (1998): en esos mundos hay una voz bien timbrada, pero también consciente de que no siempre puede alcanzar una pieza que se le escapa por trochas, vericuetos y escarpaduras, cuando no se le va al cielo abierto: la *cortedad del decir*, frecuente en los espirituales del "lenguaje insuficiente" (claro que también en los poetas poco dotados), es aquí la confesión de un alma que se pierde en la broza de las palabras ("Hay un temblor de agua / que

no sé describir"), atenta a varios requerimientos: el de la expresión, a veces sinuosa, de sus hondones y repliegues sentimentales; también el del contraste existencial entre un pasado de "escombros y rutina" y un proyecto que se prefiere antes anheloso que colmado: "que cuando se consigue / la ilusión, / ya no hay vida". Pilar Blanco elabora su discurso con fluidez, distribuyendo el asunto del poema en versos alejandrinos, endecasílabos o más breves, que se esponjan y contraen, con algunas rupturas de las expectativas métricas que confunden al oído. También sabe cerrar los poemas. Algunos brillan especialmente por su construcción, ajustados en su tira y afloja, en los avances anafóricos hacia un remate tan acabado —*perfecto*— en su música como abierto insinuantemente a un espacio nuevo; así aquel que comienza "Si tuviera otro mar te lo regalaría", cuyos versos finales son: "Si tuviera. / No tengo. / Tú no tienes tampoco". Es fácil que el lector se sienta como un *voyeur* que sólo alcanza a vislumbrar formas huidizas, volúmenes que se escapan o se velan, tal que si el mundo de estos poemas estuviera enajenado, construido en un territorio que reverbera fuera de los mismos. Rebasando ya el marco cronológico de la antología, *A flor de agua* (2000) traza una línea que arranca en la paradoja humanista, y enseguida barroca, de "lo que pasa es lo que queda" (Du Bellay, luego Quevedo: "solamente / lo fugitivo permanece y dura"), visible en el título de la primera parte ("La eternidad sólo vive en lo efímero"), y que se cierra con unas variaciones sobre la soledad. Pero ésta ya es otra historia.

José Luis V. Ferris

Es éste, sin duda, un poeta de retórica sólidamente constituida, poderosa y verbalista, sin caídas ni siquiera ocasionales. Antes de su dedicación a la novela, Ferris había publicado tres poemarios, alguno de los cuales ha gozado de la reedición: *Piélago* (1985), *Cetro de cal* (1985) y *Niebla firme* (1989). Aunque quizás resulte muy rígida la simplificación, puede decirse que la poesía de este autor depende temáticamente de dos polos bien reconocibles: el de la calcinación luminosa que identifica con su ciudad y con el Mediterráneo, y el del amor de los cuerpos. Respecto a la concepción del poema, es apreciable siempre la fe en el lenguaje (y del lenguaje), pues es éste el que articula la composición y el que la mantiene en pie, por encima de otros elementos superiores de construcción literaria. El poeta prescinde de toda ambición de objetividad, y no porque se abisme en sus intimidades, sino porque él se convierte en tamiz imprescindible de su consideración del mundo. En sus abundantes poemas amorosos, el sujeto se dirige a una persona que no está, en la que rebotan, para que lleguen de nuevo a él, sus quiebros con las palabras. Se ha distanciado el autor de la entonación narrativa (hoy muy presente en la llamada "poesía épica", y en aquella que esconde su lirismo en los pliegues del discurso cotidiano, siguiendo la lección de Biedma y epígonos), de la introspección indirecta que usa el monólogo dramático culturalista, así como de otros instrumentos que persiguen parecidos objetivos. El amor lo rebasa todo menos el lenguaje con el que se expresa, y es un amor en trance: más "en trance de", viviendo su historia sucesiva, que en trance extático. Amor gozoso, pero existencial. La poesía de José Luis V. Ferris tiene su centro no tanto en la experiencia que se verbaliza cuanto en la verbalización de la experiencia. Ésta, la experiencia, termina desvaída, hasta resultar casi prescindible o adventicia,

una vez se ha resuelto en el poema, convertido así en una eficaz máquina de lenguaje, válida para decir el mundo, pero también para sustituirlo. En suma, nos encontramos ante una poesía de estambre eminentemente verbal, cuidada en la expresión, cadenciosa en el ritmo, copiosa en la imaginería. Hay en ella alguna connivencia con el irracionalismo: me refiero a la libertad difusa de las palabras, que crean sus códigos particulares, atienden a sus propias relaciones, diversifican e irradian sus influjos, se ramifican en prolongaciones metafóricas con una gran soltura. Precisamente llama la atención en Ferris la correspondencia entre libertad desordenada y armonía compositiva: la verbalización del caos es lo que permite vislumbrar la aventura del orden. La exuberancia de las palabras está, sin embargo, cerebralmente medida en su riqueza, como una desmesura controlada. Respecto a los segmentos rítmicos más apreciados por Ferris, prevalece la combinación del heptasílabo y el endecasílabo, con tendencia a la diversificación, y con el prurito que creo adivinar de salvar los versos de las cadenas consabidas de los ritmos clásicos.

Pedro Villar

Hasta el presente, dos son las entregas poéticas de Pedro Villar: *Desde la luz y la sombra* (1991) y *Luz en el laberinto* (1995), emanaciones una y otra del mismo universo literario. En ambas obras destaca su pretensión de crear un clima, que se impone sobre la anécdota de los poemas, siempre muy adelgazada. Para ello, ha seguido unas pautas métricas, retóricas y temáticas sencillas y uniformes, rehuyendo la variedad y la dispersión, reduciendo, en suma, el perímetro del universo poetizado para que la insistencia en ese territorio acotado termine por hacerlo reconocible. Además de ello, o acaso debido a ello, en estas colecciones no hay poemas que resalten sobre el conjunto, pues la composición monotonal del todo prevalece sobre la especificidad de cada una de las partes, que funcionan como secciones de una unidad superior o de un poema dilatado que sería el libro. Hablamos, en fin, de una poesía en que los referentes exteriores a la misma aparecen como desleídos, apenas perceptibles y sin sujeción en lo concreto. El peligro de ello es el de la desustanciación vital y, finalmente, el de la intransitividad, tal que si los poemas requirieran una apriorística adhesión emotiva que sólo puede suponerse en un lector tocado por la misma sensibilidad que el poeta. En la poesía de Pedro Villar se funden oquedades externas y temblores personales de procedencia romántica. La que se nos propone es una mirada sensitiva, tenue y blanda. El poeta aparece y desaparece: en su enfrentamiento con las cosas que *pasan* (que "ocurren", que "se van"), apenas puede hacer otra cosa que aludir a ello. Decir las cosas, especialmente en el momento en que esplenden en su apogeo, es una forma limitada de redención. El espacio musical de los versos de Villar es lugar de encuentro del mundo contemplado y del contemplador estupefacto, acaso pasivo. Los ojos del poeta escudriñan, pero no siempre aciertan a penetrar en el rincón

donde se guardan las claves de la existencia: "Páginas de un destino / que el alma enfebrecida / desliza por un cuerpo / cuyo sentido ignoras, / cuyo sentido ignoro", decía este autor en su primer libro. Dar testimonio de esa incapacidad es tarea del poeta. La constatación de la ignorancia, y el correlativo afán por conocer, son elementos constantes en estos versos, que se resuelven en estructuras opositivas: oxímoron, contrastes, paradojas. Técnicamente, la poesía de Pedro Villar empasta sus procedimientos hasta distraer de ellos la atención, que se aleja del detalle para posarse en la melodía. Dominan en su obra los versos breves, heptasílabos con frecuencia. El poeta dice su palabra después de haber ocultado el trabajo de la creación en las suavidades de la música. Junto a su voz apaciguada y herida, habitan sus silencios: leves, violetas, otoñales.

Juan Ángel Castaño

En Juan Ángel Castaño se produce lo que podría considerarse una pequeña paradoja: su poesía lo es, si nos servimos de los marbetes clasificatorios al uso, "de la experiencia", pero también es una poesía profusamente culturalista. Lo primero se debe a que contiene cuantos formantes vienen considerándose necesarios en la misma, y me refiero a la acepción más común y frecuentemente trivializada: posee un referente reconocible y, a veces, aire narrativo aunque de enunciación fragmentaria; se asienta en la cotidianidad; crea un sujeto fácil de conectar con el autor. Respecto a lo segundo, está amueblada con los nombres y las realidades provenientes del ámbito artístico: la música muy especialmente, la literatura, el cine... De ahí el fuerte *culturalismo experiencial*, podríamos decir, y la metaliterariedad externa de sus poemas: externa porque, más que reflexionar sobre la literariedad, se nutre de los productos de ésta. La consciencia culturalista de esta modernidad que se sucede a sí misma y nos hace sentir de vuelta de todas las culturas, aparece en muchas de sus composiciones; por ejemplo en "Tout est dit", poema-mosaico que recoge en sus versos o teselas títulos y cláusulas de la gran literatura, incrustados en la composición sin manipulación apenas (y en esto se diferencia, por ejemplo, de Antonio Gracia, en cuyo "Poème d'un autre" los elementos intertextuales tienen, a su vez, una fortísima capacidad de generar otros sentidos, deformarse y prolongarse autogenerativamente en brotes sucesivos). El contraste aludido entre "lo culturalista" y "lo experiencial" se resuelve si sabemos que el poeta tiene el mismo rostro que el sujeto de sus composiciones, y que su mundo ha sido construido en el recinto borgeano de una biblioteca (o en el de un museo o una sala de audición). De hecho, la mitología de Borges penetra aquí

con determinación, al extremo de que Castaño bien pudiera ser alguno de esos bienaventurados que salvan nuestro mundo, a los que aludía Borges en su poema "Los justos": el hombre que cultiva su jardín; el que agradece la existencia de la música o la de Stevenson; el que descifra etimologías, juega al ajedrez en un café o lee unos tercetos de cierto canto; el que acaricia a un animal dormido... A partir de *Para bailarinas ambiciosas* (1984), sus versos han ido apareciendo, con regularidad y frecuencia, en editoriales y empresas grupusculares que no garantizan la difusión: *Elegías y haikus*, *En la caverna*, *Las edades*, *Mi amiga la música* y *Noches de cine*. Castaño es autor de una poesía con ecos de la frescura *beat*, ancilar respecto a la historia de la cultura. Su peligro es el de identificar las referencias culturales prestigiosas con la emoción poética: la música, por ejemplo, penetra en el poema sólo si éste absorbe la cadencia y el discurso melódico, no si se limita a registrar nombres de compositores, pongo por caso. Su acierto es el de vincular lo artístico y lo existencial, hasta conformar un modelo expuesto en "De vita beata" —que, por su propósito y factura, recuerda a "Un arte de vida" de L. A. de Villena—, donde tan ensamblados se hallan lo uno, bien visible en el abolengo del título, y lo otro.

Antonio Moreno

El primer libro de Antonio Moreno, *Los nombres y el tiempo* (1989), inauguraba un mundo parsimonioso y contemplativo, en el que podía percibirse una vocación de acendramiento: esa que se cumple no en la acumulación de materiales y de logros, o en el avance hacia puntos no contenidos virtualmente en el de partida, sino en la repatriación de la voz a la zona donde se hunden las raíces vitales y literarias del hombre que la pronuncia. Esta percepción es ya una constancia fundamental en el que le siguió, *Libro del yermo* (1993; reed. 1996). Se recoge en él un universo objetual y esencialista, cuya epifanía provoca una figuración reverberante, como la que convierte la nitidez mediterránea en el espejeo de la calina, y al fin en un espacio de formas ondulantes y huidizas. Ese libro se ciñe cabalmente al hilo de la experiencia biográfica del autor, mas no en el sentido pegado a la anécdota en que lo suele presentar la poesía de la experiencia, sino como producto depurado en el alambique, hasta quedar convertido, alquitarado y puro, en una delgada sustancia contemplativa. En *Libro del yermo* coexisten la facultad escrutadora, a veces muy cercana a las sutilezas racionalistas, y la voluntad retráctil del pensamiento, que cede su lugar a la presencia iluminada, calcinada, de las cosas. Pronto se ve que el encaje que han formado los componentes contemplativos de esta poesía es familiar al de la literatura mironiana, y que su lento horadar cognoscitivo lo aproxima al mejor Gil-Albert, como también el fraseo musical, de cuya evidencia melódica ha de defenderse escogiendo a veces las soluciones menos previsibles. El tercer libro del autor es *Alrededores* (1995), conjunto de estampas en prosa donde la descripción de los lugares del entorno, paseados y pateados, casa con el apunte reflexivo, cuya sutileza y profundidad no velan nunca

una sensualidad paisajística. En *Solar antiguo* (1996), su cuarta entrega, Moreno vuelve al verso, y escoge preferentemente la andadura del endecasílabo blanco. Algunos de sus versos anteriores habían mostrado ya las limitaciones de la "máquina de razonar" y la indigencia última del pensamiento, que terminaba doblando la rodilla ante una realidad inmediata y concisa. Ahora, en su engolfarse en la alta mar, Antonio Moreno ha debido soltar el lastre de la obviedad semántica, de la profusión sentimental, de los caracoleos de una forma que se gustase a sí misma. El poeta, prendido con frecuencia en la plenitud instantánea de las cosas en el fervor de su cenit, siente la lógica desconfianza ante la tarea de las palabras. Pero por fin son ellas las que registran armónica y quizás fatalmente la vida del sujeto, como fósiles en que ha ido mineralizando el tiempo que quedó atrás. Su último libro hasta el presente —posterior a su intervención en "Alimentando lluvias", por lo que no se recoge aquí ninguno de sus poemas— es *Visión del humo* (1998). En él parece haber llegado el poeta hasta el final de un camino a cada paso más y más despoblado. En la misma estela de ese libro se sitúa ahora *Partes de un todo* (1999), conjunto de estampas en prosa que escudriñan, con técnica puntillista, en las marcas de la temporalidad, y que se revelan como un enunciado moral en pos de una doctrina: esa doctrina casera que, en este mundo sin dioses y ya casi sin fetiches, el escritor se encarga de edificar con materiales de derribo. En estos libros como en los anteriores, no hay duda de que el anacoreta que es Antonio Moreno ha dejado dichas algunas de las palabras más esenciales, pulcras y hondas de la poesía española de hoy.

José Luis Zerón

José Luis Zerón, autor de una obra amplia y dilatada en el tiempo —es fundador y director de revistas culturales, donde ha ido mostrando parte de ella—, ha sido, sin embargo, parco en la publicación de libros. Se dio a conocer con la *plaquette* titulada *Anúteba*, escrita en colaboración con Ada Soriano, a la que siguió *Solumbre* (1993). La referida parquedad sería una circunstancia poco relevante en muchos escritores; en Zerón, en cambio, el desarrollo de una obra jalonada por varios títulos proyectaría luz a su poética, muy cerrada sobre sí misma, y su discurso evolutivo. Vista en su ucronía, sin posibilidad de entenderla como un punto de una línea en determinada dirección, la poesía de José Luis Zerón se nos aparece como un monolito ensimismado y solipsista, horro de cadencias y ductilidades formales. Los versos de Zerón discurren con más determinación que sutileza por las anfractuosidades del pensamiento. El núcleo duro de esta poesía no resulta aliviado por el excipiente formal, pues se han rehuido los recursos que facilitarían el ingreso cómplice del lector en el aura sentimental del poeta. Estamos, en suma, ante una poesía que crece en las arideces del desierto, con vocación intransitiva. Su formulación geográfica no es la del *locus amoenus*, el paraíso cuya inaccesibilidad está compensada por lo indescriptible de su belleza; sino la de una verdadera *utopía*, el no lugar. Por eso desaparece en los poemas de este autor casi todo anclaje referencial—anécdota susceptible de narración, rostros reconocibles, biografía del sujeto—, y el territorio de su imaginario es el lugar de un indistinto crepúsculo vespertino: ascuas y rescoldos, brasas y crepitaciones, humareda, cenizas apagadas. En el espacio crepuscular las formas abandonan toda definición, como si se situaran en una tierra de nadie antes de caer en la sima nocturna: punto

de tránsito de lo que ya no es a lo que todavía no es. En el intersticio entre el fulgor del día y el desplome nocturno —sol, sombra, lumbre: *solumbre*— se asientan los versos de este autor, en los que se concitan algunos rasgos que remiten a una cosmovisión barroca. Por una parte, aparece la idea de la muerte como auténtico meollo de la vida, personal o cósmica: "Todo es certeza de la muerte, / afirmación de la pérdida". Por otra, el mundo está contemplado con la sabiduría escéptica de quien sabe que lo que se alza ante sus ojos es sólo *trompe-l'œil*, engañifa a los sentidos: "Cuando miro con ojos hechos al engaño"... Como antídoto contra la mascarada y el engaño, el autor erige estos versos destemplados, con vestiduras pegadas al hueso, difíciles en su fluir y plagados de cláusulas sustantivas. Puesto que al lector van dirigidos, no sería improcedente, pienso, que tuvieran con él más contemplaciones.

Antología

Nemesio Martín

A MODO DE PRESENTACIÓN

Soy de mi infancia y llevo un orfanato
y una ciudadanía de crisálida;
la herida me lastima
de un olor a romero
que alguien dejó olvidado
en el desván del tiempo.

Palomas como sueños
del palomar de adobe;
Dios sin medida, azul soberanía,
sobre el trigal el viento;
el oro envejecido de las eras
por San Martín; los truenos
bajo el carro;
las mulas arrastrando su docta pesadumbre
en surcos de silencio;
¡el silencio
de la capa pluvial y el dies irae
retumbando en las piedras
del atrio de la iglesia!;
pero tardes de invierno
como largos amores,
la escuela y el *Quijote* de Edelvives
lanceando a las moscas:
el triunfo del verano
aupado sobre el bálago...
y sobrios corazones
como cobres brillando en su pobreza.

Soy de mi infancia, soy
de un pueblo de Castilla,
y amo el silencio serio
y la pobreza limpia. Ciertamente
propendo a hipocondría, pero tiendo
siempre la mano al que me da la suya
desnuda como un páramo,
y amaso el pan que como
con algo de infinito;
el viento por el pecho
y un Dios inalcanzable
sobre un campo sin ninguna medida.

(De *un pueblo que olvidó Azorín*)

Nace el mar.

Pende el silencio, espera
en la lívida brisa. Muro opaco
de sombra las palmeras, los sueños
de los hombres.

Nace el mar.

Una gaviota pasa
estirando la línea del horizonte cárdeno.
Más arriba,
azul anunciación, quietismo,
éxtasis.

Nace el mar.

Ya el fulgor sostenido de las aguas de plata.
Sobre el gris perla de la niebla, el malva
difumina, piadoso, la ansiedad
sobre el alma.

Nace el mar.

Una luz fantasmal sorprende el rostro
de los cuerpos erguidos
sobre su sombra larga.
El alba,
el rosa, el aleteo, la lluvia de deseos
sobre el agua.

¡El mar nace!

El himno se hace luz,
gloria de oro.
Ya el corazón es concha
de la que emerge
ingrávida
desnuda,
la esfinge de la diosa.

(De *Innumerable sonrisa*)

Porque nadie vio el sol
sin hacerse semejante al sol;
ni jamás la belleza
sin haberse hecho bello.

Plotino

Y te vendrá la vida como viene esta aurora:
solemne, irreparable.
¡Qué sorpresa
en el agua, púber apenas!
Consternado
el azul, tropel de oros clamando
en la vibrante piel, herida, de las olas.

Y amarás como nadie, radiante y absoluto:
es el amor el alba
alzada
inédita
de los mares del mundo. ¡Qué blancura
el lienzo entonces de los días
invitando al poema!

¡Déjame,
déjame que sostenga
la palma de la brisa
que orla tu larga ausencia patinando
sobre las aguas nuevas de la aurora!

(De *Innumerable sonrisa*)

Mi casa, balcón al mar.

¿Y qué más?

Concha en la que voy guardando
reverberos de cristal.

¿Y qué más?

Mi palomar incendiado
por una brisa de sal.

¿Y qué más?

Mi torre, bandera izada
al toque de pleamar.

¿Y qué más?

Ballesta por la que lanzo
bajeles de libertad.

Y qué más?

Mi casa, tu casa, Mar.

(De *Innumerable sonrisa*)

Gris seda, la bruma, rosa;
el mar, cadencia de plata.
Sobre nuestra alma la tarde
¡qué blandamente remaba!

Con un barquito en la mano
la niña la mar miraba.
¡Qué lejos iban los sueños!
¡Dónde los llevaba el agua!

A la orilla del agua
van los amantes:
su silueta en las ondas
finge diamantes.

No sigas más con tus ojos la estela
que el velero dibuja sobre el agua:
cinta de plata es de las sirenas;
con esta brisa, enredará tu alma.

(De *Innumerable sonrisa*)

Aunque en el agua mueras,
canción, no has de quejarte.

Garcilaso

Sumisas a las olas, devanaré mis sombras,
soledades;
ecos como cadenas, mis huesos, caracolas,
prolongarán tu nombre. Sólo tú, mar, mar solo,
ahíto de ti, de sol, mar pleno, innumerable
sonrisa.
¡Tanta vasta belleza alzada en ara!
Sólo el viento conoce la mórbida tersura
de tu seno inflamado en el éxtasis de oro,
aureola,
torre obstinada, pasmo, de este infinito instante
en el que se disuelve la redondez del día.
Desde tu viejo y planetario lecho, indiferente,
has devorado auroras, te has embriagado, oscuro,
en el cáliz de plata de las noches lunares;
minerales las lágrimas de todos los amantes
hacia ti se arrastraron, hasta tus pies sucumben,
espuma,
orla ya delirante de tu irisada veste.
Sideral y lejano alongas el anhelo,
perpetúas el pulso de la tarde vastísima.
¡Oquedad de las playas, del malecón herido!
Pero el instinto es ciego de resplandor suicida,
y en la carne la brisa enciende vehemente
las alas del deseo: ¡es tan bella la llama
en que el cielo fundido se entrega sobre el agua!
Y aunque la estela mienta caminos fascinados,
en esta hora la sangre ansiosamente late
por las venas azules, dilatadas del sueño.

Ecos como cadenas, soledades, mis sombras
dejaré en tus orillas, mas como deja el álamo
en la ribera, frágil, su temblor en las ondas.
Como monedas de oro arrojaré mi canto
a tus heladas olas, ¡qué importa que perezca!
Se morirá brillando igual que en esta hora
el sol en los fanales desolados del agua.

(De *Innumerable sonrisa*)

Al fin el corazón en tu costado
ha dejado fundida la constancia
de tanto amor y tanta luz y lanza
al aire de tu azul enamorado.

Y por sentir latido enajenado
vino de aurora y ebriedad de danza;
por disolver en tardes de distancia
veleros de deseos desvelados;

por ser fiel a tu insomnio, a tu gemido
desgarrado en lunas; por amarrar
a mi cintura tantas vastedades,

fundí mi corazón, noray rendido,
can a tus pies por siempre, por ti mar,
por ti y por mí, por nuestras soledades.

(De *Innumerable sonrisa*)

Lleva el que deja, y vive el que ha vivido.

A. Machado

Como todas las mañanas
me he mirado a la pupila de la clase
para afeitar mis versos.
Desde la avenida en flor de las acacias
me ha sonreído un almanaque de cuarenta años
-pantalón bombacho,
zapatos "El Gorila" y el alma por corbata-.
En el andén azul de los pupitres
ha vuelto Garcilaso
al usado ejercicio
de esperar el convoy
de acuarelas eglógicas.
Me he registrado entonces
por ver si aún encontraba
del bolsillo en el ángulo
oscuro el arpa de oro,
la cometa
que una tarde de herida quedó anclada
en las húmedas trenzas de los parques,
y las cartas
de eterno amor sin tren de aterrizaje.
El museo
del corazón intensamente me he palpado
para encontrar la cuerda
que había suicidado tanta aurora.
Y por la fronda de unos ojos
en que me miro todas las mañanas
he vuelto a mi país, al alabastro
translúcido del sueño
donde un doncel aspira
música embalsamada de unos versos.

(De *Orla*)

Cuanto duelen las rosas
escribía en el opaco vidrio de las clases.
Lentamente
la tarde lacrimarium recogía
ofrenda de los versos de un Dios
que dispusiera en música
la irreprochable forma de su ausencia.

Así se fue muriendo
tu derrocada seda adolescente
detenida en el aire
mientras al mar caían transidas las palabras,
dejando entre las hojas del poema
memorias de un deseo
que en núbil luz tu cuello te elevaba.

Te fuiste así muriendo
desnuda e incendiada, como muere
el canto de la alondra
en el viento.

Si una mano de nieve
no colmase de lirios
tu rosada tibieza;
si ese imposible Dios
aún no se abandonara en los jardines
secretos de tu vientre,
en el cristal opaco de una tarde
escribiré, por ser fiel a las rosas,
cuánto duelen tus labios, Ana Amanda.

(De *Orla*)

Alegre, audaz, ansioso, enamorado.

Espronceda

No supo el tiempo del amor prorrogarse
en la dádiva de la palabra, inmune.

Mi querido Rubén: ¡Aquellos versos
o veleros en llamas disparados al horizonte airado,
de gran tempo rubato, rima de girasol!
Sublimes desfilaron su uniforme de epítetos sin tacha
por los renglones albos: cuadernos corazón.
Amores imposibles fatigaron el piano
silente de la luna y en lugar del secreto
rompiste el diapasón.

Versos aquellos, manos que albergaron un día
el resplandor efímero e incierto del deseo:
esgrimieron su gesto, su grito en el vacío,
y el vaho de su sangre difuminó el silencio.

Y es imposible ya todo retorno:
otra huella no deja el ave migratoria
que el hilo de su ausencia en el aire.

Inundado, solo, inundado y sin
palabras hoy me escribes:
"Tal vez el verso sea el fruto de una resaca,
un arte, en todo caso, de elegante cinismo".
Tal vez. Seguramente. Pero yo
conservo aún tus cuadernos aquellos,
y en tardes de pretérito imperfecto
lloro sus versos verdes
por ver si echa su rama el corazón aquel
alegre, audaz, ansioso, enamorado.

(De *Orla*)

El arte selecciona: la Gioconda
se parece excesivamente a su sonrisa, y las Meninas,
a la excitada duda de Velázquez.
¡Ah la visión del Arte, resplandeciente y súbita
revelación del Ser! Pero la vida...
Mi elemental amor por Ángel Sáez Telmo,
hijo de guardagujas y mujer de faenas,
tuvo esa laxitud en gris sentimental
de versos rubenianos:
El mar como un vasto cristal azogado
refleja la lámina de un cielo de cinc....
Y Ángel apoyaba el muñón de su brazo
izquierdo sobre el libro mientras aleteaba
entre las linfas, torpe, de la música dáctila:
El cisne en la sombra parece de nieve,
su pico de ámbar del alba al trasluz...
hasta que, redimida su sonrisa
-ah pabellón liberador del Arte-,
volaba en trueno de oro sobre marchas triunfales:
Los claros clarines de pronto levantan los sones,
su canto sonoro,
su cálido coro...
¡Ay, mi querido y manco giocondo de la Métrica! Hoy
te he vuelto a ver, ahora bajo esa luz
que airadamente exhibe las ulceradas sombras de la vida
en un taller de chapa,
mono de dril, mirada derrotada,
tu muñón balanceando al compás de la lija
para sacar el brillo que consiguieras antes en los muslos de Leda.
Ángel Sáez, Vulcano devaluado y tullido,
yo que no soy Velázquez,
y a falta de otras gracias que el cielo no me diera,
me he secado las lágrimas en esta vil factura
que me pasa la vida.

(De *Orla*)

Elisa soy en cuyo nombre suena
y se lamenta el monte cavernoso,
testigo del dolor y grave pena
en que por mi se aflige Nemoroso.

Garcilaso

Lo que no puede convertirse en desilusión no vale nada.
Rostros sin fiebre ya,
amarilla dolencia
de esta orla que guarda el corazón,
creedlo así.
Creed que, desolado,
he tejido vuestra aflictiva historia
con hilo de piedad
en mi complicidad harto onerosa.
Palabras:
a aquel umbral altivo del deseo
pórticos de nostalgia sólo abrí,
y en vuestra posesiva piel que incendiaba el hastío
sembré sólo avenidas de niebla y de palabras.
No tenía otra verdad de pan para llevar
a vuestros ojos doloridos
ni otro arco que tender a vuestros brazos
que la ausencia,
abierta como herida en la palabra.
¿Certidumbre?: nuestra desposesión.
¿Una verdad?: la duda, la inminente
impaciencia de lo que no se es.
Eso fue todo, toda el agua
que allegué a vuestros labios.
No os doté de unas manos
con que pudierais señorear el mundo,
asirlo, capturarlo, desgarrarlo, exprimirlo,
dueños al fin de sombra.

Con cuanta dignidad alcanza la ternura
os di sólo palabras: una luz indecisa
para amasar el mundo
con algo de infinito.
Si por aquellos días
de música y de mirto no profesasteis
la fe que a Garcilaso debiera ser guardada,
mejor que yo, la vida
os habrá hecho entender mis palabras de entonces,
recordadlas:

Un beso vale por cien sonetos de amor;
cien besos, sin un soneto, no son otra cosa
que pájaros de papel en el balcón
cerrado de unos labios.

(De *Orla*)

El libro que siempre se toma en el crepúsculo

Neruda

La terraza de casa frente al mar, y esta fiebre
de las aguas ardiendo, esta luz fantasmal
esculpiendo presencias de muebles y memorias,
yo y mi hastío forcejeando con el lento crepúsculo.
De pronto has irrumpido. Te has sentado en silencio a mi lado
y has dejado que el cielo te inundara de abanicos inmensos
girando enloquecidos en el mar de tus ojos.
No he querido, no he podido seguirte
hasta el confín bellísimo en que el deseo enciende
abismos como rosas violentas en la carne,
y la nostalgia erige palacio de amatistas
a la leve ternura.
No he querido seguirte, he preferido
permanecer anclado como un can a mi hastío
y dibujar la esfinge y el altivo porte de irrefrenable diosa
en la proa de esta tarde escarlata.
Y aunque mis manos sangren,
lánzate, sigue, vuela
por la infinita hipérbole que la dicha convoca.
Si al regresar un día de ese viaje
cuyo destino aún nadie conoce
te encontrares con las manos vacías,
me hallarás aquí mismo,
con el libro que siempre se toma en el crepúsculo,
repasando la retórica dulce de tus miembros de seda,
tus ojos, la ilusión, el imponente
brillo de tu pasión adolescente.
Y, entonces, los dos juntos leeremos los versos
del Neruda romántico
para corroborar que mereció la pena
que tu aventura ahora -antes la mía-
fueran por él escritas.

Juan Vicedo

A veces cuesta trabajo decidirse, explicar por qué somos quienes somos o quienes queremos ser; explicar por qué nos sentimos atraídos por el abismo de la página en blanco, cómo llenamos las horas de nuestro suicidio.

Al poeta no le basta el coqueteo con la palabra, palabra y silencio sobre los nombres de las cosas, decir y hacer con el corazón lo que la cabeza no hace ni dice; al poeta no le basta una flor natural penosamente conseguida, que debe guardar entre sus libros. No quiere el poeta la corte del rey, las salas y salones de palacio, pues allí lo exhibirían como una "rara avis", como animal en peligro de extinción.

Con pasión, a diario, mientras camina por las calles, cuando baja por una costanilla, cuando asiste al entierro de un amigo, busca el poeta en su propia soledad la voz que puede hacerlo, la palabra que puede decirle cómo y por qué está junto a las turbas de los desheredados, cómo y por qué está hablando con el suicida, que se colgó en un crepúsculo de noviembre. En la palabra sola encuentra el poeta explicación pasa el naufragio de la nave, que abandonó el puerto con las velas desplegadas, llenas de luz, cuando el viento soplaba propicio. A veces, en los largos silencios del verano, el poeta se baña mas adentro, allí donde ninguno se atreve, tan lejos de la costa, y allí piensa su voz y siente que su palabra renace toda entera, más matinal, más virgen, sin el llanto o el lamento de las murallas, sin la amenaza de la cava honda chapada. Y nada hacia la tierra, casi desnudo se acerca a esta ribera que pisamos, a este suelo que dice nuestro abandono de la canción o de la infancia nuestra que perdimos. Mira en los horizontes pasa ver si una nube de peces negros, con voces de campanas muriéndose, ha tomado posesión de los espacios que eran del Alba pura.

Le importan al poeta el llanto y amargura de las esposas, el dolor de una penetración, la arrogancia y la fuerza de los soldados; pero también la cópula inflamada de las aves, el silencio que baja con el río, la voz del mar, que siempre dice su sed de eternidades.

Mirad si sois así: con la Palabra sola, sin cansancio ninguno, sin fatiga.

Alicante, mayo de 1997.

POEMA DEL OTRO

Caminaban los dos juntos
junto al otro siempre el uno.
El uno cuando nacía
se encontraba con el otro
que pisaba sus talones
y bebía en sus jardines
que eran jardines del uno. Ya los jardines azules
eran jardines del otro.

Intercambiaron palabras
voces calientes insultos
ásperas voces subiendo que subían desde el uno
y cayendo sobre el otro
reflejaban en su cara
el mismo sueño del uno.

Comieron los dos limones
mas los limones del uno
saltaron al suelo rotos
y los limones del otro encendieron
en la tarde los ojos tristes del uno. Eran limones
del uno que se los dieron al otro.

Asomados al espejo
preguntaron por sus rostros
porque siendo dos distintos
les preocupaba que el uno
tuviera la misma pena
alta y blanca para el otro.
La pena del uno era
rubia nacida en el otro.

Otro y uno confundidos asustados uno y otro
miraron hasta las nubes
tan cerca del mismo cielo
que no encontraron los mares
que eran mares para el uno. Porque los mares del uno
siempre los quemaba el otro.

Siguieron hablando juntos
y ya la tierra del uno
era la tierra del otro.

(*Poemática de hombre solo, 1983*)

V

Después de hablarte, después
de hablarte y verte
tú me haces.

Pues no eres tiempo ni aurora
que se ciega
tu mano me consagra
mi ser definitivo. Tu mano
va alejando la niebla
de mis ojos y esa luz que me afirma
nace sola en tu ámbito.
Tú me haces
sentir que la caricia
es el sello de labios ya besados.
La mañana
en tu cuerpo tiene aromas tangibles
y allí tu voz renace
sobre mi pecho solo.

Tú me haces
porque tu pie no pisa
los álamos perdidos ni tu huella
retorna a las canciones tristes.
Tu pie sabe que el aire
busca siempre otro encuentro
donde encender mi voz. Tú
me dices pero también me haces
y pues tu frente guarda
un cúmulo de gozos
recuperada esencia soy contigo.

(*Aire nuevo,* 1985, Inédito)

CUERPO VENCIDO

Como si fuera un rito cada mañana
recomponían su amor.
Dejaban las palabras gastadas
los gestos que en la víspera
fueron creación y gozo.
Abandonaban ropas
el rojo de los labios
ese lecho también donde se amaron.

Cada mañana nueva
los desnudos
declaraban potencia armonía
en el silencio de las cosas.
Hombre y mujer desnudos
colocaban sus cuerpos
miraban hacia el fondo de sí mismos
y descubrían sus aguas.

Sobre un cuerpo vencido
respiraba otra voz
que era también su compañera.

(*Como el arco desnudo, como el cuerpo,* 1987. Inédito).

DOMINGO DE RAMOS

Han venido los niños.
Hablan dicen charlan
aunque los naúfragos sedientos
del Castillo de Olite
no llegaron a costa
—de esto hace casi cincuenta años—.

Pero ellos hablan juegan
rompen con voz de espuma los silencios
y escupen desde las ventanas de diamante.
Los ahogados del Castillo de Olite
que se hundió frente a la isla
cuando estaba a punto
de llegar a puerto
han venido esta noche
un poco alucinados
inquietos por su suerte
por el olvido en que todos yacen
bajo el mar. Nadie sabe de ellos
qué hicieron con la quilla partida
cómo rezaron cómo lloraban
hasta que el agua los devolvió
sin manos sin perfume de vida sobre el labio.

Los niños han descubierto
el árbol del Ahorcado.
Su nombre como el de otros suicidas
había sido olvidado no merecía la pena
preguntar por él que había sido cuatrero
forzado en las galeras del Señor
y cómitre en la bancada
de barlovento. Cuando la nave

atracó en los muelles bajó a la ciudad
y la inundó de sangre
y destruyó con fuego las murallas.

La gente del verano
no ha venido
porque estará asustada
temerosa del barco que se hundía.

(Figuraciones para un Ahogado, 1988)

CONCIERTO

Se vive bien aquí
debajo de esta tierra que guarda
continentes volcanes manos
del mes de mayo espuma azul
de las profundidades. Junto a madame Bernard
se sienta el Rey con sus leopardos
dormíta el Condestable que demuestra
fatiga cansancio de su sexo
ahora que no es posible
ni siquiera la sombra de la conspiración.
También el Marinero Ahogado por las aguas
se encuentra aquí a bordo de la nave
arreglando las velas del navío. El Suicida
se mira con los otros
que le dieron la tierra el árbol
donde ahorcarse.

Se fatigan conversan largamente
discuten sin calor pero discuten
leen aprovechan las horas
una a una escuchan música de Mozart
ahora que están perdidos en su reconocimiento.
Hoy llegan los amantes
que son como nosotros
que están como nosotros abocados
al fin de su camino. Habrá un cierto
movimiento de dispersión
tendrán que colocarse nuevamente
en sitios menos cómodos
porque también los amantes
han venido a deshora
cuando ya estaban cerradas las ventanas

Madame Bernard saluda
acoge a los amantes que han llegado dormidos
que se acercan desnudos como el bosque.
La presencia de peces recuerda al mar
el vuelo de las aves que no han caído
y que viven aún en los jardines.
Tras las presentaciones
Madame Bernard se aleja
y sus huéspedes flotan en los buques.

(*Figuraciones para un Ahogado,* 1988)

AGUA VIVA

Pidamos agua viva para las arenas
para los ancianos del desierto
para los soldados que navegan en los trirremes.
Alumbremos una fuente de agua para las águilas
que codiciosamente se abalanzan sobre sus presas
y démosle agua viva al escorpión
que sólo cuenta con el abrigo de su sombra.
Agua viva como ofrenda para la amada
como presente inolvidable en su tiempo futuro.
Hagamos un venero para la frente de los nacidos
y para la campana
que bate tiempo sobre las estaciones de los difuntos.
Que brote el agua viva en el palacio de los príncipes
también en las estancias de los desheredados.
Agua sin limite para la multitud
que espera ansiosa la cópula inflamada de las aves.

Y en el día del término
cuando los mercaderes hayan caído en el olvido
sólo el agua no el fuego
dirán la permanencia
la frente enamorada que habitamos.

(El año que no vimos a Emily, 1994)

CIUDADES AMARILLAS

A Luis Bonmatí

Hasta vosotras
ciudades de piedra y argamasa
habrá llegado la maldición de un dios.
Jamás veréis la lluvia
el agua de la lluvia en los pulmones
en las manos de vuestros hijos
que andarán sedientos
que buscarán el abrigo de los grandes lagos.

Hasta vosotras
ciudades sin nombre
lentamente pobladas
fatigosamente crecidas durante siglos
llegará el espejo de los reptiles.
Y no podréis volver atrás
pedir que el aire dé la vuelta
que un ángel anuncie la esperanza
sobre la sombra de los cuerpos.

Hasta vosotras
ciudades adormecidas
sobre el naufragio de los mares
y sobre los vertederos donde mueren los niños
no llegará jamás
la llama en la palabra del encuentro.

Hasta vosotras
ciudades amarillas de la muerte

(El año que no vimos a Emily, 1994)

BANDERA Y DESPEDIDA DE ESTE REINO

Los reyes que han construido ciudades
sobre los campos de los cerezos
y que han abierto fosos defensivos
contra los ataques de las turbas
serán enterrados en mausoleos azules. Las reinas
que han alumbrado infantes
para el mantenimiento de una casta
vigilarán sus primeros pasos
les buscarán nodrizas y preceptores
para las bellas artes. Pero ellas también
entregarán su cuerpo ajado bajo las rosas.

Y pues los estanques sin cisnes ebúrneos
el polvo que cubre coronas y laureles reales
son nuestros compañeros
abandono y cenizas
serán los únicos emblemas de este reino

(El año que no vimos a Emily, 1994)

FRENTE A LA CONTINGENCIA DE LOS TIEMPOS

Ser extranjero en una tierra distante, que posee lenguas, idiomas no conocidos, celebraciones para las bodas, cánticos para el inicio de las estaciones, gestos y usos marcados siempre por las crecidas de los grandes ríos, túnicas de seda para la noche amable del verano, labios de las doncellas que saludarán sin rubor la llegada de un cuerpo.

En esto conocerás tu condición de extranjero: tu estirpe acabará en ti, sin que tu descendencia sea estimada por los príncipes; las mujeres que habitan las colinas no te acogerán nunca al calor de los fuegos; no serás invitado a las ceremonias de la primavera; jamás participarás en las veladas de los poetas, pues la lengua que usas no conoce los epigramas; cuando entres en la alhóndiga, te cerrarán el paso sus guardianes; no embarcarás en el navío que peregrina a los lugares santos y, aunque invoques los fueros de tus antepasados, nadie creerá en tu juramento.

Ser extranjero, vivir como extranjero bajo claustros y bóvedas, te dará un sentimiento de alegría, frente a la contingencia de los tiempos.

(*El año que no vinos a Emily* 1994)

CÁNTICO

Cuando la noche y mar se acercan
acosando palabras, levantando rumores
de las aguas, derribando esas olas
que todavía laten.
Cuando la noche sola, la más hermosa de las noches
sabe dejar sobre la tierra un trazo leve,
un trazo ingrávido del sueño,
puede decir el mar quién es, dónde
nació su voz, cuánta espuma
se bate todavía sobre el acantilado.

Las aguas siempre vuelven
a la primera playa, donde aún los besos
son la luz del alba, el cántico del día.
Cada uno de nosotros, todos, todos
han dicho cuánta esperanza alientan,
cuántos puentes saltaron de un norte
al aire de unos labios, cuántos gozos
citaban las voces del deseo.
Más matinal, más blanco,
el cuerpo sosegaba el arco de otra sombra,
y la palmera erguida, levantada
en los aires, era torre, la luz
que amanecía.
Todos, cada uno de nosotros, se vio
por un momento ya manantial y bosque
y sobre el labio puso otros mares ardiendo.

En este laberinto de esperanzas, de gozos,
de besos que prometen tardes
como batallas, de piernas sí desnudas,
de pechos arbolados, de palomas que giran

y retornan y vuelven
somos nuestra existencia.
Dejamos que otros vengan, que ocupen
los espacios que no son, los ámbitos
sin luces a la tarde.

Pero somos espadas, dientes, manos
infatigables que acarician, que muerden
el ánfora de un cuerpo, que penetran
y horadan esa piel más profunda.
Somos como un deseo que se refugia,
espera la aparición del cisne
y luego se revuelve contra la voz
sin luz, contra la voz sin música ni dardo.

Somos así pasión,
sí somos ya palabra sobre el suelo.

(Los ángeles que fueron, 1994. Inédito)

Antonio Gracia

AUTORRETRATO (A MODO DE POÉTICA)*

I. Érase quien tuvo la soberbia como única defensa. Buscando un principio por el que regirse, cayó en el escepticismo: ya que la verdad no existe, puesto que un razonamiento sólo es definitivo hasta que otra inteligencia superior demuestra, también, su efimeridad. Así que este sentidor vivía ***en los infiernos***. Todo era una tortuosa pregunta sin respuesta en su ***Nocturna misantropía***.

Una muerte vino a añadir a su dolor furioso cólera y soledad: las que le provocaba la ***Súbita memoria,*** una excesiva funebridad convertida en ***Mosha bieda,*** elegía a la realidad que hay en el sueño erótico. Ninguna mujer (sentida ésta como concreción de la absoluta plenitud) podía competir con la que, ya cadáver, jamás podría decepcionarlo. La muerte femenina significaba la muerte del amor. De modo que odió lo mismo que amaba: ése era su ***Stigma***. Amar era un ***Beso sin boca.***

Sin divinidad mística ni erótica, quiso ser dios de su propia existencia creándola con la materia que la ubica: quiso ser el poema primigenio, un ***Incunable.*** Sin embargo, a pesar de la concepción de la escritura como último reducto de la sexualidad fecundadora, escribir era asumir la imposibilidad de hallar la propia identidad, la atadura a una ***Originalidad encadenada,*** un ***Palimpsesto***.

Trizado por las ***Hordas*** literarias, constató que todo poema es un ***Poéme d'un autre.*** Huyendo de la afasia, continuó la autoanagnórisis, tras el eslabón perdido —***Missing link***— de su mismidad, un ***Teorema*** inalcanzable. Entró en un laberinto en el que era a la vez Teseo y Minotauro luchando por sobrevivir y, como en toda lucha, mutuamente matándose. En tal cuévano o cónclave las palabras chirrían como los sonidos del calabozo de la mente: son ***Los ojos de la metáfora***.

---

* Bigastro, 1946. Algunos poemarios: *La estatura del ansia,* 1975. *Rapsodia,* 1976. *Viaje,* 1980. *Palimpsesto*, 1980. *Los ojos de la metáfora*, 1987. *Fragmentos de indentidad*, 1993.

Paliada la osada cobardía (La Gran Fuga) de haberse desahuciado como autor a cambio de salvar la vida extraverbal, sintió la impotencia que fue su ***Biografía:*** tallando un mundo en el que poder sobrevivir, había construido un universo inaccesible: y sólo una tristeza inútil quedaba entre sus ojos desde aquel ensayo de suicidio aplazado que fue toda su vida: todo era ***Recordatio, Reiteratio, Desolatio.***

II. La poesía es una filosofía liberada del silogismo. Todo poema es una hipótesis de un loco que ha descubierto que la vida no está en el ejercicio de la fisiología. La poesía es una teología atea de la intimidad más metafísica. Toda verdad poética que suplanta la verdad humana es un ripio en la historia. Sólo permanecen los poetas que han escrito sus versos después de haberlos tachado con implacabilidad de su mente hasta hacer mayor la angustia del silencio que la náusea de su escritura.

Lo que llamamos "poéticas" —como ésta— son frustraciones, pretensión de poemas justificatorios de la mudez o de la verborrea, Todas las poéticas son posteriorísticas; y la única válida es la que enseña a tachar y jibarizar la escritura. Yo siempre he escrito para descifrar quién es Antonio Gracia, por qué vive, por qué debe morir, cómo hacer que la palabra le devuelva la vida que no tiene. Y sólo he conseguido reconocerme impotente ante el verbo creador. Trágicamente: todo cuanto he escrito son apuntes para un texto que nunca escribiré; o peor: erratas de lo que quisiera haber escrito. Es muy doloroso reconocer que la propia escritura es una inteligencia inútil, un romanticismo aséptico.

A.G. EN LOS INFIERNOS

Al tercer día no resucité.
De pronto me sentí como un naufragio
y entre las olas mi ceguera incierta
miraba crisantemos en el fuego,
un túnel sin tiniebla, estrellas rotas
y a Dios besando un labio de Satán.
Había una mujer de fuego amando,
ángeles trepanados, santos rubios,
muertos que resucito en mi memoria,
vírgenes antropófagas y oscuras,
cruces desordenadas y una lluvia
como una sensación de amor profundo.
En las cenizas del volcán eterno
se levantaba triste y melancólico
un pecado con forma de varón.
Después volví a subir como un ahogado
al mástil de la vida, y no recuerdo
más que una obstinación en la mirada
y la eyaculación de Dios sobre la Virgen...

SÚBITA MEMORIA

Indicios en la noche de que suena tu nombre,
de que el dolor es una estrella oscura
que ilumina de pronto nuestros ojos,
de que hay voces en mi alma
llamándote, inclinándose hacia el grito,
nupcialmente ataviadas de tristeza,
ardiendo sobre el odio, quemándose en la noche,
hiriéndome en la noche como una dentellada
venida de una estrella oscura y silenciosa
perdida en el espacio del espíritu tuyo,
como un tacto invisible que parece ternura
y sangra como un golpe
en la memoria súbita del ansia
santiguando mi vida, santiguando mi furia,
derramando sus cruces en mis ojos,
invadiendo mi sangre con cadencias de muerte,
con pálpitos anclados al corazón de la memoria,
asediando la noche con estrellas lejanas
que me anudan a sí con sus luces de vidrio
y me dispersan en el infinito
mientras mi voz oculta va gritando en la noche,
va esparciendo su niebla, va aullando dulces sombras,
pon tu mano sobre mi corazón,
despiértame a la vida, requiébrame en tus ojos,
soy un lobo, un aullido, un sollozo en la noche,
como una profecía recuerdo tu tristeza,
quebrántame, hazme daño, hiéreme en lo más hondo,
qué noche para odiar y ser odiado,
para hallar entre el odio un gran amor,
va gritando en la noche, soy un grito en la noche,
amanecen las nubes arcoiris de muerte,
pon tu mano sobre mi redención,
inclinado a tu nombre soy tu nombre,
invierto tu mirada, es una estrella,
es una estrella naufragando en el cielo,
hazme sitio en tu muerte, soy tu muerte,

hazme sitio en tu sitio, sepárame las sombras,
va gritando en la noche, soy la noche insaciable,
la noche desplazada por relámpagos tuyos,
pon mi mano sobre tu amor sepulto,
como una profecía era ya tu tristeza,
a veces es la noche quien grita como un pájaro,
un pájaro es la noche, una trompa aturdida
gritándome, soplándome, aventando
mi corazón sobre tu mano inerte,
mi sonajero corazón trizado por tus labios,
como una profecía era ya tu tristeza,
mí alma y yo somos los dos grandes misterios
de la Satanísima Dualidad, y va gritando,
va gritando, como un grito me grita,
como un eco me grita, era el eco la noche,
era la noche un eco de tu muerte,
mi corazón olvidado en tu boca,
es de polvo tu boca por eso besos playas,
por eso beso besos
en la noche en las playas en el mar en las playas,
en los gritos que la noche me grita,
porque suena tu nombre, va gritando
tu nombre, suenan gritos a veces,
suenan gritos errantes en la noche nupcial,
como una trompa rota me avento en el recuerdo,
y sin embargo suena
sonando como criptas en la noche
y sé que no es la noche, era la muerte
sonándome tu nombre perseguido...

MOSHA BIEDA

Ella era triste como una lascivia insatisfecha.
No sabia mirar, no sabia vivir, no sabía morir.
Ella era hermosa como un suicidio de quince años.
No quería ser triste, no quería ser bella, no quería ser muerte.
Ella vino en la noche como un beso en la noche.
Tenía el horizonte agarrado a su cuello
como una horca terrible sin forma de patíbulo
y se dejó caer hacia arriba, en la noche.
Ella vino en un beso masacrado, ella vino.
No moría despacio porque el llanto es oblicuo
y un súbito de pronto se enhebraba en sus ojos.
Ella era el cobalto, la manzana y el grítalo.
Ella era amor como una errata en un libro de lágrimas.
Ella era el tacto, la erosión y el vértigo.
No vivía en las tumbas porque el mar es topacio
o quizás talvezmente porque el verso es un álamo.
Ella no tiene cielos ni infiernos en sus ojos.
Tampoco los crepúsculos sonríen a su paso.
Y sin embargo el zoclo se detiene al oírla.
Quizásmente tal vez ella es una liturgia.
No hubo salacidad que rozase su piel de lepra virgen.
Ella no muere nunca porque no vive nunca.
Jamásmente ella ha sido lo que yo no soy nunca.
No enturbia, no conoce, no sonríe, no llora.
Sin embargo su pálpito eclipsa el universo.
Ella vino en la noche con un beso en la noche.
Ella vino en la noche como un beso en la noche.
Yo amé su piel de amianto para mi fuego inútil.
Murió hace doce años al erguirse hacia un beso.
Murió hace doce años llevándose mi vida.
La verdad: yo quisiera
no haber tenido que escribir este poema.

STIGMA

de haberte conocido permanece
un hábito en mi boca y en mis ingles
una lujuria insatisfecha un odio
un masoquismo en el que te haces verso
y te endulzas y hasta te transfiguras
en la sublimación de la nostalgia
volviendo a ser mis ingles y mi boca
y un tedio repartido en coito y besos
fosilizado en la masturbación
que quiero trepanar de mi memoria
con este bisturí que es el poema
maldita diosa que ni mujer fuiste

BESO SIN BOCA

Está lloviendo púrpura en diciembre,
el añil se diluye por tus ojos,
suena en tu corazón Chopin, y escribo:
de nieve y sombras y de otoños hecha,
te acercas fantasmal y erotizada,
llena de truenos y de magias llena,
rosa tu carne y tu presencia azul
como una ausencia errante:
vienes
con flautas y siringas, con rituales,
con ancestros, con sílabas, con látigos,
angélica y diabólica, cereza
y áspid o hiel, hecha veneno y triaca,
vestida de tu propia desnudez,
salacidad de púrpura y diamante,
razón y sinrazón, escaramuza
de ti misma en mí mismo:
te conviertes
en una boca cósmica, eres sólo
el hálito, el prodigio, el beso sísmico:
la piel del tacto tensa su tersura,
el terciopelo y el coral se bruñen
como epidermis roja de la sangre
en tu boca labial, como dos párpados
latiendo, titilando, besamando:
un buril de erotismo talla el beso,
la belleza bisela tu sonrisa,
ámbar y amor diluyes en mi boca
devorada por ti:
devoradora
de cuanto llueves sobre mi existencia:
polen de labios, besos de tu boca.

HORDAS

alguien que puso nombres a las cosas
el vértigo inició de un cataclismo
que llega de metáfora en metáfora
a engendrar esta afasia literaria
tras la que cualquier verso es la parodia
de un hombre disfrazado de creador:
y de hombre en hombre el gesto mundo avanza
hasta mí como un cónclave de muerte
o suicidio o grotesco verbalismo
que llega de impotencia en impotencia
a engendrar esta afasia literaria

POÈME D'UN AUTRE

Si de mi baja lira tanto pudiese el son
escribiría un verso como una guadaña
donde apoyar este cuello que yergue el fraude de mi mente
obstinada en ser dios o en ser poema
inédito creador definitivo

en la vorágine del vértigo las silabas se agrupan
como tercas monodias hacia la sinfonía
persiguiendo la inamovible música del arte
pero siempre hay un oboe un violín una nota
que introduce despierta interpola
su amoroso y odiado fantasma
y convierte en un réquiem mi escritura

cierra los ojos pienso cierra el poema pienso
y no obstante mi mano contumaz en su costumbre
rubrica su locura su frustración confirma

y es tanto así que
cuando me paro a contemplar mi estado
vayse meu corazon de mib

llevo mi pensamiento hacia el olvido
conduzco mi dolor por los cauces de la frivolidad
a ver recuerda aquel amor de aquel verano
como dos peces muertos frotando sus escamas en la arena
estuviste con ella pero siempre
cargado voy de mí doquier que ando
y aparecen coágulos de lecturas como arrecifes en mi alma
y entonces aquel beso sólo es la Dulcinea perdida
que nunca encontraré si no es amando a Melibea
por ejemplo
o adentrando en mis ojos el retrato de Filis
nunca visto pero siempre adyacente al de Ximena o Lisi
que me besan me aman me susurran
agora nos partimos dios sabe el ayuntar
me gritan me susurran
con los sus ojos tan fuertemientre llorando

y yo no sé sino llorar y buscar con palabras opacas
un verso una guadaña porque
no me podrán quitar el dolorido
sentir
y así a veces en lucha con el amor estoy
y entierro mi dolor entre memorias huecas
que a jornal de mi pena y mi cuidado
cavan en mi vivir mi monumento

salid sin duelo lágrimas corriendo

TEOREMA

asediado en el vértice del verso
antoniograciamuertemente hablando
poema es la eutanasia de su autor:
la búsqueda del códice del alma:
poema es una identificación:
descender al abismo de la mente
evitando el regreso profanar
la lucidez de todo autorretrato:
poema es una divinización:
la búsqueda el acoso el precipicio
como un bisturí lírico obsesivo
sajando masacrando trepanando
las vísceras el léxico la vida
de un hombre ecuacionándose en poema:
poema es una eternificación:

BIOGRAFÍA

1

Ahora que tienes los mismos años que la muerte,
ahora que sabes sin incertidumbre
que eres sólo la piel de tu esqueleto
y que eres un proyecto de cadáver,
mira tu juventud amurallada
entre besos y versos que iban a eternizarte
a través del amor y las palabras.
Mira cómo las sílabas marchitan,
las bocas enmudecen
y tú mueres.

2

Mira hacia atrás ahora: no has vivido
creyéndote inmortal, considerando
que el tiempo era tu herencia y que tú eras
capaz de convertirla en una estatua
con tu nombre indeleble. Pero mira:
cae
toda tu metalírica
al abismo.

3

Quieres serpentear por el poema
buscando tu existencia inútilmente,
arrastrarte y gritar como un sollozo
hallando el calcañar que lo agonice.
Y es tiempo de morir:
clava en tu frente
el suicidio que fuiste, deja al viento
esparcir tu memoria en esa página

blanca como la nada donde siempre
has leído tu nombre verdadero:
nadie.

4

Aparta ya la mano de este códice
profanado por ti y a ti
no destinado:
ahora
que descubres tu rostro en tu osamenta
surgiendo ante el espejo como un féretro,
sajándote la máscara de carne
con que ocultas el hueso, mira
cómo emerge del hombre su cadáver
y muere,
definitivamente muere
tú – yo –
que nos creímos inmortales.

RECORDATIO, REITERATIO, DESOLATIO

I

Miras tu juventud, la resucitas
como sólo es posible: recordándola.
Tiras de aquellos años hacia donde
te impone la nostalgia.
Mientes
al ordenar las horas y los hechos;
finges
que el tiempo es un ladrón de identidades;
y te ves desnudo,
con una historia que ocurrió a lo lejos
y en la que fuiste el héroe, el vencedor
que ahora te vence.
Caes.
Pero vuelve a mirar: tu juventud
la viviste o moriste como siempre
se vive: equivocada.
Ni siquiera te queda aquella épica.

II

Si algo enseña la vida es a vivir
como nunca viviste: desear
nacer de nuevo sin conciencia yerma
de que la muerte existe y te define,
y te orienta y prohíbe y empuja
a ser sólo aventuras de ti mismo,
escaramuzas de tu identidad,
fragmentos de tu ser disperso y solo
llamándote en la noche penumbrosa
con tantos nombres como te has vivido
o suicidado, huyendo de existir:
oyes esa concitación, tu nombradía,
te reúnes contigo para ser

el que quisiste ser, vuelves a unir
todos tus alteregos en un rostro,
y los dispones como dispondrías,
si supieras, los versos de un poema,
concertados para engranar el orden
que toda mismidad plena requiere.
Pero vuelves a ser sílabas, nada,
poética incumplida en su escritura,
un discurso perdido en sus meandros.
Y aprendes otra vez que no hay más vida
perfecta que la muerte, ni un poema
con más exactitud que la elegía.

III

¿Para quién tanto libro y tanta música
anaquelada, esmerilada, amada
al correr de los años, que encuadernan
tu mente ennobleciéndola, museo
de la belleza y la sabiduría
para entender el mundo y sus misterios,
si al final —si ahora mismo, en todo instante—
la luz se acabará y vendrá la muerte
a poner su herrumbrosa sombra oscura
sobre tu corazón?

Mariano Estrada

MANIFIESTO LÍRICO

1.- Siempre he pensado que escribir poesía es un acto de la voluntad antes que un regalo de la inspiración, razón por la que he podido afirmar que, para enfrentarme a ese toro, "yo no entiendo de ritos, como no sea el de ponerse delante de un papel y de mirar hacia adentro para extraer una vivencia sedimentada, una rosa incorrupta, un paisaje añorado, un dolor, un gozo, una sombra vieja que ha medrado en el vértigo y la noche"... ¿Qué es, por tanto, la inspiración, sino una dama obsecuente y generosa, abocada a la eclosión y al abrazo?

2.- En el acto de la creación literaria (instante que anhela el infinito y, como éste, se alimenta del concepto de eternidad, acaso de divinidad), suele irrumpir una fuerza irracional que arrastra el pensamiento, pasmosamente dócil, por llanuras, vericuetos o anfractuosidades. Intentar canalizar esa fuerza por acequias de razón, puede tener el efecto de desvirtualizar la apariencia, pues no otra cosa es convertir un chaparrón en sirimiri, pero ¿hay algo más noble y más fructífero que transformar la violencia de los truenos, que incluye una amenaza de destrucción, en una lluvia serena y apacible, que alcance el mesenterio de la fertilidad?

3.- En el proteico almacén de mis deseos literarios, espacioso lugar que a menudo empequeñece la obsesión, jamás ha figurado el que pudiéramos tildar de pedagógico, ni siquiera disfrazado de necesidad o de exhibicionismo.

¿Cuál es, entonces, el deseo que me ha impulsado a escribir, toda vez que detrás de cada sílaba, consciente o inconscientemente, subyace una segura vocación de proyectarse en el otro? No sé, tal vez es un deseo de conectar con la tierra que, como esencia que le es inseparable, es la forma más ancha de conectar con el hombre. El hombre es tierra pensante y transitoria, pero tierra inmemorial y, por lo tanto, trascendente. La carne, incluso la forma, es un mágico instante de ese tránsito. Agua que pasa, tiempo que fluye y que transcurre, viento que asola y regenera... ¿Hacia dónde?, ¿para qué?... La materia tierra ¿es vida en sí misma?,

¿es vida prestada?, ¿es acumulación de energías?, ¿es generador, es abono, es savia permanente?...

Cuando estas cosas se puedan contestar, en el libre almacén de mis anhelos literarios acaso se inscriba el pedagógico. Mientras tanto, lo que a mí me apetece es roturar; es decir, romper con el bolígrafo lo que el labrador ha roto siempre con el arado: el himen de esta madre fértil y majestuosa cuya esencialidad es el misterio y cuyo nombre es **Tánit** o belleza. Para eso escribo, para llenar el pensamiento de arañazos donde puedan multiplicarse la satisfacción y las interrogaciones. Lo demás es pasatiempo, chisme, parafernalia, y, como mucho, humo que los hombres manteamos para darnos apariencias de vida.

4.- De unos años acá, se ha hecho imprescindible la aportación de dos sueldos a las necesidades económicas de la familia, cosa que, paradójicamente, ha contribuido a su disgregación de una forma abultada. Esta es la razón, supongo, por la que la Poesía no me ha dado el portante. ¿Cómo iba a hacerlo si, lejos de engordar el procomún, la pobre no dispone de un mayor beneficio? A estas alturas, y más por el camino que vamos, casi estoy seguro de envejecer junto a ella, hecho realmente delicioso del que hoy suelen darse muy salvos ejemplos.

5.- Muelas de los Caballeros (Zamora), es la representación geográfica de mi niñez; su símbolo es un roble. Madrid, aposento hospitalario y transitorio, fue un paso hacia el mar: este mar de luz que me ha dado Villajoyosa.

AÚN TENGO EL AMOR

Yo tengo en el recuerdo la pureza
del verso, de la rosa, del rocío;
yo puedo regresar al mismo río,
tener en el hogar la misma pieza.

Yo tengo en un rincón de la cabeza
el fuego del amor, que fue tan mío;
el beso, la pasión, el desvarío,
los pasos que se dan con ligereza.

Yo tengo un corazón en la corteza,
un vuelco en la razón hacia el vacío
del tiempo, que no acaba, que no empieza.

Yo tengo en el recuerdo la certeza
del sol, de los calores del estío,
del rojo de la sangre y la cereza.

(De *El Cielo se hizo de amor*)

SE ME PONE EL ALMA

Se me pone el alma
solitaria y triste,
descreida y vieja,
porque nadie admira,
porque nadie escucha,
porque nadie sueña.

Porque nadie sabe
mantener el fuego
con aquella leña
que nos dio calores,
que nos dio esperanzas,
que nos dio creencias.

Y la vida pasa
como pasa el hombre
que no tiene señas:
sin dejar constancia,
sin hacer ovillo,
sin hacer madeja.

Sin dejar tampoco,
como deja el aire,
como el agua deja,
una marca honda,
una huella firme,
una firma cierta.

Pues si fuimos fuentes
con el agua limpia,
con el agua fresca,
ahora somos pozos
con el agua turbia,
con el agua negra.

Ojalá los hombres,
ojalá las cosas,
ojalá las bestias,

me trajeran sueños
de la Edad de Bronce,
de la Edad de Piedra.

Donde hubiera arraigo,
donde hubiera calma,
donde el tiempo fuera
el reloj callado
de las grandes horas,
de las horas muertas.

Pero nadie sabe
de ese pauso sueño
que nos da paciencia,
porque todo urge,
porque todo empuja,
porque todo aprieta.

Y el aprieto agobia
y el agobio mata
y la muerte entierra
los amores hondos,
los quereres dulces,
las sonrisas tiernas.

Pues las ansias mueren
y las glorias pasan
y las prisas dejan
a los hombres solos,
entre sueños vanos
y palabras hueras.

Que los pies se cansan
y los cuerpos sufren
y las almas quedan
como el alma mía,
solitaria y triste,
descreida y vieja.

(De *Vientos de soledad)*

¡QUÉ PENA!

Qué pena tengo en los campos
rendidos a la maleza.
Qué pena tengo en las hoces,
qué pena tengo en la siembra.

Y en los caminos truncados
¡qué pena!

Qué pena tengo en los surcos
borrosos de las roderas;
y en las sonatas del carro
y en el jaez de las yeguas.

Y en las veredas del río
¡qué pena!

Qué pena tengo en los ojos
de remirar tanta ausencia:
manales, zachos, traíllas,
bigornias, entalladeras...

Y en los olores del heno
¡qué pena!

Qué pena tengo más honda
en el hondón de la huerta:
tomates, habas, cebollas, patatas, ajos, cerezas...

Qué pena y pena más grande.
¡Ay, ay, qué pena!

Del pozo que daba el agua,
del agua que era tan buena.
Y del caldero herrumbroso
que aún pende de la polea.

(De *Trozos de cazuela compartida)*

TE DIRÍA

Te diría que templaras el acero
refundiendo el corazón
en una artesa antigua de sangre,
que ocuparas el dosel de la caricia añeja,
que fueras el temblor de lo vital, de lo sagrado,
levadura del pan, perfume bueno.

Te hablaría de palomas mutiladas,
de gérmenes truncados por la mala yerba,
corazones desangrados por las aves de rapiña y
dejados gavitar hacia una muerte en sombra.

Te hablaría del desierto, del vacío,
del tren que no es un tren
si no lo espera nadie,
del escaso dios que deja
la batahola gremial de los narcóticos.

Te hablaría del infierno, si supiera.

Pero yo, constante humo,
me he esparcido en el aire y...
ya ves, ya ves...
Sólo se hablar de la rosa.

(De *Azumbres de la noche)*

ME DAS LA MIEL

Me das la miel en hojas de nogal
y de ternura,
que dejan en mi boca una extendida llama.

La noche trae aromas de jazmín y brea,
arrullos de navío y oleaje
y lunas reflejadas en un mar de almendro.

Tus manos depositan sobre mí
un río de calor que desemboca en lluvias.

Te beso.
Te beso con laureles espaciosos
que cubren tu esplendor de delicadas lenguas.

Te beso en el placer, en el dolor,
en la desnuda inflorescencia
en que palpita el labio.

Y más...
En las gollizas abisales,
donde se abren los lirios del amor,
y arranco de tu cuerpo
los rizomas más tiernos de la dicha.

(De *Desde la flor del almendro)*

A UNA RAMA

Frente a esa claridad,
frente a ese monte, donde todo
es elocuente y gárrulo,
tú, árbol preterible, rama íntima,
me ofreces una flor
que desmorona el tiempo
y reconduce la mirada.

Ahí, en ese humilde tronco,
donde ya ningún hacha se detiene,
yo he injertado la luz de la pupila.

Y me siento mejor
porque te alumbro y amo.
Y comprendo mejor, porque los ojos
me crecen saturados de inocencia.

(De *Hojas lentas de otoño*)

TE DIGO AMOR

Te digo amor
y estoy diciendo otoño:
ocaso, lluvias, árboles desnudos...

Y no me pesa el labio por decir
amor y estar diciendo muerte.

Amor y muerte, sí,
pues digo consunción
y surge un crisantemo.

Y digo oscuridad o noche
y estoy diciendo luz de madrugada...

Te digo amor, te digo tierra,
y acaso estoy diciendo
eternidad o lirio.

(De *Hojas lentas de otoño*)

INVIERNO

Ha dejado el otoño
desnudas arboledas, témpanos
de nieve, viento frío...

Las calles amontonan soledad
y los intensos chaparrones
han tejido en mi alma
tremedales de barro.

Me refugio en las íntimas
estancias del amor
—donde persiste la memoria—
y opongo a esta humedad
las llamaradas de la leña.

Pero...
¿Quién templará mi corazón
si la tristeza ocupa el norte
oscurecido del invierno?

(De *Hojas lentas de otoño)*

EL REFLEJO

Retomo la niñez
para subir al caudaloso
planisferio de la inocencia
—lugar donde la noche es un regazo
en que se ahorma el día—,
y allí se me abre el cáliz del amor,
su innumerable espora o
el alba incontenible de los sueños.

Sobre las losas de pizarra,
el alma reproduce
esta visión del patio:
escaños, abalorios, tizas...,
cosas que inundan el perfil
borroso de una gran rayuela.

Detrás, en las profundas
alcobas de la casa,
la leña del hogar, el dulce
aditamento de la risa,
la pátina del beso, la amorosa
caricia de una extensa madre...

¿Madre?
¿Quién habita la casa sino el pálido
reflejo de una triste luna?

(De *Hojas lentas de otoño)*

POR ENCIMA DEL MÁRMOL

Por encima del mármol,
que responde a la causa del dolor
con un eterno frío,
sobresale la íntima
belleza de este otoño triste.

Y más que la nutrida humanidad
o compartido leño
en que el dolor se envuelve,
me abruman las calladas
esencias de esta antigua tierra:

Esas hojas de roble, esos
tonos maduros del castaño,
ese brezo que incuba
esplendores de miel y colorido,
el humero feraz
en que consiste el agua...

A esas cosas respondo,
porque esas cosas son, no el mármol,
las cenizas más nobles
donde pueda guardarse una memoria.

(De *Hojas lentas de otoño)*

¿QUÉ SOMOS?

¿Qué somos, sino viento
indomeñable, transitorio
barro o efímera memoria?
¿O somos, además,
mareas invisibles
que no registra el tiempo ni el espacio?
¿Vivimos al morir, perdemos
en la muerte la causa de la muerte?
¿Qué seremos, entonces,
en ese almario inane
o luna exceptuada de la
gravitación universal?

(De *Hojas lentas de otoño*)

REVERSIÓN

Un frío intestinal
se contrapone a esta belleza
de lenguas vegetales
que arropan el dolor
con los colores del otoño.

Rodeando las lágrimas, un viento
liviano, casi imperceptible,
agita el matorral
que representa a la memoria,
y arranca de sus cepas
calurosos tizones de familia.

De este modo,
los mármoles recientes se deslíen
en un vasto recuerdo:
el de un tronco de lumbres apretadas
que ha esparcido en los árboles
el beso largo de la leña.

(De *Hojas lentas de Otoño)*

HOJAS LENTAS DE OTOÑO

Emanan de la tarde
vastos murciélagos de sombra
que, al pairo del crepúsculo,
anticipan el cerco de la noche.

La calle se concibe como
claro de luz artificial
y procelosa vida.

Sobre un clamor ferviente
de variada naturaleza,
los árboles modulan en sus copas
placideces de viento.

Pero tú, ojo mustio, banco
entristecido de la casa,
desoyes el clarín de este concilio
y escuchas en las hojas
no un fervor verde de músicas,
sino un llanto de ceras, un esputo
agrio de lenguas amarillas.

Después, al dorso de la sombra,
bajo el trino desnudo de los pájaros,
el alba irrumpe en mí con
lentas hojas de otoño.

(De *Hojas lentas de otoño)*

María Escudero

No puedo recordar cuándo, por primera vez, el mundo poético se convirtió en mi mundo real: aquél en el que me sentí "yo" y feliz.

Cualquier pequeño acontecer, los diversos azares e inquietudes del momento, no importaba lugar o circunstancia, eran siempre motivo para sacar una cuartilla y detener el minuto. Una puerilidad, sin duda, pero que con el pasar de los años, se fue convirtiendo en un seguro anclaje al entorno: el hecho de observar, aquilatar y procesar las vivencias, dejó de ser posible sin escritura de por medio.

Al tiempo que esta circunstancia me ha reconciliado numerosas veces con la existencia, me ha sido en extremo útil como instrumento del conocimiento propio y ajeno: leyendo y escribiendo poesía he podido sanarme allí donde no llegaban manos ni palabras.

Si hay un impulso irrefrenable, es éste el de intentar aprehender la vida; pues bien, aceptar sin rencor lo efímero y transitorio de la circunstancia personal, es un logro que debo a la posibilidad de escribir poéticamente, a la voluntad de dibujar palabras e infundirles alma.

Ser y sentirse poeta es una forma de "estar en el mundo", no como quien contempla y se deleita, sino como aquél que participa activamente limando las aristas de la realidad, poniéndoles nombre, haciéndolas comprensibles y menos dolorosas.

Es el ansia de eternidad que todos llevamos dentro, lo que nos impulsa inicialmente a escribir. Pensamos que lo escrito es un valioso legado del que otros deberán aprender y por lo que seremos recordados. No es así, el verdadero poeta lo sabe: escribiendo, primero buscamos y, luego, hallamos, pero no una ruta que nos permitirá trascender lo meramente humano, sino un camino desprovisto de vanidad en el que basta lo mas insignificante importa porque añade calidad a nuestra experiencia vital.

La poesía, para quien de verdad la descubre, es una religión y una ley en la que no caben dobleces y a la que no se puede uno sustraer: una ruta serena a través de la cual el mundo no es más que un levísimo punto de referencia.

María Escudero Gómez-Pardo

PEQUEÑA NOTA BIO-BIBLIOGRÁFICA

Viví en Logroño durante mi infancia, adolescencia y primera juventud. Estudié Psicología en la Universidad Autónoma de Madrid y pertenezco a la ciudad de Orihuela por raíces y por vocación.

Allí trabajo como Orientadora de Empleo y allí he creado mi entorno familiar y mi refugio poético.

De forma tan inesperada como hondamente satisfactoria, azar y destino han ido orientando el rumbo de mi vida por la senda poética.

He publicado los siguientes libros: *Cuando habita la noche* (Ed. Regional Murciana, 1990), *Voces Nuevas. VII Selección de Poetisas* (Ed.Torremozas, 1990), *Territorio de ausencias* (Ed. Ayto. de Cox, 1991), *Galería de noche y lluvias* (Ed. Endymión, 1994), *Travesía en solitario* (Diputación de Ciudad Real, 1997), así como poemas sueltos en diversas revistas literarias.

INVENTARIO

La cancela con olor a sándalo nuevo.
El reloj azul de Lucerna con danzarina azul
y manecillas firmes.
El tríptico dorado anunciando segadores
con la azada vacía y la mirada en el trigo,
con la oración puesta en el surco
a eso del mediodía.
El canapé teñido por temor a la guerra.
Los objetos de cobre, los pulidos calderos de estaño
que al traspasar la verja
brillaban como joyas.
El sofá color ocre que no cabía por las puertas.
Tres caracolas recuperando el mar para nuestros oídos.
La radio antigua invitando con Miller
al claro de luna en tiempos de paz.
La canción de un negrito aconsejando
tomar chocolate antes de dormir.
Un colegio gris enfrente de mi cama,
a la izquierda de mi vida,
en el hemisferio cercado de mi memoria.
Un cuadro de Goya, un cuadro de locos
de Goya presidiendo el living.
El revistero a rebosar.
El intrincado mundo de las escaleras
y su tesoro de zapatos.
La cortina verde de cretona recordando a Escarlata.
Las monedas caducas con agujero central.
Las manzanas con rojo caramelo
a la salida del colegio.
El uniforme ajado.
El costurero de paja y flores de fieltro.
La alfombra que pudo ser un animal.
La desesperación del taxidermista que la concibió
desbordando por sus flecos.
El copo de nieve y su residuo en el alféizar granítico.
La huella del agua en el cristal.
El cielo imitando vientres de asno.

El olor a alcanfor en los armarios.
La caldera de cáscara crujiente.
El gabinete como un santuario.
El caño roto por el que se escapó una golondrina.
El eco de Albinoni cosido a la lluvia.
El espejo intemporal.
San José en un fanal perfecto.
Los lienzos de Jean d'Auberville queriendo
hacerte partícipe de no sé qué
amapolas torcidas.
La línea quebrada al final del pasillo
donde aquel libro situaba un aleph.
Los herrajes del cobertizo.
El Palomar, su torre, el huerto de naranjos
tiernamente esperando
mi cuerpo con ansias de camino.
La próxima salinidad tejiendo óxido en las cañerías.
El algarrobo, la encina, el triste olivo,
La aceituna caída,
el sendero hasta los pinos,
la casita de piñones reconstruida cada día,
la alberca, la acequia, el pozo seco
donde tirábamos piedras azules.
El sembrado, la hamaca, el bastón marfileño
terminado en cabeza de lebrel.
Los ojos de mi abuela analizando
el infinito tras el mirador.
Su daguerrotipo; el de su esposo.
Aquel reflejo violeta insinuando
un defecto en la caoba
del ángulo superior del clavecín.
Unas manos ocupadas en su teclado
y cierta música barroca navegando
por el parquet de las habitaciones.
Objetos, amado universo perdido,
territorio del dolor y el olvido:
mi memoria está muy ocupada haciendo inventario.

(Premio *CLEMENTE PALENCIA*. Año 1992)

EL PODER DE LAS SOMBRAS

De una habitación a otra.
De la luz a la oscuridad.
Mis ojos se acomodan.
Percibo torpemente los objetos.
He venido a las sombras
para que no me reconozca nadie,
para desaparecer en este claroscuro
donde todo se confunde.

He venido de la claridad
para ser sólo un negro movimiento,
un bulto que le ha salido al espacio
y no tiene nombre
ni señala dirección alguna
y desea ser cubierto
– como los muebles protegidos
para que no sufran el polvo –
por una blanca sábana.
Y quedan a la espera
– en silencio,
inmóviles –
de que unas manos misteriosas los descubran.

(De "*TERRITORIO DE AUSENCIAS*")

LOUVRE IN MEMORIAM

Reinaba en las salas
un ambiente de cámara sacra.
Bajo tu contemplación
tan sólo un arrullo:
observa,
con qué dignidad desde el basalto negro
entrega Hamurabi sus leyes
a nunca se supo qué noble discípulo
o siervo o feligrés.
Observa
al policromo escribiente de madera
tan quieto en su urnita, tan atento,
con sus grandes ojos fijos
sobre la muchedumbre.
Observa
aquellos toros que fueron puerta de palacio
y supieron también ser ave
y ser pentápodos guardianes;

qué colorcito actual tan sospechoso
presentan los soldados del friso
acariciando su carcaj
bajo la claraboya de la salla Sully.

Sobre mi ansiedad
qué fatiga de etnias cerniéndose,
qué manipulación
de ojos estrellándose
contra idénticos letreros que los míos.

Observa
qué belleza esa mujer sobre
la balaustrada de cuerdas
– no flash, se ruega – tan serena,
tan de luz pálida,
tan dominante y hechicera en su augusta carrocería:
los ojos sin mirada,
los brazos como palomas ausentes,
las manos huyendo hacia el alabastro...

O aquella otra escultura-mujer tan fría,
a la que salieron alas de arcángel,
y fue novia y mascarón
y cortó el viento ciñéndolo transparente en el ropaje.
Aquella a la que algún dios poseso decapitó
y ocultó para siempre su cabeza en ignorado reino.

Observa niña qué misterio de historias,
qué leyenda mineral grabará este día en tu memoria.
Y ya solo querrás sobrevolar
el mar de las miradas
y olvidar su sudor,
el crujir de sus pies en el parquet del Louvre.

(De "*TERRITORIO DE AUSENCIAS*")

SE DETIENEN

Hacen la guerra en un momento.
No hay vencedores ni vencidos.
Los ojos de la presa brillan miserablemente
bajo el palio plateado de los astros.
A su lado el guerrero arrebatado reposa
y ofrece un jadeo gastado como emblema.
Qué solitaria la llanura,
qué muertas las laderas cuando ejercen su impotencia,
su muda expectación estatuaria.

No hay vencedores ni vencidos
pero a lo lejos un animal reclama
y se jacta.

(De *"TIEMPO DE LOBOS"*)

HUNDIRÁN EL PELAJE entre los cepos
y de nada servirán las trampas
pues fueron adiestrados por el hábil estratega
que enseñó a correr a las bestias.

Y nos encontrarán desmaquillados
en un suave plenilunio
confundidos con la hierba
que sube hasta el abrazo
presintiendo sobre el pecho
un gran zarpazo.

(De *"TIEMPO DE LOBOS"*)

Más tarde, con la noche, me acurrucaba
junto a las nodrizas viejas.
Escuché historias de niños desaparecidos
en la alberca, voces de fantasmas agazapados
entre los frutos caídos. Vi ojos temerosos
y mujeres elementales que luego introducían
su cuerpo en lechos con altas mosquiteras.

Oí cómo el zumbido de los grillos iba subiendo
hasta las balsas
y cómo el agua perforada por el liquen
zozobraba en las acequias.

Vi la sospecha en la pupila de los gatos
naufragando en leche estival.

(De "*GALERÍA DE NOCHE Y LLUVIAS*")

Nunca moriré. Caerá la lluvia sobre mí
y me empapará como un dulce nombre que llora.
Seguiré sobre la tierra, al lado de los surcos,
junto al sembrado que ha de proveemos el alma cereal,
celebrando el albor del membrillo
y la luz que atraviesa las rendijas súbitas del cielo.

No sabré morir
porque la muerte sólo existe
en los ojos de los hombres
que no han aprendido a mirar la tierra.

(De *"GALERÍA DE NOCHE Y LLUVIAS"*)

Se quiebra la rosa que me ha otorgado
la luz de sangre del mundo: todo es ceniza ya,

desconcierto en la tarde donde se juntan
la fruta pisada y las hojas desfallecidas.

No sé mi nombre ni reconozco estas huellas
de pájaro aterido que busca en los alféizares
migajas de bondad. Qué mutación
sufre la estación donde ha venido a refugiarse
el blanco cabello de los lugares abandonados.

No reconozco la senda agreste: esa sangre
se equivoca de lugar.

Pero también miro mis manos y observo en ellas
huellas que antes no existían, tal vez historias
de antigua juventud escondida
entre la verde arborescencia
que bajo la piel dibuja caminos
por los que discurre la oculta, secretísima,
luz de la vida.

(De *"GALERIA DE NOCHE Y LLUVIAS"*)

APROXIMACIÓN A LUIS CERNUDA

Acude puntual
como un ángel venido a menos.

Vive solo,
con un álamo por jornada.

Pule
apasionadamente su palabra
para que nadie sepa cuánto duele
un laúd secreto.

Y usa traje nuevo azul antaño
como en días recoletos.

Llora
ante la tumba de un reloj.

Y viaja hasta perderse
en el sueño de su país interior.

Ah, si yo pudiera retenerle...

(De *"LECTURA DE LA SOMBRA* ")

EPÍSTOLA APÓCRIFA DE UNAMUNO A KIERKEGAARD

Brillo ajadísimo,
ya tu luz se quiebra en mi memoria.
Maestro cuyo reino es la muerte:
apelaste a mi corazón y a mi ciega oscuridad.
Todo te lo di, hasta mis más sagrados animales,
hasta mi desnudez en sombras.

Ahora, el minuto final se acerca.
La última soledad en que todo guerrero
es al fin vencido.
Apago
el faro que un día me vendiste:
yo ya fui soldado a oscuras.
Devuélveme el alma que a cambio de nada te entregué
y deja que respire la luz en esta plaza
mientras dura la lágrima
que me mantuvo vivo.

(De "*LECTURA DE LA SOMBRA*")

AHORA HAGO UNA TRAVESÍA solitaria.

El mundo,
las naves en que embarcábamos
siguen existiendo,
pero ya no viajan a los mismos lugares,

sus pasajeros son seres diferentes
(el rostro
cuajado de estrellas,
la luz
residiendo en la esperanza que destilan).

Algo ajeno me habita
o no soy yo quien vive,
quien contempla
tanto mar perdido,
tanta pasión a la que no pertenezco:
la luz duradera y densa
que se ha hecho
ajeno reflejo,
vida ajena,
todo lo que me sitúa
al otro lado,
en las barreras silenciosas
donde los espectadores contemplan
el devenir incierto de las olas.

(De *"TRAVESÍA EN SOLITARIO"*)

HOY LA TRAVESÍA ES UN NOMBRE de ángeles quebrados.

Voy navegando.
Mi rumbo es la deriva.

No tengo derecho a saber del mar
más que los barcos alzados contra el viento
cuya proa ya divisa
un horizonte infinito.

(De *"TRAVESÍA EN SOLITARIO")*

Rosa Martínez Guarinos

Antes del desarraigo con mayúsculas, ese que no se calma regresando a lugar alguno ni reinventando paisajes más afines, pues nace de una profunda condición de extrañeza; antes, digo, fue el asombro. Es mi primer recuerdo.

Si para Octavio Paz cada poeta es un momento del lenguaje, cada poesía representaría para mí un momento de ese asombro...

Pero, ¿qué es el asombro?

El diccionario explica: susto, espanto, grande admiración...

Mis primeros recuerdos, impregnados de espanto y devota admiración, hoy forman parte de una estructura vital en la que el sueño y la memoria se entremezclan, refuerzan y sostienen. Las impresiones grabadas son los signos a través de los cuales se ha ido desarrollando la experiencia. Pero la poesía, nacida tal vez de un momento de asombro, debe aguardar también su encuentro con la forma.

Y eso es lo que ocurrió. El amor y su herida dictaron los primeros poemas: "La isla de tu cuerpo" es uno de ellos...

Pero la herida del amor, una vez recibida, echa raíces y se ensancha, propagando como un árbol del bien y del mal sus terribles y dulcísimos duelos. De ellos surgen: "Las sombras".

"El poeta —dice Heidegger— sólo deviene poeta en la medida en que sigue al demente que falleció al encuentro del alba y que, desde el *retraimiento,* por la euforia de sus pasos invoca al humano que le sigue".

Me interesa resaltar aquí el *retraimiento,* como parte del proceso que comenzó en el asombro y, más tarde, se convirtió en desarraigo. La máscara alucinada se persigue a lo largo de un sueño como si, al alba, en lugar del demente, fuera el mismo poeta el que delira. Existe, pues, un retroceso, un retirarse al origen, a: "Lo solo".

Puente entre la vida y la muerte, entre el verbo de ayer y el de mañana, la poesía habita un espacio emocionado e indestructible en las profundidades del hombre.

Herida por el amor del tiempo y la soledad sin mancha, aún quedaba un lugar por explorar. Así emergió *Noctumbra* de las aguas sin fondo y, en ella, una flor enigmática: "El arte de la ausencia".

No sé si la poesía es un intento de exorcizar la muerte, o una magnificación de la locura. No sé si nace de algún sagrado afán o si perece en el vacío articulado de las palabras como un raro suspiro. Tampoco sé si viola lo absoluto o si ella misma ES, absolutamente. Si algo caracteriza al fenómeno poético es su capacidad para transmutarse en lo "todavía inexpresado". Por eso, más que dilucidar significados o atribuirle cometidos, me importa hacerla y, a la manera de Whitman, poder decir:

Esto no es un libro. Quien lo toca está tocando a un ser humano.

LA ISLA DE TU CUERPO

Como una oscura y afilada libélula
me acerco, indago en tus sienes
el rigor amargo de algún sueño,
ese indiferente soplo que acuna
en tus mejillas labios de anochecida miel,
concha cerrada para siempre.

Caen mis frases. Yermas, inútiles
caricias en tu pecho que adoro.
Náufragos, mis dedos serpentean el vacío
inmenso de tus ojos, se precipitan
como peces en una desolación de océanos.

Y yo no sé qué hacer con estas lágrimas,
con este lastre que es mi corazón
frente a la dulce y lejana isla de tu cuerpo.

(De *Voces Nuevas,* 1988)

EXHORTACIÓN AL DUELO

Yérguete, muestra el duro turbante
altivo, postra la arena,
fecúndala. No abandones
el fragoroso incendio de tu sangre
al turbio polizón, nombra tu huella,
convócala de estigmas y trofeos.
Que tu feraz pupila nieve
la bulla procelosa,
el enconado acecho de las varas.

Rebélate, hiende obstinado
el pecho de la tarde; arrecia
en la estocada del cimbreante Minos.
Emplázale. Resiste.

Cómo quisiera yo desde mi angustia
ceñirte una corona,
sanar la herida de tu casta
y, en tu frente regia,
depositar mi frente.

(De *Voces Nuevas*. 1988)

ME LEVANTÉ YO MISMA

Me levanté yo misma...
(Cantar de los Cantares 5.5)

Dispuesto en el reloj
latía un ramillete de segundos,
apiñados en su compacta
esfera cotidiana.
Aquel tic-tac aleve de gorrión,
como un heraldo,
posábase en mi hombro
y hacía temblar las perlas de mi pecho.
Y era dulce su pulso como uvas de En-gadi.

Yo misma abrí la puerta
y en el umbral, ciñendo luz,
esa divina zarza de su cuerpo
convocó al instante ocultas combustiones,
conflagración de sábanas, purpúreos besos.

Pira fantasmal, abrazo;
extrañas geometrías fueron deslizándose
en el cuarto. Ignotas dimensiones del amor.
Placer. Denso placer...
Goteaba la mirra de sus labios.

(De *Voces Nuevas,* 1988)

LO BUSQUÉ PERO NO LO HALLÉ

En mi cama durante las noches lo he buscado...
(Cantar de los Cantares 3.1)

Sé de anchas calles oferentes;
del múltiple sexo hendido de las puertas,
noctámbulos dinteles cuyo imposible enebro
jamás cercaran las hijas de Sión.
En ellas lo busco. Abandono la tienda
de Quedar y el viejo cobre de los pechos,
la carne firme del escudo
besando las espadas.
Olvido sobre mi rostro el tul,
como un recato que me aísla de los suyos.
Extranjera en la ciudad indago en su seno,
creo percibir su sombra en otra sombra
y todos se parecen como tristes olivos
en la noche de Getsemaní.
Ya en el lecho, atenta a los corceles
de mi pulso, inútilmente lo busco todavía.

(De *Voces Nuevas,* 1988)

LAS SOMBRAS

I

Acaso fuimos perdiendo el verbo.
Quedó la sensación de actos menos genéricos
cuya consistencia se nos volvió sospechosa.
Tanto mirar las nubes como blancos esbozos,
urgentes fisonomías para zafarse
de un tiempo que ya no era sagrado,
sino respuesta al cómputo vacío de los mundos.
Sombras en un mar de mercurio
despertaron las lunas diferentes
de las nuevas ciudades,
con sus plazas de acero,
sus árboles de lignito incendiado.

II

Te dejas abrazar como un fácil fantasma,
cuando cierro los ojos siento que te vas
a tus castillos arrastrando los hierros y las dudas.
Habitas un espacio al que no tengo acceso,
tan próximo y lejano como un dios invisible.
Me has convertido en un pozo que sueña laberintos,
grutas, peces de colores;
murciélagos del alma crecen y se agitan en torno.
Me has poblado de cruces inclinadas
que se mecen al viento como árboles vivos.
Está escrito:
No treparán tus hijos
los muros de mi carne.

III

Aún no está tensa la lira,
Por todas partes golpea la ciudad
y esta inhábil palabra de mis tareas hoy
suplicando un lugar a tu lado,
a tu sombra de murmullo y cristal
que se apiade un momento,
o que se rompa muda eternamente
hasta sangrar las trompetas
que tocan a Creación,
hasta rasgar la lira del eterno retorno.
Sólo en tu albor mutila los silencios,
que pueda yo de tu estrella un mínimo fulgor,
que tu rastro persista en esta bacanal
de lobos amarillos,
lúcidos como espadas.
Sólo tu lengua sabe del sabor de la sombra.
¿Hay algo más amargo?

IV

La voz del hombre nacido para el canto,
los pies que olvidaron danzar
un instante infinito.
Busca en la corteza del árbol
los claros eones de almas vegetativas
que tuvieron su edad entre las cruces.
Busca en la llama el ritmo imperecedero
elevándose con su divino rostro
a los angélicos dominios de Hoor,
donde la necesidad es el principio
de las algas feroces.

V

Amo esta perpetuidad de tu desierto
abriendo inmensidades en los riscos del águila.
Amo el derroche de tus aguas futuras y gestantes
en la quietud poblada de los cauces lejanos.
Amo tu vencida muerte que presagia otros mundos,
el paño que tu sangre no enjuga,
los ignorados letreros que amenazan diluvio
y que tú colmas de sagrada indiferencia.
Te amo completamente,
sin conocimiento,
llena de ti.
Sombra seminal has engendrado
esta desesperada representación en cada muro
donde mis ojos presencian tu génesis,
la demorada imagen de espejos
enfrentados contra espumas voraces,
al pie de las cantinas luego
como un agua de pétalos desvanecidos.

VI

No pienses con demasiado afán
en los lentos jirones
que dejaron tras sí
presencias oscuras en tu alma.
Eso que sueñas ser ya eres en los brazos de Nu.
En tu Nadir palpita el germen de tu Cenit;
no podrá esta ciudad sometida
vencer la sombra que nutre tu clara indiferencia,
la dura estameña en que reposa tu carne transparente.
Dulce rehén, mas no vencida cúpula;
interrumpido vuelo, mas no torre abatida;

compañero del río no sonoro,
nevado auspicio de alturas sin nombre,
meridiano del fuego inextinguible...
Surgiste, pero no me has mirado.
¿Sufren tus ojos tempestades
o insalvables alturas?

(De *Un instante infinito,* 1991)

LO SOLO

La hora del silencio:
estallo contra todos los límites.
¿Quién es esa puta amable
que ofrece su seno al pródigo?

es la soledad inmensa
estepa de puñales

Constanza
vertiginosa
contra mi unidad
me has dividido
tu sexo busca el centro
de mis ojos
trepa la cavidad aterida
de mis huesos
escarba mi origen y lo anula

estoy muerta de tu misma vida
anudo mis temblores
desenmascaro al tiempo

(De *Constanza,* 1996)

EL ARTE DE LA AUSENCIA

I

Partir, regresar,
eran un mismo impulso.
El movimiento siempre anticipando la intención.
Era también el rostro dividido
Que enfrentaba el espejo,
Porque ocultarse a veces
Es proyectar la sombra en otra sombra,
Sumarse al espejismo.

Todas las ausencias esconden un enigma
¿Quién sería el ausente?
Recuerdo el silencio culpable,
Los pasillos sin fondo,
La orfandad de mis manos.
Recuerdo tus ojos duros,
Un pan que apenas me bastaba.

Ella bebía su amargura en el café de las cinco,
masticaba palabras que no se deshacían en su boca
y el tiempo a fuego lento se iba evaporando
o ella lo dejaba secar en la terraza,
porque tal vez el viento se llevara deprisa
aquel frío en las manos,
aquella sensación de que te había perdido.

Yo presentía el desastre,
la amenaza de un viento que lo secara todo:
los árboles del jardín,

la saliva en los labios,
el perdón en su boca...
Y seguía recorriendo a tientas los pasillos
buscando en mis harapos un pedazo de amor.

Un día comencé a imitarte,
aprendí el arte de la ausencia,
la seducción del riesgo.
Y tú empezaste a mirar a esa desconocida,
a esa melancólica que arrastraba las alas
ensayando aquel vuelo tan torpe.
Me perdí a menudo para que me buscaras
con tus naves repletas de tesoros
en un mar que se iba ensanchando
como mi corazón.

Ella dejó aquel tiempo
anclado en los relojes.
El viento fue secándolo todo
menos sus lágrimas
y ya no se escondía sino para morder a solas
un pedazo reseco de amargura.
Por fin compartíamos algo...
Es más fácil sustentar la traición
desde dos frentes.

Aquella complicidad no me bastaba.
Tenía que superarte,
volar por delante del viento.
Partir sin la coartada del regreso.

II

Así fue como Noctumbra iba surgiendo nítida,
delimitando un mundo al que no dimos nombre,
pero que se cubría lentamente
de signos inequívocos y asechanzas inciertas.
Con trazo desigual marcamos
la cruz y el laberinto.
Era preciso hacerse una misma sustancia,
renunciar al fracaso como hacen los locos.
Noctumbra era el instante del reconocimiento,
la última partida.

(De *Noctumbra,* 1997)

CARPE DIEM

I

No sé si fuiste alegre.
Yo sólo conocí tu risa más amarga,
el desdén afilado en tu apretada boca.
Pero tal vez reías mudo, umbrío,
como ríen los hombres
que ya no tienen lágrimas
y en la curva de un seno demorabas el grito,
dibujando tu nombre en un vientre de arena,
una orilla que siempre apresuraba el labio.
No sé si los bosques que amé
tenían tu perfume.
Es inútil interrogar al tiempo.
Pero esta noche siento certezas en la carne
que un corazón no explica.
Qué extraños mirándose a los ojos
ese hombre sin llanto
y esa mujer un poco triste,
que no sabe qué espera,
que mira la ciudad recordando Noctumbra,
la casa con tejado color borra de vino,
la buganvilla en el muro bajo el porche,
los pasillos sin fin
y un joven disfrazado de hombre
que se pierde en el laberinto de las calles,
que cruza mi corazón como una llama
y me incendia con sueños.
Hay tardes como barcos hundidos en el alma,
sombras que son espejos en los que te reconoces,
placeres que son rosas festejando la sangre.

II

Las máquinas se han detenido,
reposan espectrales a lo lejos
como cáscaras vacías de una alucinación.
Mañana volverán a erguirse
arrastrando los árboles ya casi moribundos,
allanarán la tierra levantando más muros
de los que puede soportar el cielo,
construirán ríos de asfalto,
caminos muertos que invadirá la urgencia.
Pero hay quien dice que las aguas
subirán hasta ganamos la partida,
que en La Antártida los pingüinos
ya no podrán asomarse a sus blancas terrazas
y el mar seguirá empujando, transformando
con mano poderosa los castillos de arena
que los hombres levantan junto a todas las costas.
Los cimientos de un mundo se pudren bajo el agua:
¿somos espectadores que aplauden la tragedia?

III

La tarde cae sobre Noctumbra.
Mis pensamientos vuelan con las últimas aves
a un refugio de azuladas sombras.
Puedo ver el humo de los lejanos fuegos.
En un solo espejismo los hombres
que retiran sus redes al fin de la jornada,
el mismo firmamento sobre mi corazón,
los mismos ojos contemplando ese cielo.
Un gusto a nada se disuelve en mi boca...
Tras la perplejidad sólo queda el cansancio,
un tímido bostezo cruzando la ciudad de parte a parte.
La leve cruz del solitario caminando despacio.
Los andenes vacíos.
Tristezas acechando la noche tras los turbios cristales.

(De Noctumbra, 1997)

José Luis Vidal

Nací en Vitoria, en 1954. Constituyen mi obra publicada tres libros: *Al rojo amarillo,* 1991; *Señor de los balcones,* 1992; *Perenne flor,* 1997.

* * *

Conciliando el asombro –la extrañeza– de vivir con la necesidad de sobrevivir, la sorpresa con la urgencia, los poemas llegan como burbujas de emocionada comprensión inseparable de las palabras, cuyos significados se consuman –y se consumen– en "aras" de uno más lúcido, más alto, que las hermana con su nueva dignidad.

Vienen porque sí, ya enteros, en el corazón de un verso, que es el primero, y que entretengo en mi oído revolando con una pericia aprendida, que me mantiene en equilibrio dentro de su soplo, hasta que una rotundidad finamente sentida en su dulzura, me advierte que no hay nada más.

Los sigo, los persigo, los rescato: consciente de su debilidad, y de que sólo son el juego afortunado de un día. Su belleza, con mis medios y a mi modo alcanzada en la complicidad de sus palabras, me sorprende como una presencia nunca antes percibida, que no quiero olvidar.

A veces, con un puñado de ellos en las manos, pienso en un árbol de inmerecidos frutos: momentos de dulce madurez que destilan mis sentidos, para darle mi mundo al mundo. ¿Qué más puedo decir de este don que pido cada día, en el seno de una vida que quiero más simple y más pura?

El día
ya era
un abierto
y amable
paraguas
sobre
mi cabeza.

El sol
se apoyaba
en la fuente
como una
pajita
en su limonada.

Mis muertos
queridos
charlaban
serenos
bajo
un magnolio.

¿ Cómo te encuentras,
pequeño húsar,
tras los ataques
de la mañana?

Y tú,
sentido peluche y
llorón,
¿cómo te encuentras?

No se cansa
la pelota
de ser amarilla.
Y el bobo dominguillo
es un orador
que no pierde pie.
¿Por qué no te callas?

Mi bergantín
descubre
la cocina.
(Todos los nuevos mundos
son siempre mundos
de cosas viejas.
También lo es mi sonrisa
de arroz con leche.)

No le sienta al pino bien
este chaleco del ciprés.

Junto al bordón de sombra de los pinos
y la pesada tentación del sueño,
rechinan los azules en sus cuencas
y luce el cielo su muela de oro.
Hombro con hombro, el girasol absorto
llena un enorme patio de butacas.
Algún que otro ciprés, de traje, inhibe
los silvestres asomos de ternura
de los pinos, su amor bohemio.
Muerde
el sol con su mordisco terco, bárbaro;
la piel es una melindrosa dama
bajo la inculta mano de este herrero.
Cerca, un casar, camisa almidonada,
pía como un jilguero cabe el agua,
y el agua, audible con un aire súbito,
la mima con la misma ley que a un cántaro.
De pronto, de las mieses apretadas,
un pájaro de negro gana el cielo
con un pronto y contundente aplauso.
Sobre un mar amarillo de espigas
las amapolas se ahogan.

Estabas
porque yo quería,
porque mi más grande
ilusión, de verdad,
era querer,
y mi juego favorito
entornar los ojos
poco a poco
hasta cerrarlos,
y decir
en el silencio de mi mente
con segura voz de dios:
"¡Esfúmate!", o "¡Sé!"...
Y, por un momento,
era un hecho la alegría
de creer
en el azar cumplido.

Pronto
estaréis aquí,
asfódelos,
amapolas,
flores mías
que estáis libres
de ambiciones
y vivís
como os permiten,
como a mí,
que nada supe
de esta muerte
que llevamos
cuando vine.

Pronúnciame
también
esta mañana
que sublima
las notas alegres
de la carne,
junto a la grave marcha
de las piedras.

Hazme vocal
fácil y tierna
que camina alegre
y sin temor
hacia tus dientes.

Hay tierras
que no gozan
de otro favor que tu visita.
Hurañas,
desmañadas,
con una cuenca irritable de nervios
entre los que, de vez en cuando sólo,
arraiga una fugaz sonrisa,
o se escabulle
una torpe palabra
que se guarda de ti.
Pero ellas,
que nunca se han quejado
ni han esperado nada,
que acaso tienen la belleza pura
de los huesos,
y el corazón tan húmedo
de los que siempre fueron contrariados,
te han oído mejor
y te son fieles,
te han seguido
y se hacen más a ti,
te han dado todo
y ya no tienen más
que a ti,
te han dado todo
y ya no tienen más
que tú.

Un día el asesino y su víctima
se abrazarán
y llorarán abrazados
en una presencia de estrellas negras
que, de repente, se vuelven
vívidos soles.
Y esa lluvia enorme nos congregará
en una sola plaza,
que ya no está en el centro de nada.
Allí el cazador y su presa se fundirán
tras la andanada de luces.
La pluma y el plomo
ya no se querrán ni se buscarán
apasionadamente
en la niebla de pólvora.
La pulpa y su diente,
la memoria y su ultraje,
el dolor y su herida
se entenderán de pronto,
se desharán sus miedos,
se derrumbarán sus velos
-¡oh, la nostalgia de la víctima!-,
y llorarán,
y lloverá sin sangre ni savia ni agua ni aire ni fuego
sin culpa.
¡Qué bello cristal recompuesto!
¡Qué gozo más largo!
¡Oh asesino! ¡Oh víctima!

Tu llanto desbarata tu rostro,
como sólo el olor del heno húmedo
en tu brusco viraje a la sonrisa
lo compone.
¡Hay tantas voces en tu rostro!
Al paso de mis ojos se levantan
tus saltamontes, enmudecen
tus grillos, se apresuran tus hormigas,
se paran tus escarabajos.
Cuando tu viento sopla, se hace misterioso
y nocturno, de tanta vida oculta.
¡Oh cuánto rostro! ¡Cuánto rostro me mira!
Si el sol distingue a tus espigas una a una
con sus dones ajustados;
si el sol tiene proyectos
para todas tus flores;
si el sol madura tanta fruta
en el verano de tu risa;
¿cómo ha llegado al sitio único
del tibio corazón?,
¿cómo persiste en perdurar
sobre el hallazgo de tus voces?,
¿cómo se han congregado en él
todos los fuegos de tu rostro?

Todas las luces y tu luz
son una misma voluntad
que no ha tenido que crecer
en el seno de un fruto que madura
para ser la presencia que tú amas.
Como agua que se pierde
para siempre volver, más pura,
ese resplandeciente halo tuyo, que perdura,
mueve cinco colores
a uno y otro lado de tu risa.
Luz, y más luz, es el instinto tuyo.
Igual que el mirlo, rebosante
de luz dentro del álamo,
tu corazón se eleva
pendiente de las altas ramas,
amante de las notas altas.
¿Quién te podrá contradecir?
¿Y quién se acercará hasta ti
con su ramo de sombras,
con su joyel de fraudes?
Tu luz, hermana junto a sus hermanas,
que lo llenan todo.
Todas las luces y tu luz sois todo.
Fuera de tu luz no hay nada.
Fuera de ti no hay nada.
Sin ti no hay luz.

Siento en mis hojas la punción de ser,
como golpe de sol que enmudece mis pájaros,
o lenta procesión de larvas
que despiertan mi piel.
Seguro de mis frutos,
desconozco qué fuerza me protege;
pero la siento, cerca;
y hay una gran raíz detrás de mí.
¿Cómo agradecer bastante, al despertar,
este sentirme en brazos providentes
de quien veló mi sueño?
Ha salvado mi vida hoy,
y ayer, cuando, tan ciego,
se paraban mis horas
en errados callejones, que -*¡bendita ilusión!*-
me trajeron aquí.
Mis hojas brillan como ayer, y como entonces,
bajo el perenne sol
que ejercita sus pocas notas justas
en esta clave que me ha hecho.
Y hoy, salvado otra vez para mi asombro, y
deudor de un don de ser aún más,
que no esperaba,
me ha conmovido la emoción de ver.

Juan Ramón Torregrosa

LA PALABRA HEREDADA

1

Crear es añadir sustancia al mundo, acrecentar la realidad con nuevas realidades. Un poema es una realidad que, incorporada a la realidad sensible que nos rodea, y percibida por nosotros como tal, nos ilumina el mundo, el de la materia y el otro, el vivido en nuestro interior como sustancia única e irrepetible, y que hemos dado en llamar yo.

De niños la realidad invade nuestros sentidos, nos inunda. Luego, como defensa contra la vida y sus achaques, o por las heridas del tiempo, vamos menguando su caudal, cegando puertas y ventanas, tapiándonos enteramente. El resto no es más que un poner orden en esta marea de primeras sensaciones y emociones, un querer volver a sentir el mundo como la primera vez. Más aún si nos hemos ido viviendo a destiempo y mal.

La poesía, creo, tiene mucho que ver con esta génesis del mundo en nosotros. O al menos cierto tipo de poesía, para mí la más auténtica y sentida.

El descubrimiento de la palabra, de la magia que la palabra encierra, fue en mí una experiencia temprana, quizás porque empecé a hablar tarde, o porque en la infancia hablé poco. Leer, escuchar, era saber, aumentar los límites de la realidad, poseerla. Cuando más tarde descubrí la poesía, supe que aquello también era saber, pero de otro modo. De un modo que aún hoy, curtido profesor de literatura, no sabría explicar.

2

Sin lecturas, sin voces atentamente oídas, sin tradición, no hay poesía. Los libros, primero; luego, la escritura, el asombro al ver que unos trazos torpes aprendidos con fatiga y aburrimiento en la escuela son capaces de fijar en un papel impulsos interiores desconocidos por nosotros mismos.

Pero la poesía no está en los impulsos, en las emociones, en las cosas; la poesía está en los poemas -*tantos afanes en vela, tantos bordes de fracaso*- escri- tos con rigor y esfuerzo, tras largo aprendizaje. Sólo unos pocos, y qué pocos, consiguen, partiendo siempre de la palabra heredada, añadir sustancia nueva al mundo.

y 3

La vida -el mar- está ahí, nos contiene. La poesía es otra cosa, y no puede, aunque todos hemos caído en la tentación, suplantar a la vida. Vida, sí, y poesía, una en otra transformadas, mas distintas. Sólo así el poema deviene un acto de afirmación, de levadura, que amplia nuestro conocimiento de la realidad. Si la poesía debe alzarse contra algo, sea contra el tiempo, sin olvidar, eso sí, la sentencia de Marco Aurelio: *Todo es efímero, lo que recuerda y lo recordado.*

Juan Ramón Torregrosa nace en Guardamar del Segura en *1955.* Poemarios publicados : *El estanque triangular,* (1973) (Instituto de Estudios Alicantinos, 1975). *Sol de siesta,* (Colección Genil, Diputación de Granada, 1996).

Este insomnio
gremial
esta duda
este pegajoso hastío
que amordaza el puro
grito del corazón
son símbolos
de una época
de un vivir
de una inconfesable
insatisfacción

imposible caminar
sosega
da
mente
por la calle
acudir con tanta
confusión
a la cita inevitable
que todo humano
tiene consigo
mismo

imposible retener
este deseo sideral
que se enreda en los dedos
estas maniáticas
ganas locas
de suicidarse en el sudor
de un rebaño
de axilas

Olvidé mi sombra
en el fondo de un estanque
decididamente
triangular
una senda
de oblicuos espejos
me impide
ahora
alcanzar su centro

tripolar
y ausente
me disgrego
en una sonámbula
desfigurada
agónica
imagen irreal
de mí mismo
proyectado sobre
las espaldas del mundo
en vértice cerrado
acurrucado
inerte
frente al inalcanzable
ángulo primero
de mi geometría

huyendo del hombre
de dios huyendo
me introduje
en la lujuriosa vegetación
de mi propia sangre
un pez solitario
navega desde entonces
por el estancado océano
de su arboreidad

Me semejo sombra
en un mundo delirante
de opacas espaldas
cuadradas
fundidas en senos desnudos
de labios
como piernas

querer y no poder
es la cuestión
de los sueños sujetos
en el recinto falso
del respeto absurdo

al borde mismo
del desdoblamiento desbordado
a pocos centímetros
escasos
nada la agonía
de tanto ser o no ser nada
tras un cuerpo
de transparencia
besable

con el deseo neurótico
contenido en compresas
de algodón
eróticas desplegadas banderas
de huesos rítmicos elaborados
a ver hombre si
es
humana
la húmeda digo espera
llorada en almohadones
sin brazos

(De *El estanque triangular*)

AZUL

Por la ruta soñada de las aves migratorias,
insomnes como pestañas lacustres
en el agua rosada del crepúsculo,
por la inverosímil arquitectura
de la noche y sus aledaños,
por la orilla indecisa de las acequias,
por el círculo de sombra de los sauces,
a veces también por la espuma salina de las playas,
la podredumbre de los inviernos,
la soledad azufrada de las tormentas.

GIMES

Gimes con la fuerza de los sonidos más viejos del mundo,
cuando las palabras no tenían forma,
cuando sólo ecos vírgenes poblaban los barrancos
y el agua de los océanos se dormía con tu mismo abandono.
Gimes frutalmente aromas de raíces desenterradas,
tierra de labrantío en sazón como tu carne.
Gimes sin acústica de urbe ni geometría,
como si gritos fósiles emergieran transparentes
desde una remotísima edad sin metales.
En ti el mundo, si gimes, se me entrega
estremecido y leve en su envoltura,
lluvia o noche desatada si gimes.

EL MAR

El mar es tu obsesión. El mar que no conoces
y, sin embargo, añoras. El mar es el envés
de tu vida y está en ti, pero ni tú eres mar
ni el mar es sino sólida presencia transparente
exterior a tus ojos. El mar existe y tú
apenas eres brisa, leve roce en sus aguas
allá en la superficie.
El mar que te obsesiona
es otro mar, opaco, desconocido y bello,
frío mar sin memoria, urna que nada muestra
y todo lo contiene, viva imagen del tiempo.

Pero el mar no es el tiempo, ni tampoco el morir.

SOL DE SIESTA

El niño que fui
ha venido a verme.

Al pie de la higuera
sus ojos de asombro
contemplan el árbol
donde yo me escondo.

Rasga la cigarra
silencio de siesta.
Un pájaro canta.

Para ver su rostro
mis ojos acechan.
El aire el sol quema.

Con ojos atónitos
contemplo la higuera.
En su verde fosco
nadie.
Sol de siesta.

LA MAESTRA

Calor y candor.
Dulce aroma, dulce
como la emoción
de sus blancos senos,
de su dura voz.

Silencio. Silencio
y arrullos. Clamor.
Fulgor de palomas
revolando al sol
del jardín.
Un coche
pasa. En su interior
negro alguien ve manchas
de sangre. Estupor.
Murmullos de miedo.
De pronto, una voz,
la maestra, estalla.

Rejas y balcón
marcan en el suelo
un reloj de sol.
El tiempo no pasa.
Temor y candor.
Calor.

TARDES DE DOMINGO

Tardes de domingo
tristes y aburridas :
película no
tolerada, toros
en los bares, niñas
emperifolladas
seguidas de lejos,
casi perseguidas.

Tardes de domingo
errantes y mustias,
sin padres ni hermanos
mayores, sin chicas
todavía.
Lentas
tardes de pandilla,
como nuestra edad,
inciertas y ambiguas.

Amor, ya no te busco ni te quiero
consentir en tu más violenta forma.
Si vienes, ven con calma. Sea tu horma
mi costumbre, que otra ya no espero.

No quieras a destiempo herirme, pero
si me hieres, amor, hazlo de forma
sutil, como caricia que conforma
con su tacto otro ser y en placentero

lazo los dos se gozan en sí mismos.
O ven, amor, ven con todas tus furias
y húndeme, nunca es tarde, en tus abismos,

destrúyeme, amor, sájame el sentido,
dame la vida y queden tus injurias
para los mansos que nunca han vivido.

La huella de tu cuerpo busco y toco
si al despertar descubro que su hueco
aún conserva el cálido rescoldo
del sueño de su llama y de tu aliento.

La noche se disuelve y su silencio
deja paso a la herida de tu ausencia,
que me llega de golpe con el eco
de la calle y la luz que se renueva.

Entonces, qué delicia de recuerdo
tu piel y sus aromas en mi carne,
cada vez más dormido, más intenso,

impregnando rincones y almohadas,
negándose, indolente, a levantarse,
a iniciar la monótona jornada.

UN SUEÑO SOSEGADO

Un sueño sosegado,
un despertar alegre,
el silencio, la ausencia de dolor,
la paz, un libro amado,
los amigos de siempre
y una rústica mesa por mi mano
abastada, me basten,
y sea la felicidad regalo
añadido, jamás
por sí mismo buscado.

EDAD

Un cuerpo decrépito
cayéndose a trozos,
una mente lúcida,
inclinarán un día
el fiel de la balanza.

Unas manos de niebla
torpes para el abrazo,
un afán vehemente,
romperán el hilo
de toda esperanza.

SOLAR PATRIO

Esta casa fue
germen de una vida,
y fue también –muros
mudos, techos altos,
sombras fugitivas–
crisálida y cárcel
de mi edad primera ;
y será, si el tiempo
conserva sus piedras,
germen de otras vidas
y de otras ausencias.

(De *Sol de siesta*)

Vicente Valls

A MODO DE POÉTICA

Teorizar sobre la poesía en general y sobre la mía en particular, después de más de veinte años escribiendo, me parece un intento innecesario. Cada poema tiene su poética y lo que es válido para un texto, puede ser relativamente innecesario para otro. Sí diré, sin embargo, que para mí la creación poética es un acto de lucidez y una condición consustancial a la pasión y a la manera de entender la vida. Pienso que en poesía es fundamental que el lenguaje esté vivo, que sea capaz de existir en sí mismo como un pequeño microcosmos. Entiendo la poesía como *algo* absolutamente necesario que sobrevive al margen de etiquetas y grupúsculos.

OBRA PUBLICADA

Poesía:

Poemas, Alicante, 1976.
Elegía frente al mar y otros poemas, Málaga, 1980.
Figuras en el agua, Alicante, 1988.
Memoria del olvido, Cocentaina, 1990.
Treinta poemas, Alicante, 1996.

CEREMONIA DE LA CLAUDICACIÓN

Con mansedumbre inclinas la cabeza,
y besas esta tierra que nunca ha sido tuya,
y estos brazos,
y estos ojos,
y estos labios que nunca han sido tuyos.

Desnudo en la orfandad, en la impiedad de la tarde,
cuando ya, calcinándose,
gira la luz
y miras
y preguntas... ¿Adónde está tu vida?
Ya no sabes.
Vencido te encaminas
hacia la puerta antigua del otoño.

Con mansedumbre ahora
tiendes las manos. Miras
estos ojos que amas todavía,
frutalmente,
como un vino cruel que te cegara.

Y mudo, tras de ti,
ver erguirse la sombra de la noche.
Es hermoso
sentir en otro cuerpo
la clave indescifrable de la vida.

(De *Figuras en el agua*)

NOCTURNOS

Roza la sed el tálamo nocturno
junto al fuego nupcial,
cuando la noche
con lentitud asciende
frente al pórtico
de la claudicación.

Ahora,
mudos tus labios,
avanzas hacia mí,
desnuda como el vino,
en el lento ondear
de los arpegios
oscuros como el mar.

Muchacha mía,
racimo de la furia,
ciego temblor lentísimo
que fluyes silencioso,
remoto como el agua
secreta que acaricia
el corazón.
Aquí,
conmigo ya y distante,
como un vasto delirio
que emerge de la sombra,
en la nocturnidad
profunda del silencio,
levantas la mañana,
las puertas de la noche,
las copas del abrazo y el encuentro.

Girando planetaria
como las olas múltiples que estallan
en el hondo arrecife,
en la oscura osamenta
de la muda orfandad.
Cuando el asombro
invade el corazón,
las sábanas de lino,
y un cuerpo derrotado
en las aras del beso.

(De *Figuras en el agua*)

AGUA EN LA NOCHE

Halla el tiempo su imagen en el agua,
entre la oscura senda de las fuentes,
allá donde el olvido
enciende en flor la piedra de la noche.

Halla el amante el cuerpo codiciado,
el áspero clamor que baja hasta su entraña
cual un río de sed, cual una nube,
y en el aire ligero se acrecienta
el fuego originario, la invocación antigua de la tierra
inmutable en los labios que resbalan
bajo la paz profunda de los dioses.

Halla el amor el fin de sus desvelos,
pero persiste el agua transitando
en la desolación del júbilo incesante
que se anuda en las fuentes y en los siglos.

(De *Figuras en el agua*)

INTERIORES

Y supimos así que el tiempo existe:
la fuente rumorosa pronunciaba
la posesión oscura
del agua y su secreto.
En la penumbra
una mano indecisa acariciaba
el cuerpo tembloroso,
desnudo en la belleza,
que extendía la dádiva
en el telar sombrío de las horas.
Tras la pérgola
el pífano inconstante entretejía
la música discante del aire a mi deseo.

Y en la noche
fragante y estelar de los magnolios,
supimos que la tierra no existe sin la daga,
que la sed es un río del que emerge
la sombra con el beso: la noche y el laurel de los amantes.

(De *Figuras en el agua*)

CLARIDAD PRESENTIDA

Besar tu cuerpo es regresar al agua
de los días perdidos. Encontrarme
de nuevo en los orígenes, al borde
de la rosa profunda, del abismo
a orillas de la luz. Como si el mundo
se inaugurara en ti por la indecible
frontera de la sed, del alba mágica
instalada en los huesos, en el vértigo
de la unión desgarrada junto al límite
exacto del dolor Y fuera inútil
la tarde para el llanto, para todo
lo que no fuera sueño, permanencia:
la claridad sonora de otros ojos.

(De *Figuras en el agua*)

ADAGIO

Me gustaría a veces ahuyentarte
los pájaros oscuros de los ojos,
ir poniéndole nombre a cada casa:
Agua, Jazmín, Albahaca, Soledad...
Inventarte de nuevo las palabras
y pronunciar amor entre silencios,
ya sin más horizonte
que la playa desnuda en tu cintura
hecha estación de lirio caminante.
Porque a veces sucede que me asombro
llamándote, y escribo
palabras parecidas a sonidos
que nada significan sin tus ojos,
cuando intento inventarme el alfabeto
de tu cuerpo lunar bajo la lluvia
y un tren color olvido se cruza en la memoria.

(De *Memoria del olvido*)

SEPTIEMBRE

Ahora,
mientras llega septiembre
como un farol de cobre,
mientras arden los oros en las viñas
en racimos de fuego,
mientras el mar erige caballos alazanes, laberintos,
y se yergue en la noche
el palio de la luna
sobre el dorado tálamo de arena,
la vieja cicatriz ha vuelto a despertarse en la memoria
como un alfanje oscuro que trasmina
la fragancia del tiempo, la promesa
que el milagro del agua sólo cumple.

Y golpea de nuevo, desde el fondo del piélago
que aletea en la sangre rescatada;
hermana del ayer que testifica
los efímeros lazos del deseo.

Sigilosa se adentra en los confines
del mundo y el recuerdo, entre pavesas
que aguzan las mastabas de la herida
fulgente como un ascua del otoño.

(De *Memoria del olvido*)

LA FERIA

Al celebrar mi 30 cumpleaños

De miradas antiguas y días como el plomo,
por las calles errante, entre rotos zapatos,
cruzando las plazuelas olientes a difuntos
y escaparates grises con olores de lluvia
o luces elegantes como un gran decorado.
Como una enredadera de ropas interiores
hábilmente tejida por corazones turbios;
entre muchachas jóvenes y adúlteras y muertos:
así se va la vida, poco a poco pasando,
igual que una ramera contagiada de sífilis
que escupe las baldosas y se pinta los labios.
Entre niños hambrientos y desastres,
y gobiernos volubles y familias en paro,
contemplas a la noria, este gran tiovivo,
donde todo es bullicio y compraventa,
un inmenso mercado de amargos alfileres.
Las palabras no importan ni tampoco los muertos.
El olvido es el precio de la feria y la noche
que nos trenza a su antojo como parte de algo,
de alguna edad remota que exige el sacrificio
de ser entre el estiércol una rosa inocente.

(De *Memoria del olvido*)

LA PUERTA Y EL ESPEJO

A veces, en la noche, cuando el viento acaricia los tejados
y el otoño en la calle recuerda a los membrillos,
y el mar es un lamento que no conoce límites
como el rumor de un bosque inagotable,
alguien abre una puerta,
una puerta que cede lentamente hacia adentro
cual una vieja losa inseparable,
que dejara la imagen de un rostro en el espejo,
un rostro parecido al nuestro propio
y sin embargo extraño de nosotros.
Mientras siguen las fuentes incansables
repitiendo la fábula enigmática
del tiempo y su codicia. Nadie sabe
desde cuándo la puerta y el espejo
nos aguardan allí; pero de pronto
un delgado lamento
como el eco tristísimo del búho
que teje solitario los oscuros sonidos,
asciende hacia nosotros
acompasando el lento quejido doloroso
de sibilas errantes. El espejo,
inmóvil en los siglos, nos espera:
allí estamos nosotros después de muchos años,
frente a frente con Dios y con la Nada,
y no reconocemos nuestro rostro.

(De *Memoria del olvido*)

ARPEGIOS

Miras la tarde, el mar con sus terrazas,
los naranjos en flor contra la brisa,
junto a la misma herida de otros labios
ciegos ya para el canto y para el beso.
Y ves crecer la noche,
el báculo de sombra golpeando
al cetro del olvido,
la bondad de unas horas
fugitivas, trenzadas,
tal racimos de sal sobre la piedra
erguidos frente al aire.

Y miras apagarse la antorcha del deseo,
la copa de la tarde como un cáliz sombrío,
girando contra el muro
del atrio de cristal, donde el perfume
vuelve a la sed incienso entre las olas.

Ahora,
cuando el otoño enciende su lámpara de bronce
y el agua se abalanza en palacios de cal contra la arena,
desnudas toda edad, la lenta letanía de los siglos,
el claustro de la noche, la bóveda del beso,
el sonoro estandarte de los ojos
oscuros para el canto.

Remota ya y conmigo,
cruzas los brazos,
la túnica del vino,
el pórtico dorado del placer
ungido por la llama del crepúsculo.

Y miras la ventana, la alcoba de la sombra y el milagro,
las perfumadas sábanas nocturnas
donde el fuego concede toda ofrenda,
todo perdón,
o la amarga cicuta del recuerdo
cuando la noche extiende su baluarte
y el rumor de los cedros domina sobre el mar.

Pero tú sigues, sigues aún desnuda.
Y miras,
y preguntas...,
bajo la alta vidriera de la noche,
hermana del temblor, cuerpo de sombra,
orillas del laurel, racimo de la furia y el escándalo.

Amor,
ebriedad de la danza, sólo arpegio solar.
Compañera
mía,
aún te amo,
cuando el aire
huele a incienso y azahar y sortilegio,
y el mar trenza tus ojos entre rejas...
Y miras todavía y todavía esperas.

(De *Treinta poemas*)

IMAGEN DEL DESEO

Te hubiera dado el mundo
al caer de la tarde, cuando octubre
sacudía el deseo y la memoria
con el oro irisado de los árboles.

Reflejo de tu imagen era el día
e ignoraba el dolor, la larga espera,
el precio que el amor
impone en sus dominios
como una lenta llama
que ciega cuando toca.

Entonces no sabía
la celada que guarda la imagen del deseo,
la imagen de la sombra cuando el viento
enciende el corazón entre las ruinas
y el ansia entre la noche
busca un cuerpo rendido en la ternura.

(De *Treinta poemas*)

FRAGMENTOS DEL LLANTO

De madrugadas húmedas,
de amarillas pensiones con olor de cocina,
de días como agujas
y trenes desbordados que aúllan en la noche,
están hechos los años
que golpean aquí, en mi corazón,
como un río de sombra,
como un tambor monótono y siniestro.

Hay semanas funestas,
calendarios de huesos,
muchachas taciturnas como flores de sangre.
Hay demasiado llanto,
demasiadas coronas olvidadas
rodando como gotas o puñales.

Qué larga oscuridad cruza el invierno,
inunda las regiones amargas de la lluvia
y se instala en lugares melancólicos,
frente a la angustia espesa de la noche,
entre espadas de luto y cristales de muerte.

Todo gira como un insomnio denso,
como un espanto circular y frío,
hasta el fondo encendido de la tierra
que confunde las bocas, los besos solitarios,
el agua desquiciada y el llanto del océano.

(De *Treinta poemas)*

Pilar Blanco

P.B. CONFIDENCIAL (O existir como abismo)

"El único modo de huir del abismo es mirarlo y medirlo y sondearlo y bajar a él".

Con estas palabras de *Pavese* hago una primera profesión de fe –y no será la única–, apunto las razones en las que se fundamenta mi escritura. Porque, para desgracia mía, siempre lo ha dicho antes y mejor otro.

Cuando vivo en lo oscuro, cuando me aflijo arrastrada por el desorden de la existencia, una lucerna que rezuma claridad, que es capaz de tintar de engañoso equilibrio tanta desolación consigue sostenerme. A esa luz breve apenas entrevista la llamo poesía: no el sustituto de la vida sino su filtro indispensable.

La vida es un engaño (toda sueño, se me viene a la mente) y en ese engaño el poema no es más que un espejismo de arquitectura caprichosa y huidiza que se forma y destruye sin parar un punto. Y es, sin embrago, la única arma con la que cuento para apresar la realidad, para acercarme a mí misma y extraerme esa médula que, de no ser por su auxilio, permanecería inaccesible. ¡Valiente arma sin futuro en cuyo filo morir, con la que rescatarme de otras muertes peores!

Con este planteamiento es difícil derivar hacia la poesía depurada y aséptica. De forma irremediable me decanto por aquella que, por encima de la futilidad de las modas, surge del individuo y en él se contamina, se embarra de sus miserias y sentimientos, de sus preguntas eternas y sempiternas búsquedas. Decía Malcolm Lowry que en cada hombre hay un poeta frustrado. Tal vez en cada poeta hay un hombre incompleto que no llega a cuajar. No es el género, no de los satisfechos con el proyecto torpe de sus vidas, el género de los tranquilos, los aplacados, los saciados

de sí mismos. El poeta no sabe, no se sabe del todo. Y morirá buscándose. Después ya viene el Otro.

Yo escribo para mí. Para mi yo impreciso que se forja y afirma; para mi yo lector que también pide cuentas. Sólo en segunda instancia pienso en las personas que se colocarán detrás del papel y que, seguramente, buscan en mis palabras la solución de sus propios enigmas o cuando menos su formulación.

Escribir es fluir, es una trasfusión sin márgenes que alimenta de mi sangre y mis versos cuerpos que no conozco; yo voy, yo mano, yo me dejo arrastrar al infinito. Y siempre hay alguien detrás dando forma a la aparente nada.

Pero no quisiera teorizar. Sé que hay poetas caudalosos cuya voz inmensa desgrana explicaciones. Son capaces de desmenuzar su obra, de volverse del revés en busca de esas razones primigenias que a mí se me confunden, a la caza de los impulsos más arcanos, de las obsesiones más jugosas que adivinan en un rincón de sí mismos, allá de donde surge su poesía.

Yo no. Ni me importan demasiado las causas ni me comprometo a averiguar los cauces. Escribo como vivo: a tragos, en ocasiones pausados y otras veces ansiosos. Ahí está y eso es todo. Dejemos las poéticas para quienes nos lean, los análisis para lo que, al otro lado, rastrean y diseccionan. Demos, sencillamente, materia nueva, materia-misterio entrevelado de la que hablar, no verbo digerido por nuestra propia hambre.

Datos bio-biográficos

Nací en Bembibre, El Bierzo, León. Estudié Filología Hispánica en León y Salamanca y actualmente imparto clases de Lengua y Literatura Españolas en Benidorm; resido en Alicante desde 1985.

He obtenido algunos premios de poesía como el **Victoriano Crémer**, en 1978; **Barro**, en 1981; **Francisco de Quevedo** en 1996 y he sido finalista del **Ciudad de Salamanca** de 1997. He publicado *Voz primera* (Barro, Sevilla 1982); *Mundos Disueltos* (Algaida, Sevilla, 1998).

1

Sólo eres mío cuando estás dormido,
completamente mío, sin batalla,
cuando tu piel tendida a mí parece un árbol
que regar con mi sangre.
Sólo llenas de agua mis pupilas
cuando en tus ojos cerrados sueña un niño,
cuando enlazada a tu respiración
espero la mañana.
Sólo eres mío cuando, sin pensarlo,
abandonas en mis brazos tu muerte,
cuando mis labios descubren tus caminos
y te pueden crear.
Y eres más mío cuando estás tan lejos
que el recuerdo es un pozo
y las palabras ciegas
rompen su soledad en las paredes.
Pero si abres los ojos, amor,
eres de nuevo tú, lleno de luz
sobre mis lágrimas.

(De *Voz Primera*)

2

Cuánto valor y risa,
cuántas noches
de insomnio en la ventana,
cuántas lluvias
y charcos,
cuánto rayo
tibio de sol besándome las venas,
cuántas alas abiertas de paloma,
cuánto grito,
cuántas calles vacías
llenándose de sombra,
cuántos papeles rotos,
cuánta tarde,
cuántas lágrimas-niñas sin camino,
cuánto silencio te daría,
cuántas manos
por un solo beso de tus labios.

(*Voz Primera*)

3

Sé que no debo
esperar la sonrisa de la vida encerrada
entre cuatro paredes de sucios sinsabores
y nostalgias.
Que el camino se talla en la distancia
de un fracaso a un fracaso,
en la entrega brutal, en cada vencimiento.
Sé que cuando anochece
la luz de las estrellas multiplica el instante
-marea derramada-
y los ojos reflejan
derrotas de metal, túneles de caricias,
y no hay música gris poniendo un fondo intenso
que llene las muñecas del pulso de la sangre.
Saber no es suficiente,
hace falta la savia,
la voz del corazón descubriendo certezas,
arrancándole al trote persistente
del tiempo
el beso resignado, la palabra admitida,
el nuevo resplandor del amor convocado.

(*Vocabulario íntimo*)

4

El mundo se reduce
a tres o cuatro historias inventadas
contra nosotros mismos; al instante
-plenitud de inconsciencia, luz a ciegas-
en que sacrificamos
nuestro orgullo al deseo,
la razón al delirio,
la gris monotonía al destello
inmortal.

(*Vocabulario íntimo*)

5

Vámonos a pasear,
conversemos un rato, un instante de vida
mientras la noche es noche
y nosotros
estelas de imposible.

(*Vocabulario íntimo*)

6

En ese espacio
ya no contaminado de los sueños
instalaste tu hogar. Y a veces te visito,
adivino el rumor de tu gris melodía,
descoloco los pasos de tu orden, y luego
recupero mi antigua identidad,
acompaso mis poros
al ritmo desigual de la vida diaria
para no molestarte. Para tener derecho
a volver a soñar mecida en tus paredes.

(*Vocabulario íntimo*)

7

Hay un temblor de agua
que no sé describir. El campo se aletarga,
-se pierden sus sentidos en un divagar dulce
que la tarde alimenta-.
La oscuridad acecha
y se anuncia sin ruido,
apenas el pitido del tren en la distancia
levantando rumores en los chopos,
eco en las ramas tiernas.
(Se me abre el corazón como una carta intacta,
largamente deseada,
hallada en el buzón de la melancolía,
por donde tú no pasas ni te inclinas).

(*Mundos disueltos*)

8

Tienes la dimensión
exacta de mis sueños. Ni un centímetro más.
Eres pájaro en vuelo brutal
bajo la lluvia,
ni un movimiento más.
Me das ancho horizonte cruzado de relámpagos,
ni un solo sarpullido
luminoso de más.

(*Mundos disueltos*)

9

¿Quieres dolor? ¿Doler?
¿Cuánto crees que contiene
una obsesión, un verso, una quimera,
un espejismo sucio que retuerce
la mente sin razón, que el corazón caldea
y en su voz se complace?
¿Quieres adentro?
¿Quieres oír el grito
del alma al desgarrarse poco a poco,
centímetro a centímetro de nada?
No merece la pena. Nada vale
ese destello amargo
de vida por vivir,
de promesa negada a la carne y al espíritu,
nada vale una lágrima
vertida,
nada la plenitud huida entre los brazos
engañosos,
cobardes, de quien nos da el aliento
y lo arrebata al fin, dejándonos apenas
la miel entre los labios que aprendieron un nombre
que no repetirán, que nunca
más se pronunciará (los ojos frente a frente).

(*Mundos disueltos*)

10

Juré no jugar más al juego de la vida.
Juré no respirar. Juré escribir mi nombre
en los pozos más hondos, en las más escondidas
cavidades del alma.
Juré y mentí. Mentía
a espaldas del dolor
sabiendo
que hay cosas que no puede domar la voluntad,
que hay realidades
que siempre son vencidas por la ilusión incierta,
que las figuraciones
conforman el destino y nos pasan factura
y pagamos en sangre
o en lágrimas
o ausencia.

(*Mundos disueltos*)

11

Yo que he sido volcán antes de ser ceniza
-voz de huracán, estímulo
devastador y cierto,
brasa sin extinguir, inhalado
aroma de tormenta-.
Yo que he sido alentar antes que desaliento,
que agua fugitiva que nunca frena el paso
ni detiene
su tranquilo fluir que la lluvia alimenta
y el olvido.
He llegado hasta aquí,
fronda que encubre el alma y la reviste,
tejido de nostalgia
enraizado en el ayer, en antes,
en el prisma infinito del pasado.
Yo que escalé paredes bruñidas como espejos,
yo que alcancé la luna -transparencia a mis pies
y polvo errante-,
que crucé de un extremo a otro
el océano azul donde tu voz manaba
y se creaba el dios
de uno para sí mismo y su reflejo,
donde tiene su fuente
el dolor, y los besos son líquidos.
Yo-célula, yo-piel,
yo alimento esta oscura
noche de las mil noches,
prolongo este vacío, exploro sus ojales,
restituyo
el deseo al cajón de los sueños perdidos.

Hundida en este fango que no tiene caminos
ni tiempo en que perderse
una vez más,
me siento disolver y mis venas se astillan
y son luz
donde el futuro muere.

(*Mundos disueltos*)

12

Con frecuencia la vida
rompe nuestras aristas, recorta nuestros sueños
-incansables, tenaces enemigos-,
vuelve tensa y redonda
aquella geografía que creamos airados,
rebeldes de futuro
aún por descubrir.
Con frecuencia la vida
nos deja tan sin voz, nos golpea tan fuerte
que nos torna corderos de falsa mansedumbre,
esclavos
angustiados y dóciles de todos nuestros miedos inventados.
Y un día el horizonte
nos enseña a lo lejos, recortado en montañas
como la sombra
ideal
de una sola palmera
sumergida en la fronda,
lo que quisimos ser -fantasma preterido-,
lo que nunca logramos
(y no sabemos cómo, ni los porqués siquiera),
lo que nos derrotó...
Y asistimos, dotados
de rencor y vergüenza
a una segunda muerte: la de las esperanzas.
Con frecuencia la vida
es un coche alquilado que hemos de devolver
cuando no hemos cumplido
el objeto del viaje, el encargo previsto,
lo que nos empujaba,
lo que fue nuestro afán y ahora es
sólo
ceniza.

(*Mundos disueltos*)

13

DESDE LA NOCHE

No me dejéis crujir, desintegrarme
-metal adormecido, casi ciego de espanto-;
que la arena del tiempo me detenga
la boca y sus impulsos.
No me dejéis a solas con el ruido
del mundo
y su voracidad:
su ansia de cuerpos náufragos
-retumbar
aturdido de límites-,
va trazando la línea que mi huella
ya no podrá pisar.
Ni por ti
ni por mí misma. Nunca.
Permitidme
seguir siendo ceniza, arista contra el cielo,
torbellino...
contemplar un instante el vuelo dulce
de todas las gaviotas,
resignarme a ser brisa y ser olvido,
pérdida y fluir de vida
hasta que en un momento
-ciprés amortajado en la distancia-
todo se desmorone y mi cuerpo reúna
la sal del mineral, la lámina invisible de los líquenes,
el gemido del hueso golpeado.
Para qué ojos, por qué
seguir siendo mirada, vivísimo horizonte,
lejana
amplitud de infinito.
No me dejéis ver más.

Y si llega la noche,
instante detenido en el que soy lo eterno
con lo eterno fundida,
escuchadme soñar: ya no voces,
ya no presagios muertos, ya no anhelos
inútiles o espinas.
No paz, no sed, no luz, no el instrumento
de la desolación, no la serena
evocación del mar. Ceniza exhausta,
instantes por venir, flores vertidas
y ágiles sentimientos de derrota.
Noche-hondonada
donde todo me acoge, donde todo sujeta
mi ingravidez. Firme imán de las horas.
Noche mía por siempre.

José Luis V. Ferris

Nació en Alicante en 1960. Es licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca. Desarrolla actividades relacionadas con la edición y creación literaria.

Tras un primer ciclo, voluntariamente inédito, obtiene en 1982una Beca del Ministerio de Cultura para su primer libro de poemas, *Piélago* (Ed. Hiperión) que publicará en Madrid en 1985 y que un año después obtendrá el Premio de la Crítica de la Comunidad Valenciana. Con Cetro *de cal* (Madrid, Rialp, 1985), libro -en palabras de Clara Janés- de "estilo hermosamente libre que encauza una poesía a la vez fluyente y contenida, dotada de vida propia y original", consigue un accésit del Premio Adonais de 1984. Es en 1989 cuando publica su hasta hoy último libro poético, *Niebla firme* (Madrid, Hiperión), obra que confirma su sólida trayectoria literaria y que la crítica destacó como "uno de los máximos exponentes de la joven lírica española y, sin discusión, una caligrafía diferente en la renovada lírica amorosa".

Como prosista ha publicado los relatos infantiles *Las palabras del agua* (Aguaclara, 1991) y *La isla de Tadadelrevés* (1994). Sus artículos de creación y crítica han aparecido, desde 1986, en diferentes diarios y suplementos literarios, así como poemas suyos en antologías y revistas especializadas. Ha participado asimismo en recitales, conferencias, coloquios y congresos.

En suma, la producción literaria de Ferris está precedida de una intensa búsqueda, de una honda reflexión y exigencia cuyo fruto no es otro que el equilibrio entre pensamiento y emoción, imagen y verdad, experiencia y lenguaje, y todo ello a través de un discurso eminentemente amoroso, de una lírica sabia, estéticamente deslumbrante, que reescribe el mundo y lo somete a su propio orden.

EN LA RUBIA CLARIDAD

Como una guerra sin héroes, como
una paz sin alianzas, ha pasado la noche.
CLAUDIO RODRÍGUEZ

Está la herida, como un sexo, destilando su veneno
de amor y madrugada,
tierna aún sobre las sábanas
y el tibio almidón que pronunciamos,
con los labios
más lentos todavía,
con idiomas que nadie ha de escrutar y
el deseo
comprimido entre tus sienes,
en tu nuca clavado
y desclavado para siempre
con el arma de mi boca.
Reciente está la herida
tras un torpe rodar de sombra en sombra
hasta escupir la noche y
sus ramajes.
Reciente el puro sueño y tus rodillas
de plumajes ambiguos,
de satenes y ondas repetidas...
y ya es el día,
y alancean de hidras nuestro cuarto
y desfilan sintagmas con perfil de aurora entre silencios.
Contémplate.

Podría disertar acerca de tu pulso,
de arrugas diminutas que tú ignoras.
Podría decirte que tus ojos me recuerdan
el crujido perpetuo de la lluvia,
ahora
que esta herida me pulsa la palabra
y la cuelga en tus oídos,
ahora que los sueños, como ingrávidos
fantasmas,
atraviesan las puertas y nos huyen,
ahora que tu ropa,
a lo lejos,
en la rubia claridad,
sabe a plumas olvidadas.

(Piélago, 1985)

LITURGIA DEL DESEO

A María Antonia

El gran crácter del día te asume hasta su tálamo
y en vano tus dedos se disfrazan de helechos para
poder soñar —hay pájaros que huyen sobre
fatuos tapices—.
Sin oficio y sin adónde, qué harás.
Sólo insomnios como lentos tragos de éter
reptan por tus venas.

Y si pudieras saber cómo te entiendo. Si supieras
escuchar la liturgia de esta lágrima,
vertida sobre el piélago.
Si supieras que el amor, como un ramo helado,
que el amor, como un arce improbable y
frío, es la gran ceremonia del deseo.

Sin embargo no hay mirlo nupcial.
Y huir, lejanamente, no es posible.

Por qué afligirse. Oigo que
la savia asciende por arterias de flores
no abolidas.
Pensaré en ti bajo el inédito himen de la noche,
pensaré en ti hasta el enorme rito del deseo y
su oculto labio,
hasta sanarte, amor,
hasta sanarme.

(Piélago, 1985)

CANCIÓN IV

sabrá el mundo la causa por que muero
GARCILASO

A Lola y Jaime Mas

En las crines más ávidas encalla tu memoria,
yegua loca, brida desdichada
con helechos de muerte,
con abismos de muerte y vértigo agudo.

Oh poeta, auriga vulnerado
por los potros del ébano, condenado príncipe
del día arrastrado en tu gloria
hasta el deseo y su espuma vesánica

Tu memoria vaga sobre el piélago,
peregrino de amor, y en cuidados jardines
cortesanos con otoños y arboledas
sólo un cadáver de lejana mujer
evoca tu hermosura.
Mujer lejana, mujer de la mirada homicida,
de la ráfaga y el frío,
amada levísima, mujer gacela para ti
que me escuchas,
poeta, corrompido príncipe
del amor y la lágrima
que fuiste árbol al fin,
catástrofe del vuelo y nada más:
encima de Virgilio hasta el tormento y
tus propias rodillas cristalinas,
afligido laurel, hoja amarga
para el viejo Petrarca,
fruto maldito entre mis labios,
ciervo inmóvil al hilo del recuerdo;

cómo huir de tu memoria,
de tu larga sombra destilada,
cómo hacer para contarte
la raíz extenuada de mis dedos,
la líquida epístola,
el violín de arena
y la rosa acribillada,
cómo ahuyentar tu memoria, oh caballero,
encallada siempre entre los vivos.

(Piélago, 1985)

CANTO II

Se veía llegar en círculo el otoño
tachado por diámetros de engaño y azules puntos
de sutura,
por signos aprendidos,
por síntomas de luna en abandono
y sus gentiles estancias.

Se vio en el mapa desolado de los muelles,
la desierta geografía
de senos blanquísimos
tripulados en secreto por un labio, en las algas despobladas y
el paisaje tardo de aromos y de olivos.

Se veía llegar en círculo el otoño
y era un perfume de arcángel devastado
y un temblor en los mástiles
tocados de ebriedad.

Era la alta gesta
de lo que truena y arde,
la gesta verdiblanca del anciano y la crápula
sobre el barro final o
la hojarasca
mientras vienen de lejos
los cantos de Massalia
y se tornan racimos
las dormidas manos de la muerte.

(Cetro de cal, 1985)

CANTO V

A José Juan Pamblanco

Que diréis de los bateles que se tornan olivos
tierra adentro,
del galopar del tiempo en vuestras ingles
o ese bosque de pestañas
donde un cuerpo se debate lentamente.

Qué diréis de los bastiones,
qué
de las vísceras del día sobre Tanit la diosa,
del almendro luniforme donde pace la espuma.

Qué diréis también de aquellas islas,
de la jónica gaviota venida de Zákynthos
o el latido de Ardea en vuestras sienes.

Qué diréis de la memoria
debajo de los túmulos cuando exija su pábulo,
del sueño incinerada entre murallas.

Qué guardaréis, al fin, de vuestra vida
sino ambición de ser nobles bajo el barro amarillo.
Qué tendréis sino desesperanza
y, a la diestra,
los escombros del équido:
bocados y herraduras, espuelas y crines
y el ronzal
para nutrir las ubres de la tierra.

(Cetro de cal, 1985)

CANTO XV

Si todo fuese bronce o mausoleo,
bronce en los maizales y en la mirada almíbar
de los ciervos,
bronce en lo que quema y en lo escrito,
en los delgados clarines de la muerte,
y también bajo la espuma
donde es fácil hallar un átomo candente
y cortafríos,
o bien sobre los ceños,
en las bridas vegetales de ese mar
que os intimida y os sacia y os penetra,

bronce sobre el tacto,
sobre el párpado fenicio y en lo cóncavo
que se dota a si mismo de leyenda,
bronce en lo convexo,
bronce en lo que impele y atropella,
en el muslo minucioso y la gacela
furiosamente olvidada,
en el seno iniquidad de las tibias muchachas
de Hilectes o de Herna,

si todo fuese bronce

o acaso mausoleo,
bronce alto sobre Leuka,
tronaría la sublime campana de las cimas
como truenan los siglos en un templo.

(Cetro de cal, 1985)

CANTO XXIII

Yo tripulé tus senos como ríos urgentes
con mis manos,
demasiado torpes
para el muérdago y la herida,
demasiado breves
para hacer un resumen
de ese feudo dividido y esa hoja dividida,
para el blanco alevosía que me duele y
me adiestra y me disipa
como un cetro,
o mejor,
como un fruto innombrable,
que equivale a decir escalofrío.

Tierra mía, amada mía,
izada sobre el piélago en labiales
de un nombre derramado,
ceñida a la bahía
donde los meses duermen
y se vierten.

Yo celebré tus senos sobre un lecho,
exactamente
como hace dos mil años
—ni los viejos lo recuerdan—
o dos mil camadas de olvido y su pereza.

Te llamaría:
tus provincias de sombra y un lugar
distraído en los enjambres.
Entiéndeme.

Vengo a decir que
el color de tus senos fue de espada reciente.

(Centro de cal, 1985)

EXTRAÑA LASITUD DE LA TERNURA

Y cómo no decirte que ha sido puntual la incertidumbre,
que ha brotado en noviembre un rosal calcinado,
que no te sienta bien el abandono
ni aquella blusa oscura
que me recuerda mucho la sombra de los tristes.

Y cómo no contarlo
o cómo no decirte que no tiene sentido la indolencia
que rozo tus rodillas para invocar un reino
y comprobar el clima sereno de las cosas.

No te ha cambiado apenas la intriga de ese labio,
el rótulo encendido,
la versión que del mundo han glosado tus ojos.

Si vienes a altas horas
comprende este desorden de abrazos por la casa.
Hay días que camino los últimos paseos
y corro hacia esos trenes que vuelven extenuados
de una vasta región donde los besos
se hacinan y se pudren sin destellar en nadie.

Apenas has cambiado
y es fácil descrifrar bajo tu blusa
aquella doble cita que aplazamos
por no sé qué motivos contrarios a la lógica.

Si lo he entendido bien,
si no me engaña ahora la extraña lasitud de la ternura,
lo que ha quedado a salvo de tanta incertidumbre
ha sido este desorden fundado por nosotros
en medio de noviembre.
Y cómo no decirlo.

(Niebla firme, 1989)

CUANDO TUS PIES Y LOS MÍOS, BURLÁNDOSE DE TODOS Y DEL MUNDO, DEBAJO DE UNA MESA, SECRETAMENTE, EMPRENDEN LA BATALLA

Hay combates que invocan, sin querer, el silencio,
que apenas si levantan breves muros de polvo,
mutilados recuerdos de una niebla vencida
y la espesa tristeza detenida en la sangre.

Arriba nada ocurre. Los rostros y las manos
confirman ese amable transcurrir de las cosas;
no hay enjambre ni miedo, tan sólo la certeza
de que el mundo nos mira de un modo indiferente.

Pero aquí, en este fondo, sobre el suelo, la vida,
tus pies sobre los míos, como un labio secreto,
se extenúan a solas en la misma batalla
sin respetar fronteras, ni márgenes, ni códigos.

(Niebla firme, 1989)

I

Fue tu carne el preludio más dulce del desastre.

El aire es todo íntimo
y lo acojo en su acecho por morada;
no aquel ábrego que rueda
agrio y lento
por largas avenidas,
que trepa los collados,
las vértebras del día y el ramaje,
sino el aire contenido entre ruinas
como bálsamo que duerme a los que aman.

Allí, las carne y la desdicha,
Los grávidos dominios del cuerpo aniquilado.

Comprende, mi amor, que aquello era la vida
y este trono de escombros, lo ameno y lo vacío.

Acuérdate de junio.
Tu cabeza, rizadamente mansa,
era un trago de mar a punto de extinguirse
que besaba despacio,
el labio entre los pliegues,
corza húmeda y húmedo gemido.

Si ahora me llamaras
te lamería el corazón hasta acabarlo
y habría que apuntar la noche entera
y clausurar sin prisa el aire que nos cubre.

(Niebla firme, 1989)

ODA FINAL PARA OLVIDAR VENECIA

Los sitios del amor huelen a herida,
a vértigo y presagio
cuando la noche es larga.
No miden más distancia que el latido,
la caída de un párpado sin niebla
o el aire comprimido entre dos labios.

Disponte a que un lamido te derrumbe
y escucha su relámpago y su signo.

No abraces la penumbra ingenuamente
ni la sustancia fría que nutre ese desorden
de abandono y febrero
bajo las hojas muertas.
No dejes que ese mar, o su animal inmóvil,
encienda en tu pupila
el brillo decadente
de un tiempo ya olvidado.

No pienses en Venecia, en Rímini o en Circe,
palomas que descienden o velámenes yertos.
El trajín de sus voces se pierde entre los años
como una adolescencia por los densos canales.

Una gota tan sólo de plomo o de ceniza,
Las hebras rizadas de la desolación
anclando en la memoria...

Los sitios del amor son miserables.
No tienen más historia que el vacío
y un sabor mineral a mansedumbre.

No busques en los barcos que zarpan con el alba,
ni en los estanques mudos de jardines lejanos.
Es febrero en la lluvia
y el invierno
golpea con rumor
de corazón tendido.

No pienses en Venecia cuando la muerte asome.
Una máscara flota sobre la crin del agua.

(Inédito)

Pedro Villar

Querer trazar un esbozo de poética supone un intento vano desde el principio, rozar el misterio apenas porque toda palabra es una limitación, un abismo. El destino más elevado de la poesía sería el silencio, cómo expresar una mirada, una caricia, la nostalgia, los gestos, las ausencias que se derraman junto al fuego. El poeta eleva su voz en el filo de la navaja, sabiendo que sólo las palabras al borde de los labios, las nunca dichas, se han de salvar del naufragio de la existencia.

La poesía es un ejercicio de soledad, un salto en el vacío, un acto en el que el poeta asume el riesgo de la incomprensión y en la mayoría de las ocasiones el riesgo mortal del silencio. Poesía como indagación en lo oscuro a la búsqueda del pálpito más escondido, ansia de penetración, anhelo de la sabiduría, contemplación traspasada por el asombro.

El poeta pone en juego toda su capacidad de amar en ese arriesgado ceremonial de conjuro y le dolerá cada palabra, cada acento, cada reflexión, cada minuto de soledad en la que habite y donde las palabras serán barro, cauce para vislumbrar el mundo. El poeta se juega en cada verso su razón de ser, su forma de entender la vida, naufragio inevitable de la luz que atisbe en el laberinto. Un solo verso puede salvar a un poeta, pero también puede desangrarse en él.

Villena, 1997.

Pedro Villar (1960) ha publicado *Desde la luz* y *la sombra* (1991) y *Luz en el laberinto (1995).*

COMO VUELO SIN NOMBRE

Amanece
en la memoria del olvido,
cielo y tierra se abren
a la oquedad de tu garganta,
rostro asido
en sutil parpadeo,
sonrisa desleída
en cada corazón
hecho polvo en el aire.
Un anhelo de ser,
tiempo, presencia alada,
como vuelo sin nombre
en la desolación,
manos de cal y arena,
esperanza desnuda,
levantan este faro
apagado en tu noche.

(Annelein, "Homenaje a Paloma Palao", 1989)

PALABRAS DE SILENCIO

I

Ni en raíces, ni en sombras subterráneas,
me crece esta mudez, árbol que no se agota
en ramificaciones inclinadas al frío.
Ni en la luz de las hojas, o en la copa
suspendida en el aire, se prolonga
tanta savia tocada por la muerte.

II

La noche escribe los acentos,
las palabras gastadas
que llevan en sus pliegues
la soledad del mudo,
pespunte de una luz
vencida al desamor.

III

Testigo de la frágil realidad,
en el filo de la navaja
eleva su voz el poeta.

(Desde la luz y la sombra, 1991)

LA OSCURIDAD QUE HABITE

I

Desde el silencio busco
la desnudez del agua,
la soledad del mar,
el corazón sin rostro de los hombres,
las calles que habitara la inocencia
—jardín cerrado al desamor—,
vencido espacio de nostalgia
que refleje la noche.

II

No hay amor sino fango,
verdades mutiladas
por el miedo y la sombra,
realidad y deseo
contra la luz del mundo.
Hay una geografía
de olvido, de puñales solos,
hermanos del dolor
buscando en la sangre la herida,
la raíz de la noche,
piedra que añora el mar,
el ciego abrazo del destino.

III

Ortiga es entre piedras el amor,
claridad consumida en otra carne,
en otra forma oscura de ceniza,
ansia salvaje de la noche,
río lejano que el silencio anega.

(*Desde la luz y la sombra,* 1991)

LA OTRA ORILLA

Alguna vez
en el espacio,
desnudos de palabras,
nos sorprende una luz,
una revelación
en la otra orilla.
La frontera invisible
alza su velo
presta sus ritos
al instante fugaz.
Sólo entonces un soplo
helado nos devuelve
las horas, los minutos,
despacioso fluir
de la vida callada.

(*Luz en el laberinto,* 1995)

LUZ EN EL LABERINTO

I

Una gastada soledad,
la mirada vencida,
el beso que olvidamos,
acaso sea el poema.

II

Las palabras rezuman
el dolor, la esperanza,
sombras fugaces
que albergan la otra orilla,
luz en el laberinto.

III

Nada nos pertenece,
tan sólo el tiempo
que busca la inocencia.

IV

En el orden del Universo
extenderé mi mano
desnuda de sí misma.

(*Luz en el laberinto,* 1995)

DECIDME

Decidme la razón de la locura:
realidad o deseo,
la Biblia o los falsos profetas,
el amor alquilado en los burdeles,
la negación del alma,
el laberinto de las sombras,
el triunfo de los necios,
la mentira y su máscara,
la soledad del poeta,
la llama o la ceniza...
Decidme la razón de la locura.

(*Luz en el laberinto,* 1995)

LA ENTRAÑA MÁS HERIDA

I

Consumida la luz
advertimos la herida
como junco que quiebra,
naufragamos en un paisaje oscuro,
golpea las entrañas
el tiempo que huye
y piensas que mañana será tarde.
Sólo entonces buscarás la verdad,
lento adiós a la vida que nos duele.

II

Con ese miedo
de palabras vacías,
con el desgarro
de la sombra que acecha,
es preciso incendiar la noche,
desnudar la esperanza
como luz de un farero
y amarrarse a una roca
como el que ama una herida
para al fin conjurar
el dolor de estar vivo.

III

En el reloj de arena de tus labios
un verso acorralado se desangra,
tiembla la última luz,
la entraña más herida.

(*Luz en el laberinto,* 1995)

ASOMBRO DE LAS COSAS ELEMENTALES

I

A ti que sabes de la luz,
que iluminas espacios
y mundos ya sin límite.
Ídolo de la Tierra,
espejo de la vida,
moldeas con tus manos
el milagro del cuerpo,
de la piedra y el árbol.
Padre, Madre y origen,
a ti elevo mi plegaria.

II

Árbol de la noche y el día,
árbol de soledades
y de espera callada,
con ojos de raíz
y manos en las hojas,
sustento de la piedra,
minerales los sueños,
memoria inmóvil, labio.

III

Hijo del Sol y de la Tierra,
ruta de navegantes,
aullido de los lobos,
voz natural
que meces con tu vuelo
nubes y pájaros,
que llevas las palabras
de sombra en sombra.
Peregrino incansable,
deja posar tu mano,
como caricia leve,
en este desierto de amor.

IV

Era también el animal
de una perdida fauna,
el hombre sin palabras,
el hombre oscuro:
el hijo de Caín,
una herida en la mano
abierta del poema,
silencio que hago mío cada noche.

(*Luz en el laberinto,* 1995)

LOS SIGNOS DE LA DERROTA

Has buscado incansable
en todos los rincones,
has hollado los signos,
los gestos, las ausencias.
Bebiste de los cálices,
desgranaste la aurora
de rosas humilladas
para encontrar al fin
una máscara rota,
el rostro ciego
que devuelve la muerte.

(*Luz en el laberinto,* 1995)

CONTEMPLACIÓN DE LA PINTURA

A Paco Barrachina,
poeta de la luz.

Vencido de ternura
abrazabas la luz
con el aire triste
que asciende de la tierra,
el dolor de los besos
retorna a tu mirada,
las heridas del corazón
se alzan en el silencio
como un árbol helado
cubierto de juguetes rotos,
todo el amor de un niño
en lienzos de naufragios
oscuramente se desangra.
Recobrado el afán,
bajo la sombra gris de las fachadas
alzas sobre los límites
un espejismo entre las dunas
y huyes con la tarde encendida
para entregarnos
la redimida luz de las palomas.

PAISAJE INTERIOR

A Ricardo Gómez Soria

Árbol, piedra, nube, camino cuajado de soledades, el misterio, el dolor y la esperanza. El cielo se inflama deanhelos, el hombre busca la luz en el espejo del paisaje y mira y se interroga en su laberinto. El horizonte es la hoguera donde el color enmudece el alma y es preciso incendiar la noche y proclamar todos los sueños. Ahora, cuando todo es humo pósame, como leve pincelada en los surcos amoratados por el frío, deslízame entre las flores del almendro, enséñame el color del cielo tras el vuelo del milano, ofrécenos la grandeza de los montes, el verde plata del olivo, el susurro de los vientos, la caricia del sol, la geografía del agua, el valor sublime del silencio.

ACASO AHORA

Acaso ahora,
cuando mi corazón
tiene el tamaño de tu nombre
es más frágil la vida,
las palabras nos devuelven los ecos
y regresamos de una luz
vencida en su dominio,
la desnudez abierta de su sombra.

A Albi

Si mi palabra pudiera alcanzarte,
si llegara hasta ti como la niebla,
posaría un verso entre tus labios
como la sombra leve de la noche,
diría que tu silencio es la luz
donde acaso se olviden
las dormidas palomas del ocaso.

Juan Ángel Castaño

JUAN ÁNGEL CASTAÑO LÓPEZ (Elche, 1961) es Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Alicante. Ha publicado las novelas cortas *Los días de lluvia con Belén* (1986) y *Madera valiosa* (1992) y los poemarios *Para bailarinas ambiciosas* (1984), *Elegías y haikus* (1990), *En la Caverna* (1991), *Las Edades* (1993), *Mi amiga la música* (1993) *y Noches de Cine* (1997). Es miembro fundador de la Asociación cultural Frutos del Tiempo y co-director de las colecciones de libros Solara, Frutos Secos y Lunara. Sus poemas han sido seleccionados en diversas antologías y libros colectivos, entre los que cabe citar *93 poemas de los 80* (1987) y *Ni sombra de lo que fuimos* (1993). Su último trabajo es el libro de cuentos *Un pianista vegetariano.*

LA POESIA

Los poemas, los chistes y los amores no se deben explicar.

El aforismo y la greguería son los géneros literarios preferidos de los perezosos, tanto escritores como lectores.

A veces los motivos que se tienen para escribir poemas son muy parecidos a los que se tienen para hacer fotografías, recuerdos de un viaje.

Los grandes poemas son una síntesis de música y filosofía.

Todo poema es una carta de amor a la Humanidad.

AMIGAS

Los poemas son absurdos como las caricias.
Son las cataratas de impaciencia que dan
nombre —no orden— a la experiencia.

Las palabras son unas amigas de siempre.
Prestas a participar en cualquier baile
de disfraces, de tristezas...
Amigas hasta la complicidad para sorprender a otras amigas
que nunca serán tan dóciles —y no es ése su único encanto—.

Torpes, astutas,
inertes pero soberbias
se dejan llevar a cualquier parte
—hechas cuerpo sólo; así si digo "nube, rosa..."—
para luego imponer
su alborada de significados.

Amarlas hasta creerlas libres
como suponemos a las amigas de carne y besos;
y transportar a ellas las sonrisas
que nuestro cuerpo no logra sostener.

Amarlas y odiarlas y jugar con ellas;
darlas y encontrarlas
y saber que son tan inconscientes,
tan poderosas.

(De *Para bailarinas ambiciosas)*

TOUT EST DIT

Las flores del mal
en el cementerio marino

Espadas como labios
que besan lo que no pueden cantar

La realidad y el deseo
y una temporada en el infierno

Trabajos y días
Placeres y días
Mujeres y días

Lo bello y lo sublime
Li Po y la Luna

Hojas de hierba

La ciudad sin Laura
Como quien espera el alba
Cartas a una amiga inventada
Recuerda, cuerpo

Lo que dijo el Trueno
Por amor a ti
Así hablaba Zaratustra a la sombra de las muchachas en flor
et tout le reste est littérature.

(De *Para bailarinas ambiciosas)*

CARTA

Mi sueño es
despertarme una mañana de domingo
y correr siguiendo la ruta
del perfume de naranja
hasta llegar a la cocina
donde Ella inventa el desayuno
la música y los besos

levantar la persiana
y que pase el día con su luz

ya lo sabéis queridos reyes magos

(De *Elegías y haikus)*

La música del teléfono
cuando preludia
tu voz

La llave
de tu dormitorio
pero no de tu pensamiento

Entre tantos amigos
en nada se nota
que tú y yo nos amamos

La ciudad duerme
en busca de la aurora
zarpan los barcos

(De *Elegías y haikus*)

EL SUICIDIO DE LAS FLORES

Abrí el libro y el mar tomó forma de mujer.
Con su voz de violín me iba contando
las lejanas hazañas de Ulises.
Todo mentira.
Yo traía lluvia y flores para adornarla
pero ella había vuelto a diluirse en las manchas marinas.
Penélope no existe.
Por la mañana se reía de los pájaros recién nacidos,
agonizante
me cogía del pelo y me lanzaba contra el espejo.
Pasé la página y envejecí.
Vi a Hamlet que salía del espejo
dándole raquetazos a la realidad;
lloraba
porque Ofelia pintaba de colores alegres
las dudas que brotaban de su corazón.
No os lo puedo explicar.
El reloj reverdecía al calor de la tarde
y ella adornaba las horas con plumas caídas de las estrellas.
Romeo llegaba feliz y se ponía en el escaparate.
Yo era representante de muñecas
y Julieta salía de mi bolsillo;
veleidosa y pinturera se iba a la cervecería.
Todo tan ridículo que los pájaros reventaban
y las flores, subidas a los balcones,
intentaban el suicidio contra el mundo.
Hasta que Ofelia despertó y encendió el televisor.
Desde entonces estamos durmiendo.

(De *En la Caverna)*

EL AMIGO DE MI AMIGA

A Francisco Torregrosa

El amigo de mi amiga es mi amigo.
Ellos se conocieron en el aeropuerto
a principios de septiembre,
cuando se iban a Inglaterra.

Fue un triste final de verano para mí:
dos amigos se iban a la ciudad de la niebla
y yo lo veía todo demasiado gris.
Imaginaba a mi amiga con su abrigo azul
paseando por la ciudad de la niebla.
"Allí hace mucho frío", me había dicho
la tarde de nuestra despedida. Imaginaba
a mi amigo dando clases a niños ingleses.
Empecé a leer El libro del desasosiego
en septiembre. Y mis amigos en Inglaterra,
en mi memoria, en mi esperanza,
en mi deseo y septiembre tan cruel.

Contaba los días que faltaban para el regreso
y abría el buzón de cada día,
el buzón vacío de cada día
hasta que mi amigo me envió una postal
en la que hablaba de mi amiga en el aeropuerto,
que era también amiga de mi amigo.

Un juego delicioso con los clásicos ingredientes
aconsejados por las viejas preceptivas:
encuentro, reconocimiento, despedida, nostalgias,
el destino, mi amigo, yo, mi amiga, la vida.

(De *Las Edades*)

DE VITA BEATA

No tener que madrugar.
No tener vacaciones
por no necesitarlas.
Dar clases de latín
y de literatura
—y de vez en cuando
un alumno predilecto—.
Vivir cerca del mar
sin ruidos.
Ser justo y ser feliz,
como decía Borges,
y ayudar a los demás a serlo.
Tener amigos,
un piano y una amiga
—o una novia—
inteligente y casi vegetariana
—lo demás se daría por añadidura—
con quien leer
a Eliot y a Quevedo,
jugar al ajedrez y al ping pong
y a otros juegos de las almas
y de los cuerpos;
pasear por el puerto,
por la playa,
amigos de la música,
del mar, de las estrellas, del silencio,
escuchar el sonido más dulce
todos los días
y permanecer
entre el vivir y el soñar,
sin prisas.

(De *Mi amiga la música)*

CAVATINA

Homenaje a Marcel Proust

Cada lector es el lector de sí mismo.
¿Qué he leído en tu libro?
He leído que hay que pasear
para encontrar más agradable la vida,
hay que pasear pues las avenidas están llenas de diosas
—y las diosas no se dejan abordar—.
He leído que la memoria es como una farmacia
donde tan pronto encontramos un recuerdo balsámico
como uno venenoso.
He leído que cualquiera de nuestros placeres
desprovisto de imaginación
quedaría reducido a la nada.
Esto y mucho más he leído
en tu libro, en tu arte telescópico y microscópico.
Porque siempre hay vida nuestra en tiempos lejanos
y necesitamos la memoria involuntaria:
recordar la infancia al saborear una magdalena
o revivir unos celos al oír una sonata
—el flechazo de la memoria—;
porque siempre la vida es inmensa en nuestro pequeño
presente
que tantas raíces —algunas insospechadas—
tiene en el pasado,
que fruto tan imprevisible
dará en el futuro.

(De *Mi amiga la música*)

LA NOCHE DE VARENNES

A Rafael Fernández
y Guadalupe Andrade

Todo un mundo que se va.
El rey de Francia huye disfrazado.
Lejos quedan los placeres de palacio,
las fiestas, las músicas, las luces,
los fuegos de artificio... La familia real
huye asustada, y aún no conoce
la gravedad de la situación.

El viejo Casanova contempla
la caída de un mundo en el que gozó como los poderosos.
Es reconocido y tiene que sufrir
las incomodidades de la fama.
Las mujeres todavía lo sueñan.
El experto mujeriego se siente incómodo:
Esa mujer dice que tuvimos un hijo;
creo que nunca la he visto antes.
En la diligencia en la que viajan
una mujer fascinada le pregunta:
Monsieur Casanova ¿ verdad que es emocionante
hacer el amor en una góndola
o en una carroza? ¿ Verdad que es emocionante?
Madame,
hacer el amor en góndola
o en otro sitio, es lo mismo.
Lo importante, lo que tiene que haber
lo que tiene que haber es...

El viejo Casanova busca la palabra exacta.
La palabra que busca es "misterio".

(De *Noches de Cine)*

EL GATOPARDO

A Antonio Moreno
y Bárbara Bertos

El viejo príncipe ve a la joven pareja
de novios y recuerda su propia juventud.
Ah, el amor. El sabe lo que es el amor:
Un año de fuego y cuarenta de cenizas.

Mientras baila con la novia, por unos minutos
también el viejo príncipe siente, como un joven,
que la muerte es cosa de los demás. Pero el vals
termina, la tediosa realidad se anuncia,
tan monótona, insoportable como siempre.
Mientras hay muerte, hay esperanza, piensa el príncipe
otra vez cansado, abatido entre tanta
gente familiar, y al mismo tiempo tan extraña.

Tan sólo recordar su telescopio le ayuda
a mantenerse hasta el final de esa fiesta
en la que es el más viejo y desengañado.

(De *Noches de Cine)*

EL SÉPTIMO SELLO

A Vicente José Castaño

Jugar al ajedrez con la muerte
es una forma de saborear la derrota.
Es preferible utilizar sabiduría
de ajedrecista con la vida.
Ayuda a tus piezas y tus piezas te ayudarán.

Que la muerte ganará su partida, es seguro.
Pero no sabemos lo que eso supone.

(De *Noches de Cine)*

TIEMPOS MODERNOS

A Tomás Conejero
y Emma Castaño

—Más deprisa, tienes que trabajar más deprisa
que la máquina; la producción no puede detenerse
por la torpeza de un obrero. Más deprisa,
vamos, más rápido; la producción no debe pararse
por la pereza de un obrero.
Si no pones los tornillos más deprisa
tendrás que reducir de cinco a dos minutos
el tiempo para el bocadillo; al menos
hasta que llegue la nueva máquina
que te permitirá seguir trabajando
mientras almuerzas. Pero no dejes de trabajar.
¡Más deprisa, vamos, más deprisa!
Eres muy afortunado al tener un puesto de trabajo,
con tanto desempleo como hay. No puedes quejarte.
Ya que sólo trabajas dieciséis horas al día,
al menos no te pares. Muchos quisieran estar en tu puesto.

—Señor patrono, no puedo más. La máquina va muy deprisa.
No puedo seguir su ritmo. No soy una máquina.
Lo dejo. Me voy. Al menos tendré tiempo para pensar un
poco.
Yo pienso que no se debió hacer el hombre para la máquinas
sino la máquina para el hombre. Para todos los hombres.

(De *Noches de Cine)*

LA REGLA DEL JUEGO

A Alfredo García
y Carolina Martínez

Las mujeres me gustan mucho,
incluso demasiado,
desde pequeño, como la música,
pero traen problemas;
la música no trae tantos problemas.

He dicho: las mujeres me gustan mucho;
son sólo algunas las que me gustan,
pocas, en realidad, cuatro o cinco,
nunca más de cuatro al mismo tiempo.

Pero conocer a alguien, eso ya es otra cosa.
Amar a alguien tampoco es fácil.

Cruzar el Atlántico en avioneta
para demostrar amor a una mujer,
no creo que sea una buena técnica;
algunos lo hacen, pero yo,
a lo más que he llegado
es a dedicar poemas;
poemas de altos vuelos, a veces,
pero no tanto como para cruzar un océano.

El amor puede ser océano
pero más frecuentemente es río,
a veces sólo arroyo.

Ningún gran amor es manejable.
La pasión no me apasiona,
prefiero buena música y amistad.

(De *Noches de Cine)*

MANHATTAN

A Paqui Boix

Le gustaba aquella ciudad,
le gustaba el cine de Bergman,
la música de Mozart
y una chica veinticinco años más joven que él.

Es maravillosa, le decían sus amigos
al conocerla. Sí—añadía él—
pero tiene diecisiete años,
soy mayor que su padre.

Las otras mujeres de su vida
eran más problemáticas.
Su ex–mujer era lesbiana
y se defendía bien de sus reproches:
— *Conocías mi pasado cuando te casaste conmigo.*
— *Cierto, mi psicoanalista me lo advirtió,*
pero eras tan guapa que cambié de psicoanalista.

Su nueva amiga era un poco rara,
cuando no sabía cómo continuar
una conversación, exclamaba:
"Eh, que yo soy de Filadelfia".
Tus amigos forman un grupo muy interesante —le dice él—
como un reparto de una película de Fellini.

Después de todo, la chica de diecisiete años
es la mejor. Cuando se da cuenta, corre a buscarla
y llega a tiempo de una despedida.
Volveré dentro de seis meses —le dice la joven,
que ya tiene dieciocho años—; *tampoco es tanto tiempo.*
Basta con tener un poco deje en las personas.

(De *Noches de Cine*)

Antonio Moreno

Nació en Alicante el 26 de julio de 1964. Es licenciado en Filología Hispánica.

En 1989 publicó su primer poemario, *Los nombres y el tiempo* (Aguaclara), al que siguen tres títulos más: *Libro del yermo* (Melibea, 1993; Aguaclara, 1995), un conjunto de prosas, *Alrededores* (Pre-Textos, 1995), y un último libro de poemas, *Solar antiguo* (Pre-Textos, Ayuntamiento de Cox, 1996).

NOTA

Hasta la fecha, cuanto he escrito ha pretendido ser un acercamiento al mundo. Tal actitud, contemplativa, puede ser fuente de malentendidos para un lector rápido, que acaso sólo advierta en estos libros un gusto por lo descriptivo, resuelto con desigual fortuna. Pero el acto de contemplar incluye, subterránea o explícitamente, otro de ordenación: en mi caso la poesía es una forma de ordenar el mundo interior del sujeto, su temporalidad, su lugar frente al horizonte de la muerte. La palabra actúa, pues, como un soporte para adoptar una posición que pretende ser definitiva ante el mundo y que, en consecuencia, debe corresponderse fielmente con aquella parte esencial de la naturaleza del individuo que la dice. Valoro las palabras —el poema— como un medio de alcance existencial, no como un fin *en-sí-mismado*.

El acto de ordenación sólo es aparentemente conclusivo: la poesía tiende a proyectarse en un presente que quiere perpetuarse. Más que lo acabado, el poema señala un lúcido punto de partida; ha de tener una implicación moral: debe surgir de la vida, debe encarnarse en nuestros actos, o bien ser consecuencia de los mismos. Esto bien podría definirse como ética estética. Verdad, en suma.

Enero de 1997

EN LA SARGA

Esta tarde en La Sarga.
En la indulgencia de una plaza anónima,
al costado de las paredes mudas,
¿qué es más vivir, en dónde está mi vida?
El frío seco empapa cada piedra
y a la salida pasa
un agua entre los álamos.
Bajo el abrigo de la roca, junto
a ese silencio tan deshabitado
como una noche larga sin testigos,
suena la ocultación de tantas vidas
ignoradas, y cruje en medio de ellas
contra su día descarnado, el mío.
Y en cambio este declive de montañas,
el valle que despliega con el eco
nuestras voces, repite
en nosotros su rúbrica.
Inútil la abstracción contra las horas,
estéril la cultura que no vuelva
como ahora esta tarde por La Sarga,
tu vida hacia las cosas.

EXCELENCIA DE LA VIDA SOLITARIA

I

Llega el frío temprano de noviembre.
Lejos, detrás del monte, queda el mar
y la clemencia de la luz dorada.
Las nubes marchan con el viento
y vienen otras
sobre los girasoles fallecidos.
De cuando en cuando llueve y cantan pájaros
todavía en los chopos del arroyo.
Huele a manzanas el portal vecino.
Al fondo, por la línea angosta, vuelan
las aves el camino del ejido.

Es la primera edad del hombre: ver
las rosas en la niebla,
porque con sólo ver ya hiciste el pensamiento.

GEOGRAFÍA II

Bajo el ardor del mediodía el canto
que anubla el pensamiento
bulle de las cigarras y de estío.
¿Dónde están las ideas que atizaban
el mundo y, junto a él, el pulso,
la antigua forma de mirar en torno?
Allí, donde antes tuve certidumbres
como torres con que alcanzar las cosas,
un espacio de higueras maduradas,
un legado de tierra se me extiende.
Recorro con los ojos su silencio
mientras se afirma paralelo el mío:
cuantas lecturas hubo,
las concordias traídas,
los rumbos que tracé,
abandonados al presente, quedan
inertes con las horas pasajeras.
Aunque sea en la inercia del eriazo,
en la geografía del paisaje,
donde, cierta, se encuentre la unidad
de cuanto soy frente al olvido.

Qué antítesis unida
en la cal de las tapias:
toda la tarde y toda
la muerte en la blancura.
De atrás del árbol suena
el estornino, el viejo
silbo de noviembre
y el sol lleno en las plazas.
Ciega y te da la vista
esta tapia que, unísona,
resume la belleza
del vacío y tu vida
hallados en la tarde.
Sobre una cal muy blanca.

Más valdría callarse y no escribir.
No acudir a la mesa
mientras huye
tras el vidrio la tarde que atesoras
en el papel creyéndola así eterna;
no negarte por unos cuantos versos;
no quedarte escuchando para nada,
para nada si das a la escritura
cuanto, si callas, llega indemne y pleno.

Baste lo que has negado ya a la luz.

SOLAR ANTIGUO

I

Un año más me veo repitiéndolo:
se prolongan los días y la luz
amarillea el patio.
Igual que cada abril
escucho afuera, joven, el sonido
de los gorriones con su algarabía.
Conquistan el silencio de los fríos
meses pasados, abren con sus voces
amplitud, otro espacio luminoso
para los días nuevos, me recuerdan
otra vez la lección de cada abril:
un año más para tu oído, mientras
la vida se renueva con nosotros.

CON SUAVE HOGUERA

I

Qué poco importa
que esta fracción
de tiempo escaso
dé con palabras
algún paseo,
un lugar mío
o alguna idea.
Ni la conciencia
ni los sentidos;
un absoluto
sin argumento.
El que consume
con suave hoguera
aquel lugar,
aquella idea
como un paisaje.
Aceite y turba;
tan sólo importa
este suceso,
un absoluto,
la llama sola
de la existencia.

PARA UNA COLECCIÓN DE CONCHAS
(auris maris)

¿Quién recuerda la muerte
cuando en la orilla encuentra,
mojado de agua y luz,
este nácar sencillo?
Mira su parva bóveda
quebradiza, irisada
como estos día libres,
y considera el modo
en que ha venido haciéndose
hasta esta hora, incógnita,
a solas en lo oscuro,
paralela en su curso
al transcurrir del tiempo.
Hasta que es con las olas
llevada hacia la arena,
a la luz de este instante,
más que un fósil un don
de la vida en la mano.
Me gusta imaginar
que, como estas cerámicas,
según mi vida huye
crea su propia concha.
Algún resto irisado,
unas palabras ciertas
perdidas en la arena.

EL CARTAPACIO

De la penumbra del estante surge
el viejo cartapacio con sus notas.
Vuelvo a leer cuanto creía un mapa
del cielo y de la tierra, un planisferio
de las constelaciones del vivir.
¡Extenso mundo de la adolescencia!
El tiempo ha consumido su tamaño;
ya apenas lo recuerdo, salvo un vago
espejismo de luz, un mito antiguo,
con esa sensación de ingravidez
que rodea a la juventud confiada
en que todo será como se piensa.
Como la tapia tibia aún de sol
sólo descubro un agridulce olvido.
¿Y qué esperaba retener ahora?

De estos secos papeles olvidados
sólo precisas recordar sus líneas
fugitivas, sus huellas en la nada.

Esta llanura igual que la de entonces,
sus montañas azules a lo lejos,
fieles, tranquilas, gratas
para quien no pretende retener
porque es olvido donde ya está todo.

FRENTE A LOS CAMPOS

De los antiguos lee el pensamiento.
Sus palabras acerca de la vida,
acerca del placer y del dolor,
sobre lo que podamos ser nosotros
y la felicidad, más apartada,
más fugitiva cuanto más seguida.
Como aquel que se sube hasta el collado
para avistar mejor el horizonte
y el paisaje por el que van los otros.
Mira tranquilo desde aquí el deseo,
los ajenos afanes con que viven
esos que ves abajo, libre tú
de voluntad al fin, reconciliado,
acorde con la vida y su belleza,
este paisaje pobre aunque querido,
los árboles del fondo, los paseos.
Pero atiende bien, mira y no te engañes:
mira tu desnudez frente a los campos.

LA CANCIÓN

Durante varios años escribí
unos cuantos poemas, sepulturas
de horas refugiadas en la tinta.
Papeles que los días envilecen
porque, lo mismo que los trastos viejos,
nada valen, y a aquel que los encuentra
sólo conceden el fastidio inútil
de mirar unas vidas en la sombra
polvorienta y común de un ocio mate.
Pero yo hubiese deseado ser
el autor de una melodía que entre
en la noche como el recuerdo vivo
de esa canción que a veces acompaña
nuestra memoria: grata, igual que el faro
extiende su destello al navegante.

EL DESTINO

Días atrás coincidí paseando por los campos con un extranjero, un hombre joven, esbelto, de aire concentrado y un poco esquivo. Por su acento y su físico parecía inglés. Cruzamos el saludo breve en mitad de un camino angosto que pasa entre almendrales de tierras blanquecinas y bien cuidadas. Pocas horas antes había llovido: son las lluvias de abril, que ocupan buena parte del día para dejar a veces un resto de tarde con sol tras el manto plomizo de las nubes. Por la parte del oeste asomaba esa luz que difumina los montes azules del fondo bajo un vapor azafranado e incorpóreo. Es la luz que alumbra los troncos, las briznas de hierba, los terrones de los huertos, el musgo reverdecido de los márgenes después de las últimas lluvias. El ambiente era fresco y la tarde quieta.

¿Qué haría aquel paseante de facciones nórdicas por ese camino pedáneo que sólo lleva a tierras labrantías y hasta algunos casales? Era evidente que sólo caminaba. Caminar, por el mero placer de hacerlo, sin ningún objeto determinado, sólo por deambular ociosamente y mirar en torno, es manera de contraer una pura alianza con el devenir.

La presencia del desconocido me hizo recordar cómo, siendo adolescente de catorce o quince años, veía mi vida con el mismo ocio y reposo de aquellos extranjeros que pasaban el invierno junto al mar: los paseos, el libro entre las manos que se olvida unos instantes para atender alguna idea, o, sencillamente, para ver caer las olas en mañanas luminosas, bajo la luz y el azul seco del aire frío. Con el tiempo, después de tantas alianzas con las horas, reconozco, no fuera, sino en mí el destino. El trabajo, las pertenencias, tantas cosas, se revelan como meros accidentes, ajenos a esa pulpa, al núcleo silencioso que regresa intacto en esos lugares un poco propios. Acaso ésta sea la labor de uno para los otros: caminar, ver, ser un poco el extranjero que pasea por los campos.

LA BIBLIOTECA DEL MAESTRO

Incluso lejos del mundo, quien se retira del trato de los hombres aún entabla una conversación con el grupo que decidió abandonar; un diálogo del que ni siquiera el huidizo tiene conciencia, porque, sin saberlo, sus actos le trascienden.

Al "Maestro", un anciano al que llamaban así porque tiempo atrás había enseñado a leer y a escribir a los niños de la zona, lo conocí una tarde de noviembre. Decidió, ya en edad madura, dejar la ciudad inhóspita, según nos decía, y vivir en la montaña. "Maestro", un título demasiado recto y ceremonioso, era su apodo; el nombre de este viejo sencillo, nacido en la comarca, ya no lo recuerdo. Sonreía, con esa sonrisa que no es expresión del ser irreflexivo, sino con la tranquila sonrisa hospitalaria del anfitrión que brinda un poco de comida y refugio para pasar la noche.

Revueltos en los vasares de su chamizo, guardaba con descuidado esmero los volúmenes de una pequeña biblioteca, esa biblioteca ideal que a uno le gusta creer escogida, como aquella de seis docenas de libros que mostraba don Diego de Miranda, el hidalgo epicúreo, a don Quijote, aún caballero andante. ¡Cuántas veces me ha gustado imaginar una biblioteca parca, de no más de seis docenas de libros, un compendio reunido tras desechar muchas otras docenas! Las amistades fieles que nos dan compañía.

Guardaba títulos de Platón, libros de matemáticas, novelas. Nos preguntaba, caviloso, sobre el sentido de alguna página; este hombre, que daba cobijo, junto a sus nogales, a la experiencia callada de otros, quizá demasiado abstrusa para él. Su experiencia, ya en la senectud, nos la mostraba de frente, sin dificultades: era esa sonrisa algo beatífica, la sonrisa —ciencia sublime— del que apenas arrastra los ilusorios y estériles espejismos del yo.

SUEÑO DEL PASADO

Cae el sol de la mañana sobre las losas de barro cobrizo. La luz toma en el suelo la figura del vano: un rectángulo con arco de medio punto; palidece durante unos minutos y vuelve a su intensidad deslumbrante; pasan arriba en hilera las nubes. Desde el silencio de la sala puedo ver las mujeres que cruzan con sus carros de compra la pasarela del río; miro a los ancianos asolearse al socaire de una tapia, junto al palmeral levantado sobre las casuchas que se escalonan en el declive. El sol alumbra las techumbres de tejas rojizas y rasga las geometrías de las calles con las sombras; cubre de luz el picadero de viejas tablas grises y despojos construido por los gitanos.

Es éste el encanto de lo sustantivo, de cuanto existe en medio de la mañana. Belleza de las realidades próximas del día, aquellas que tal vez, en un futuro, cuando dejen de existir, otros ojos venideros añoren como parte de un tiempo más concebible que el suyo. Mas tras tantas generaciones invocando otros tiempos, disipados los mitos de las lecturas, del arte, de las ficciones, desprecio el sueño del pasado: una es la bondad de la hermosura, una en todo tiempo con el correr de las horas.

José Luis Zerón

POÉTICA

A estas alturas, cuando todo está dicho y experimentado y no caben más teorías ni concepciones literarias, una poética se convierte en una confesión íntima y limitada acerca del acto creador.

Recurriré a otros autores que estimo para explicar brevemente qué es para mí el acto de creación poética.

Dice G. Deleuze que poeta es aquel que puebla territorios. Yo siento un afán por construir, edificar, producir en el paisaje del asombro; pero nunca consigo instalarme en él porque la incertidumbre me arroja a la intemperie.

Siento una sed inicial de llenar vacíos con palabras, pero "las palabras no pueden ser por entero diáfanas, y esa es la crueldad de las palabras", escribió George Oppen. Es decir, las palabras no siempre cobijan y el poeta se siente condenado al destierro de su propia creación. Yo al menos experimento el estar desamparado allí donde he construido. Belleza y crueldad de la poesía.

A través de la palabra "todo se alcanza, pero nada se toca" (F. Pino), y en ese espejismo incesante, en ese injustificable fracaso que supone dejar escapar lo poseído, siento la nostalgia de los orígenes, añoro el intermedio sereno, pasivo, previo a la situación fundante. Deseo regresar al desorden, porque "la asimetría es juventud" dijo R. Char. Escribo desde la pérdida, pero sin renunciar a nada.

Encuentro la belleza en la fragilidad del mundo que brilla en su extinción. En los abrevaderos del fracaso bebo la esperanza *y* se fortalece mi voluntad.

En mi poesía ese estado paradójico entre el asombro y la claudicación —el "todo se alcanza, pero nada se toca"— lo representa la imagen del crepúsculo: lo que va y viene en una infinita sucesión de imposibles. Lo crepuscular como dolor y principio gozoso de la naturaleza creadora. El fuego también aparece profusamente en mis poemas; el fuego-vida que se alimenta de sustancias de muerte: agente destructor y regenerador, la energía del crepúsculo.

En resumen, concibo la poesía como riesgo y aventura. Escribo en un estado cíclico de poder y desamparo. Hasta ahora sólo he escrito fragmentos imperfectos del gran poema que quisiera crear; una sucesión de intentos fallidos para alcanzar a decir lo que tal vez esté condenado a farfullar. Cuando inicio un nuevo poema me siento como "quien sueña todavía, mientras sopla suavemente sobre las brasas encontradas de un día para otro bajo la ceniza". Sentimiento que ya experimentó y expresó magistralmente I. Bonnefoy en su "Canto del alba cruel"

José Luis Zerón Huguet

Nací en Orihuela en 1965. Co-dirijo junto a mi mujer, Ada Soriano, las revistas *Empireuma* y *La Lucerna.*
Mi producción poética consta de una "plaquette" escrita al alimón con Ada Soriano, titulada *Anúteba* (1987), el libro *Solumbre* (E. Empireuma, 1993) y tres poemarios inéditos, uno de ellos a punto de ser editado.
He sido incluido en las siguientes antologías: *Poesía joven alicantina* (1985), editada por la Diputación de Alicante; *Poetas españoles de hoy* (1986), editada por el Departamento de Lengua Hispana de la Universidad de Perpignan y *Los nuevos poetas,* E. Seuba, Barcelona, 1994.

VESTIGIOS

El recuerdo insiste con un crepitar suave
y prende en este hoy inservible.
Aun cuando la distancia es desaliento,
remuevo las brasas, arrojo leña
para que la columna de humo se alce
sobre estos derribos.
Avivar la fogata, coagular sus resplandores,
rescatar la llama de la ceniza,
el mismo ritual siempre,
no hay razón para segar el cordón umbilical.
Cuando el mundo es espuela
me percute lo vivido.
Miro más allá de la luz a través de mi noche,
reproduzco dudas, recorro bosque tras bosque,
el presente ya se hace olvido,
mas todo lo que vive permanece en su fuego
y regresa escapado de la criba.

(De *Solumbre)*

X

La putrefacción
es el lenguaje del universo.
Las serenas extinciones
extienden la espesura.
Como la noche se desploma
el sustrato eleva.
Fango de lo venidero,
banquete de lo naciente.
El manto fecunda el cadáver

(De *Solumbre)*

XXI

Ahí quieto observa expectante tu alrededor.
Entre el delirio y el placer en estado de angustia
desierto te hallas hoy mayo triste.
El ojo se abre paso entre la neblina
y recorre aquellos páramos también desiertos.
Huérfano de luz el espacio se abandona
en un vórtice de sombras. Todo calla
lugar del desencanto.
La luz fue un chisporroteo de savia
sobre las arremolinadas nubes de tormenta.
Todo calla. Todo observa sin embargo.
Aquello que vive se agita y muere.
No estás solo a veces susurra el viento
en los matojos o crepita la tierra
sólo son resonancias efímeras que hablan de silencio.
Este lugar es seguro para el llanto
el llanto que corre como río turbio
hasta fecundar la tierra reseca.
El día va quedando sepultado entre sombras
la tormenta ensució la luz.

Cae la lluvia voces escondidas

agua sobre arcilla fango rojo después
líneas trazadas dispersas fístulas de muerte.
Penumbra todo es penumbra.
El paisaje es una ciénaga.
Ya nada importa es inmensa la fatiga.

Hay un pasadizo abierto hacia la noche.

(De *Solumbre)*

EMANACIÓN

La noche se cierra como un párpado
sobre estos campos dormidos
En el camino me detengo
a mirar en las sombras
Cada sombra es una presencia
y más allá de ellas el fuego exiguo
la luz robada
todavía serpentea
como un río
por malezas de ceniza
como un río íntimo y callado
con rumor de calma desolada
El fuego lucha por la permanencia
una luz se levanta
y entre rescoldos avanza
una efusión un alarido intenso
y entre rastrojos avanza
y penetra en mis ojos
con un espasmo de cielo
Estoy sobre cenizas
hablo de una lenta agonía
de una sangría que confluye
y hace sepultura al horizonte
El fuego cede
la imagen cae
en simas olvidadas
Resido en este nuevo nacimiento
en lo que estérilmente se esparce
y crece en los surcos de cielo cultivado
donde infinitas almenaras centellean
Miro este valle los campos
últimos campos se hacen inciertos

En ellos queda la noche retenida
mas una blanca transparencia
un leve fulgor
un brillo que se aleja
y se esconde tras el muro
me devuelve al principio
a la sublime magnitud del engaño
Siento entonces la llamada
de lo que oculto se revela
y que falsamente ansío
transfiguración de lo indeciso
en forma precisa
cuando origen y deseo se confunden
y la caricia se hace presente en un vuelo

Exhumo la última llama antes de emprender
el camino de regreso.

(De *Solumbre*)

Nada avanza, todo bulle:
Cada huida es un regreso.
Hallazgos que se repiten,
luz que tan pronto asciende es ceniza.
Nada cambia
y sin embargo todo reverbera.
Fecunda deseo, avidez de nada,
lo que vemos es lo que empieza a morir,
el instante, brasas desprendidas de la hoguera,
bien quisiéramos sentirlo cautivo,
es fuego de la misma fragua.
Lo que ven los ojos es el voraz incendio,
el viento negro que siembra destrucción,
no el esplendor apacible de las llamas.
Todo es certeza de la muerte,
afirmación de la pérdida.
Sentimos la embriaguez y el tedio,
somos linde y umbría,
multitud y soledad.
Negamos al que fuimos,
pero le seguimos el rastro,
creemos estéril la esperanza,
pero esperanzados insistimos.
Hay un husmo de óxido
y un aroma de alba.
Quien acepta la muerte
acepta el combate.
Beber muerte
para afrontar la vida.

(De *Ante el umbral)*

Miro el paisaje y el paisaje me mira
y hay un abrazo en nuestras miradas
y en nuestras miradas se avíva
la voluntad de perdurar, la hermosa
insistencia de vida de todo lo frágil.
Lo que abarcan mis ojos es el mundo
y no hay más verdad que lo que encierra este abrazo.
Yo soy la afirmación del paisaje
y el paisaje me reconstruye.
Cuando miro con ojos hechos al engaño,
yo, que voy errante, me ignoro,
y el paisaje reúne todas mis presencias.
En el lenguaje activo de estas frondas,
en la vibración de estos cimientos vegetales
me descubro y me desnudo:
una invocación y una ofrenda.
El paisaje tiene mi mirada
y yo avanzo por los caminos que crean mis ojos.

(De *Ante el umbral)*

Son tantos los días agitados
y la serenidad tan esquiva,
que las lentas pinceladas de este atardecer
componen un instante indeleble.
En el azul decaído restaña la savia,
la anchura del azul ciñe el abismo.
Hebras de luz moribunda cuelgan
de los arbustos,
últimos tornasoles
trazan un caos pleno de armonías.
Afectuosos son los rumores fúnebres
y los efluvios de los helechales.
Entre los pinos se descomponen las bandadas,
tiznajos de luz,
fulgores cadavéricos:
un oleaje más vivo llega hasta el umbral.
Naciente muchedumbre en la pinada,
nervaduras de vida en la fronda,
el tuétano de las ramas negras
gotea espeso en los verdes que agonizan.
Declinación emergente: fulguran
las distancias en su putrefacción.
Son tantos los días agitados
que este suave derrumbe en la mirada edifica
un paisaje tan real que parece fingido.

(De *Ante el umbral)*

En el surco de la noche descubro la semilla,
la siembra de la luz,
lo que habrá de ser borrándome.
Artigado el paisaje vespertino
ahora las sombras se instalan en las ruinas
del sueño, en el lado oscuro que el ojo fecunda,
monumentos forjados en las brasas del crepúsculo.
Veo las formas de lo informe,
noche de la fragua,
libón, rumor del brote
estallando, inundando la mirada.
Las sustancias fulgurantes
se arrastran con paciencia de reptil,
se deslizan en recintos viscosos,
limos de la noche,
material de la forja.
Arrinconado en las humaredas
vigilo este fuego condenado a renacer.
Me creman sus fosfóreos rumores,
un canto de páramo,
un salmo de muerte es su voz.
Lo ido regresa
en un chubasco de brillos remotos
que el ojo retiene
para edificar en las ruineras.
En el ritmo de su marcha hacia la ceniza
hay una certeza oscura de retorno.

Establezco alianzas con este fuego que soy.

(De *Ante el umbral)*

(Oropéndola)

I

Hacia la parte más alta del cielo
la mirada se eleva.
Ascendiendo su vuelo
la forma luminosa
en los remotos senderos de sombra.
En destellos albea su lenguaje.
El gorjeo asciende
y orbita en la selva.
Vuelvo a nacer en ti, aurora de sombra,
milagro tantas veces repetido
y tan distinto siempre.

II

La caída en las llamas,
la que erigió su reino en las hogueras,
regresa a los ennegrecidos caminos e inicia el combate.
Prende la tiniebla con un tizón de la morada ardiente.
Me gusta cegarme en su presencia,
compartir su deseo de elevación.
Es un viento solar,
un jirón de noche,
la lumbre de su voz retiene una mirada árida.
Ave encarnada de la llama,
ave de la tempestad solar:
hoy iré a recoger su luz del mundo de las sombras.

(De *El vuelo en la jaula)*

Los huertos expelen un perfume
de espesura encinta.
Las matrices rebosantes,
rumor de brotes alumbrando.
Contemplo y escucho y siento
extinguirse la vida que fluye.
Grito la condena del paraíso
dichoso en su discurrir de acequia
—feliz lo que caduca sin conciencia—,
pues temo más al silencio de lo no nacido
que al rumor de todo lo que fenece.
Estos mis ojos que afirman la pérdida
cavan, horadan, remueven
allí donde nadie aún repara,
hasta alcanzar el prodigio
de ver morir el mundo
que aún está naciendo.

(De *El vuelo en la jaula)*

Lejanías tupidas
abrigo de la llaga
sombrías esmeraldas
esos ojos de noche
obertura el silencio
de las flores azules
de puntillas los azules
despidiéndose
con color de amanecida
las miríadas de imágenes
imposible de fijar
un oscuro sentido
en el vuelo de las aves
rubíes en la fronda
el ramaje del crepúsculo
húmedo de semen
el estruendo del verde
cuando le alcanza
la lengua de fuego umbrío
soplo vivificante
en la bóveda conclusa
gime en un éxtasis
el jardín perfumado
supuran sus cicatrices
melancolía de la selva
qué olor a brisa corrompida
álzase lo que fenece
lo que declina te llama
desea hasta lo último
devora la ceniza.

(De *El vuelo en la jaula)*

Quise saciarme en tu morada,
mas comprendí que tus frutos
enamoran el hambre.
Quise cobijarme en los claroscuros
de tus frondas,
pero me encontré a la intemperie
de tu luz de estepa.
Quise invadir tus lejanías
y no llegué a atravesar sus lindes.
Quise apagar tu fuego,
devorar sus cenizas
y me sentí broza condenada a la llama.
Hurgaron mis dedos tu herida
mas nunca alcanzaron su tacto esquivo.
Contemplarte es mi savia,
alcanzarte mi insomnio.

Me abraza tu repudio.

(De *Frondas)*

CIELOS DESPEJADOS

Abro la ventana aún anegada de noche
y miro con ojos de niño más allá
de lo que la mirada alcanza.
El sol se despereza
en los pasadizos de la ciudad
y la luna asoma como un fruto maduro
a punto de caer en las azoteas.
Olor a cadáver de sueño hay en el aire húmedo.
Miro y retengo imágenes,
abarco toda la tierra de la alondra,
pero siento furtiva esta ceremonia.
El día araña la piel de rocío
del mundo, que aúlla con ternura.
Límpido horizonte de lo que nace:
ya brota el sol en las carreteras,
tiembla y crece en huertos y bancales;
el mundo me dice sus secretos al oído.
En los espejos de las acequias me miro,
remota proximidad,
fugaces centelleos en los terraplenes,
suena el motor matinal.
Asomado a la ventana
siento suave gozo de existir en los ojos,
extraviado en la selva
donde los pájaros cantan frenéticos,
donde las moras revientan en sangre,
tumbado en el lecho escarchado de la cunetas.
Pronto olvidaré este júbilo de intemperie
cuando al fin el día alzado se entregue a la vista
y nada nuevo me sea posible soñar.
Olvidaré entonces que nazco cuando miro,
que no sé decir lo que soy
en este resbalar en la certeza.

ÍNDICE

Liminar, ... 5

Introducción, ... 9

Antología,..... 47

Nemesio Martín,..... *49*

Juan Vicedo,..... *67*

Antonio Gracia,..... *85*

Mariano Estrada, ... *103*

María Escudero, ... *121*

Rosa Martínez Guarinos, ... *139*

José Luis Vidal, ... *157*

Juan Ramón Torregrosa,..... *175*

Vicente Valls, ... *193*

Pilar Blanco, ... *211*

José Luis V. Ferris, ... *231*

Pedro Villar, ... *249*

Juan Ángel Castaño, ... *267*

Antonio Moreno, ... *287*

José Luis Zerón, ... *305*

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE